TE DI LA MANO

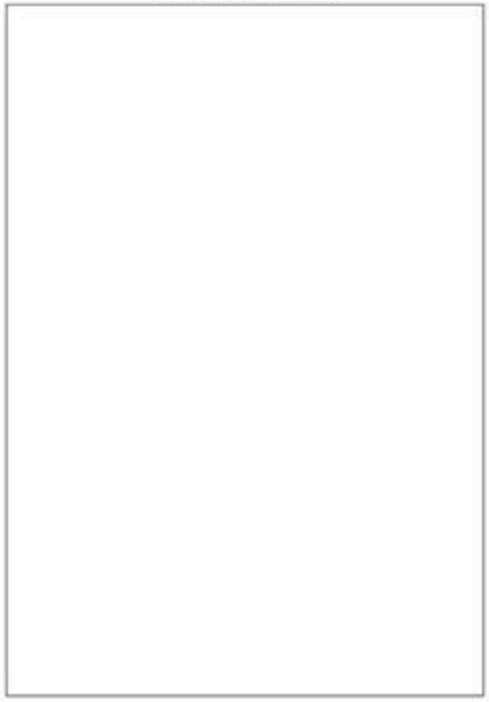
NURIA PÉREZ



salamandra
NARRATIVA

TE DI LA MANO

NURIA PÉREZ



salamandra
NARRATIVA

Para Dorsen, uno de tantos

You and your words, obsessed with your legacy. [...]
I'm erasing myself from the narrative.
Let future historians wonder how Eliza reacted.

Lin-Manuel Miranda
Hamilton, *Burn*, acto II

È una storia da dimenticare,
è una storia da non raccontare.
È una storia un po' complicata,
è una storia sbagliata.
[...]
Cos'altro vi serve da queste vite
ora che il cielo al centro le ha colpite,
ora che il cielo ai bordi le ha scolpite.
[...]
Non ci chiedere più com'è andata,
tanto lo sai che è una storia sbagliata,
tanto lo sai che è una storia sbagliata.

Fabrizio De André
Una storia sbagliata

La creación de mil bosques está en una sola bellota.

RALPH WALDO EMERSON
Historia

PRIMERA PARTE

Caucho

1

Imagina un paraje denso, impenetrable y preñado de actividad, algo parecido a tu corteza prefrontal. Un lugar donde cada centímetro es testigo de millones de encrucijadas vibrantes, con células palpitando, materia en todos sus estados posibles y organismos naciendo y muriendo a la vez, en una sinfonía de transformación y descomposición simultánea. Ahora adéntrate y no temas: no podrán oírte, porque aquí nunca hay silencio. El concierto es constante, aunque cada día la partitura se ejecuta con un arreglo distinto. Hoy suenan turacos, colobos, tábanos, termitas, lirones y ranas. No podrás identificarlos, lo que es una pena —todos son dignos de ver —, porque aquí tampoco hay luz. Se pasa de la oscuridad de la noche a la penumbra del mediodía. En la selva que sigue el curso del Maringa, el cielo se comporta como quien afronta un lago opaco y sucio y solo se arriesga a introducir la punta de los pies. Su titubeo es razonable: esto es Congo, un territorio maldito donde lloran hasta las plantas.

Para volver a la claridad tendrás que hacerte paso entre cientos de ejemplares de *landolphia owariensis*, una criatura que no se da paz: repta, trepa, corretea y baila, oscilando en todas las direcciones. Hacia los lados es un monstruo de infinitos brazos, una Kali de

madera. Hacia lo alto crece levantando un techo del que cuelgan ramas circulares, sogas listas para abrazar tu cuello. En el suelo, sus raíces son serpientes que llenan de dunas el terreno, como si la lluvia o un fuerte viento empezara a dejar al descubierto un enorme cementerio de huesos. Y por todas partes la *landolphia* llora. De su corteza brotan lágrimas de un oro blanco que su ladrón, el hombre llegado de lejos, llama *caoutchouc*.

Un enjambre de negros se afana recogiendo cada gota para entregarla a ese patrón. Observa cómo se mueven, son puro nervio y actividad: es la presteza que da el miedo. Quieren llegar vivos al final de la jornada y eso, en este lugar y en 1908, no es tarea fácil. De entre la maleza se te aparecerá de repente uno de ellos, un hombre delgado, de ojos rojos y mirada enloquecida, negrísimo. No pretende asustarte, se menea frenético porque intenta frotarse el cuerpo con oro blanco. El engrudo tiñe su piel como cal derramada en asfalto. Recuerda esta imagen —el espanto que tiene su expresión, sus brazos extendidos—: volveremos a ella.

Cuando llegues al claro tardarás unos segundos en acostumbrarte a la luz. Ahora aparta los helechos y camina a través de los arbustos, las palmeras enanas y las enredaderas. Cuidado con las piedras: si las mueves con los pies podrías despertar algo que quizá tenga hambre. La vegetación también muerde: arañas, culebras o escorpiones no toleran el mínimo roce. Mejor no te agarres a nada. Avanza hasta que divises la gran casa y sube las escaleras de la veranda. Allí encontrarás a dos hombres conversando mientras limpian sus fusiles. Piel, divisas y cascos blancos, espesos bigotes

rojizos, botas llenas de barro. No te detengas. Entra y déjalos atrás, porque esta historia, por una vez, no va de ellos. En la sala central, tres mujeres, también blancas, dejan pasar las horas. Las dos jóvenes lo hacen bordando; la mayor, sentada en una mecedora de mimbre, lee en voz alta. Todas llevan botines de lona, faldas largas color hueso y camisas en tono marfil con botones nacarados y cuello subido. Como único adorno, colgantes con cruces de plata que brillan sobre el lino. Melenas cobrizas, ojos grises y azulados, talles esbeltos. Ante ti tienes una hermosa foto, de esto no hay duda. Pero no es ahí donde deberías enfocar la mirada. Y no, tampoco en el aparador de sapele con su hilera de platos traídos de Bélgica, ni en el cuenco con hibiscos que hay sobre la mesa. Te pido que hagas el esfuerzo de centrarte en lo más invisible que hay en la habitación: allí, en la zona más oscura, detrás de la mecedora, apunta a la joven negra que abanica a Madame Lambert, la mujer que está leyendo.

Han decidido llamarla Ladouce, porque eso vieron en su rostro: mirada tierna y serena, el físico dócil, una agradable disposición. Ahí la tienes, abanicando incansable a un ritmo pausado y constante, la corriente de un río en verano. Ninguno de estos *mindele*, los blancos que habitan esta casa, sabe que ese no es su nombre. La madre de Ladouce esperó a que cumpliera un año para darle uno. Había perdido ya a dos hijos, muertos ambos antes de alcanzar el mes. Pero su niña, que no lloró al nacer —según la *mama ya kobota*, la partera que la acompañó, por respeto a sus hermanos—, se agarró a la vida con ferocidad. Una mañana, mucho antes de ese primer aniversario, la encontraron caminando hacia un guayabo. Cuando lo alcanzó, se quedó allí delante, erguida, bien recta, con la barbilla

alzada y la mirada al frente, ocupando con orgullo su espacio en esta tierra, como queriendo manifestar: «digan lo que digan, todo esto me pertenece». Ese día la llamaron Makasi, que en la lengua mongo de los pueblos del Maringa significa «fuerza de la naturaleza».

Los *mindele* no ven esa firmeza. Para ellos Ladouce es una comodidad más, como el loro que los distrae con sus chuscadas y sus palabrotas o el gramófono traído de Lieja que ameniza las veladas. Vale tanto como el aire que mueve su constante abanicar, nada más. Y sí, Ladouce apenas conoce el mundo. No sabe que este planeta gira alrededor del sol, ni lo que son realmente las luciérnagas que se despiertan cada noche allá arriba en el cielo. Nunca ha oído hablar de las matemáticas, de la brújula, de los centímetros o de las catedrales, ni siquiera entiende para qué sirve un reloj. Pero subestimar un alma humana es negarse la posibilidad de abrazar la parte más sorprendente de nuestra realidad. Si tan solo se dignaran a mirarla unos segundos, se percatarían de lo que está pasando. La joven lleva dos años sirviendo allí, en esa *maison* edificada por culpa de una obsesión: el blanco quiere moverse en todas las direcciones y pretende hacerlo cada vez más rápido. Y ese caucho que roban es necesario para ello, porque les sirve para fabricar automóviles. «¿A dónde corren?», se pregunta Ladouce. Ella, tras pasar meses detrás de Madame Lambert, refrescando con el abanico sus horas de lectura, ha conseguido su mayor logro quedándose inmóvil en ese lugar. Porque esa aparente quietud esconde algo extraordinario. Y no me refiero a la oscilación de su brazo, que nunca mengua. Presta atención. ¿Puedes notarlo? En

efecto, sus pupilas también se están moviendo. Tras muchas horas viendo los libros de la Madame, escuchando cada sílaba y observando las líneas, Ladouce, la niña que se echó a andar sola, ha vuelto a hacer algo sorprendente: sin ayuda de nadie, ha aprendido a leer.

2

Se cuenta que Vulcano quiso vengarse de Juno, su madre, porque lo despreciaba. Para hacerlo, pidió a los mejores artesanos y forjadores que lo ayudaran a construir un magnífico trono dorado y, cuando estuvo terminado, se lo regaló. Ella cayó rendida ante tanta belleza y enseguida quiso estrenarlo. Pero el trono escondía varios resortes que se activaron en cuanto se sentó, y Juno se quedó encerrada en él. Era listo este dios del fuego. Sabía que, para atrapar a alguien, lo que nunca falla es apuntar a su avaricia.

Uno que hubiera podido ayudar a Vulcano fue Amasa Goodyear, un hombre criado en New Haven con manos capaces de fabricar cualquier cosa. En 1825 compró un gran almacén en Connecticut donde se podía encontrar desde botones de metal hasta maquinaria agrícola, casi todo hecho por él. Su hijo Charles heredó su pasión y acabó montando una gran ferretería en Filadelfia, donde vendía también los artilugios que inventaba por las noches. Charles se casó con Clarissa Beecher, hermana de Harriet, la mujer que nos mostró la cabaña del tío Tom. La ferretería prosperaba y los hijos empezaron a llegar. Todo iba bien. Pero la avaricia, como hemos visto, es un trineo que disfruta arrastrándote en descenso libre: Charles quería más. Estaba convencido de que la clave era un

material que, intuía, podía hacerlo millonario. Entonces el caucho natural casi no tenía usos, porque no era muy estable y con el calor se descomponía. Charles quería sacar todo su potencial y se dedicó a ello durante cinco largos años. Realizó mil pruebas y, por el camino, se llenó de deudas. Aun así, no desistió y una noche, por fin, lo consiguió. Algunos dicen que fue una coincidencia, pero los que hablan así no entienden que la suerte solo visita a los mejores anfitriones, esos que llevan mucho tiempo preparándolo todo para su llegada. La clave, al final, estaba en el azufre: si se quemaban juntos, el caucho ganaba elasticidad y mucha más resistencia. Charles llamó al proceso vulcanización en honor a aquel dios de la forja que —y esto Goodyear quizá no lo sabía— tenía un alma vengativa. Como si se tratara de una maldición, el caucho se convirtió en un nuevo trono de Juno que lo atrapó. Charles acumuló litigios sobre la validez de su patente, que aumentaron sus deudas, y terminó en la cárcel. Su salud, tocada tras años de exposición a los productos químicos, se resintió y, una tarde, se desplomó en un hotel de Nueva York y murió sin que el caucho le hubiera supuesto ni un mísero centavo.

Mientras tanto, el mundo entero enloqueció con el nuevo oro blanco. En Michigan, Henry Ford vio en aquel material barato la llave de la producción en serie. En 1908, el año en el que comenzamos esta historia, declaró: «Crearé un automóvil para las masas», antes de lanzarse a fabricar millones de aquel Modelo T que lo transformó todo. Cada uno de ellos nacía allí, en ese Congo rico en caucho que corrieron a saquear.

Es hora de volver a orillas del Maringa y adentrarnos de nuevo en el oscuro laberinto de lianas. Allí dejamos una imagen, ¿recuerdas?, la del hombre ocupado en frotarse el cuerpo con engrudo de oro blanco, la mirada enloquecida, brazos y piernas agitándose, formando un ventilador humano. ¿Qué puede haberlo llevado a semejante desquicie?

Rebobinemos hasta el inicio del día: ahí va, de buena madrugada, Ekila, nuestro joven. Ha desayunado su ración de *fufu*, gachas de yuca, y ahora va al encuentro de su guarnición, el grupo de recolectores que ha juntado en esta zona la Force Publique del rey belga. Es curioso: los días que nos cambian la vida suelen empezar como cualquier otro. Recuerdan a un okapi que alcanza el abrevadero y bebe sereno, ignaro de que todo terminará en pocos segundos, los que le lleva a un leopardo abalanzarse sobre él. De nada serviría alertarlo de que esta será una jornada decisiva. Aun sabiéndolo, el okapi querría sobrevivir esas últimas horas y, para ello, necesita beber o, en el caso de Ekila —que también camina desconociendo la importancia de ese día—, presentarse a trabajar.

Avanza esquivando baches y enredaderas con gran agilidad; sus pies saben dónde deben posarse para sortear los cordones de madera que enredan el terreno. Está preocupado. Ha pasado la noche pidiendo a Nzambe, la Gran Madre, que Mosantu esté bien. Cuando llega a la zona donde está su grupo, enseguida se da cuenta de que Nzambe no lo ha escuchado. Kabudi, un compañero, se esconde detrás del capataz y le hace señales. Mosantu ya nunca volverá. Ekila siente un calor que se le instala en todo el cuerpo. Lo

genera un combustible hecho de rabia, angustia y aflicción. Mosantu era su maestro, su hermano, su mejor amigo.

Una mañana, veinte años antes, las mujeres de la zona encontraron un bulto tapado con helechos cuando bajaban a lavar al río. Desplegaron las hojas y se toparon con una cosita minúscula, de ojos enormes, que les hacía pucheros. Tras la sorpresa vino la intriga. Aquello era muy raro. ¿De quién podría ser? Allí se conocían todas —entonces Basankusu, donde nos encontramos, no tenía ni doscientos habitantes— y esos días ninguna había estado de parto. Decidieron que era cosa del *ekila*, el destino, y así lo llamaron. Ekila se convirtió en el hijo de todos. Tata Nlongi, el gran jefe, encargó a Mosantu, siete años mayor, que le enseñara todo lo que sabía. El niño se tomó muy en serio su misión y, en cuanto Ekila pudo caminar, se lo llevaba a todas partes. «Esta baya nunca, Ekila, esta es venenosa.» «¿Escuchas eso? Es el búho pescador, anunciando lluvias.» El pequeño trotaba detrás de su hermano, meneando su gran barriga y registrando cada lección. Mosantu le enseñó a construir lianas, a hacer volteretas y a lanzar guijarros al río que saltaban más que las ranas.

A Mosantu se lo llevó el *chicotte*, ese látigo hecho con piel de hipopótamo que tanto excita a su capataz. La tarde anterior, el muchacho había derramado su cuenco sin querer y el *mundele*, al ver desperdiciada toda su colecta de la jornada, enfureció. Lo arrojó al suelo y ordenó que todos formaran un corro a su alrededor y jalearan cada vez que el *chicotte* desgarraba su espalda. El capataz, un señoritingo escuchimizado con alma de sabandija, se venía arriba

con cada sacudida. Cuando llevaba más de una docena de golpes, se dio cuenta de que Ekila no aplaudía como los demás y le obligó a agarrar el látigo. «¡Sigue tú, *noir*!», le ordenó, quitándose el casco para secarse el sudor que le bajaba por la frente.

Ekila tuvo un momento de duda —lo tuvo de verdad—, pero ya lo sabes: el miedo es una apisonadora con rodillos capaces de machacar cualquier obstáculo que le impida liderar. Obedeció y se puso a ello. El ruido del *chicotte* asustó a varios turacos que, espantados, se echaron a volar, y él deseó poder escaparse con las aves, lejos de aquel infierno. El pánico contagió también a los demás y sus vítores aumentaron; nadie quería tomar el relevo. Un puñado de eternos minutos después, Mosantu ya no se movía. Lo cargaron en una hamaca junto con otro compañero que se había derrumbado poco antes, tal vez por el cansancio o por el calor. Los soldados desaparecieron con ellos en la profundidad de la jungla. «¡Se acabó la fiesta, pedazo de vagos, *retournez au travail*!», gritó el capataz. Por suerte, Ekila entendía muy poco el francés. Le quedaba claro el tono y lo que les estaba pidiendo, pero al menos se ahorró la cruel sorna. La desolación aflojaba sus piernas, pero no pudo hacer otra cosa que seguir recolectando. Esperaba que, como había sucedido otras veces, los soldados devolvieran a Mosantu al día siguiente: necesitaban mano de obra, aunque estuviera herida. Tenía esperanza porque, para poder sobrellevarlo, había pegado a su hermano casi sin mirar. Si hubiera abierto los ojos, se habría dado cuenta de que, cuando Mosantu ocupó la hamaca, su alma ya volaba con aquellos turacos.

Hoy Ekila está subido a un tronco para hacerlo sangrar, como cada día. Se abraza a él con menos seguridad de lo habitual; las lágrimas siguen anieblando su vista. Sostiene, como siempre, el cuchillo entre los labios y, atado a la cintura, cuelga su *esaka*, un recipiente hecho con hojas de palma donde espera recolectar su cuota diaria de *caoutchouc*. Cuando siente una hinchazón en la corteza —con los años ha aprendido a notar cada cambio en esas trepadoras—, suelta un brazo para aferrar el cuchillo y realiza una incisión perfecta, una fina carretera que rodea la *landolphia* y termina en un reguero denso de látex, lento pero continuo, con el que Ekila empieza a llenar su contenedor. Justo en el momento en que las gotas superan la mitad del *esaka*, es entonces cuando su jornada pasa de ser horrible a ser definitiva.

Todo empezó con un tábano. El calor del mediodía golpeaba y el pobre insecto tenía sed. Era un ejemplar macho, así que, en vez de saciarse en el tobillo de Ekila, quiso hacerlo en la herida de savia. Se acercó rozando la nariz del chico y él, en un gesto inconsciente, lo espantó con la única mano que lo sujetaba al tronco. Su cuerpo, al caer, aplastó el *esaka* y gran parte del caucho se echó a perder. Los soldados estaban a punto de llegar —se encontraban a pocos metros, revisando unos papeles— y Ekila necesitaba una solución. El recipiente estaba roto y no tenía más cuencos con él. Chistó al compañero más cercano, pero él tampoco pudo ayudarlo. Pasó a un plan B: en ocasiones, si los cuencos rebosaban antes de que los soldados dieran por terminada la jornada, los *collecteurs* se restregaban caucho por todo el cuerpo. En poco tiempo el látex se endurecía y, cuando llegaban a la zona de entrega, lo arrancaban a

tiras, no sin grandes molestias, que depositaban en las básculas. Esos gramos extra contribuían a la cuota que debían alcanzar cada semana y eran siempre bienvenidos. Ekila se arrodilló para intentar rescatar el caucho que estaba derramado en el suelo, pescándolo con las manos y echándose el engrudo encima a gran velocidad.

Ahí la tienes. Esa es la imagen con la que conociste a Ekila. Un hombre desbordado por el miedo, agitándose como un endemoniado para intentar enfriar el caucho y que parezca que ha conseguido más. Poco después se acercaron los soldados. Uno de ellos, un canijo con más bigotes que espalda, llamó al capataz. El oficial —el mismo que lo había pillado negándose a jalear— se le plantó delante, con los brazos en jarras y los pies machacando el *esaka*, como si fuera una colilla. Sonreía, el miserable: aquello le parecía hilarante. «¿Otra vez tú, desgraciado?» Durante una fracción de segundo, los ojos de Ekila, enrojecidos por el miedo, se cruzaron con los del belga. Aprovechó ese instante para transmitirle toda su ansiedad. «*Limbisa ngai, monsieur*», decía su mirada; «lo siento, señor, lo siento de verdad». Pero la mente del oficial estaba entrenada para bloquear cualquier atisbo de empatía y respondió a su súplica con una carcajada. «¡Ten cuidado, no vayas a hacerte pis encima!», exclamó.

Ekila, entonces, sintió un gran peso en el esternón, una presión que lo sofocaba. Todo iba a cambiar. Y, si quería evitarlo, lo mejor que le podía pasar era que lo azotaran. Se arrodilló, señaló el *chicotte* y ofreció la espalda. «Golpéame, *monsieur*, golpéame, me lo merezco.» Pero dos faltas graves seguidas, Ekila lo sabía bien, se

castigaban de otra manera. El capataz movió el dedo índice con enorme condescendencia. «No, no, no, *noir*. El *chicotte* no sirve para *bêtes* como tú.» Dio la temida orden al soldado que estaba a su derecha y se marchó, dejando a Ekila en el suelo. Las lágrimas y la saliva habían convertido el caucho que lo recubría en unto pegajoso; todo su cuerpo era ahora un amasijo de hierbas, hojas y barro. En medio de la desesperación tuvo también un destello: la sensación de un vínculo de hermandad que lo unía a todos los que sufrían en el mundo, algo similar a la sororidad que prueban las mujeres cuando están de parto. Pero la iluminación se esfumó con el siguiente pestañeo y volvió a sentirse el ser más desdichado de la tierra.

Regresó a casa notando que dejaba una parte de sí en cada paso. Cuando entró en la cabaña, solo quedaba un envoltorio vacío, una cáscara hueca. Se sentó en el suelo a esperar a Ladouce, que para él seguía siendo su Makasi. Pasó horas allí, abrazado a sus flacas rodillas, todavía pegajosas, balanceándose como un péndulo. ¿Por qué tardaba tanto? Los malditos *mindele* la retenían siempre hasta que era noche cerrada. A pesar de que siempre le había faltado de todo, Ekila no recordaba haber necesitado algo con tanta intensidad como el abrazo que buscaba en ese momento. Cerró los ojos y trató de concentrarse en el rostro de su mujer. Estaba convencido de que todo lo bueno que había en el mundo podía encontrarse en él.

Recordó el primer día que la vio; no tendría ni seis años. Makasi volvía del mercado con un cesto de plátanos en la cabeza y él, que estaba con Mosantu viendo pasar la vida desde el borde del camino, sintió de pronto un cosquilleo que no supo comprender. Conforme

Makasi se acercaba, el hormigueo cobraba fuerza, como si mil termitas se hubieran puesto de acuerdo para hacer ebanistería en su interior. «¿Por qué tengo bichos corriendo aquí dentro?», preguntó al amigo, golpeándose el pecho. Mosantu le frotó la cabeza mientras reía con ganas. «Mucho cuidado, *mpangi*, hermano, ese bicho podría matarte.»

Ekila tuvo suerte. Las termitas también habían invadido a Makasi. Desde ese día, cada vez que se cruzaban en el poblado, los ojos de ambos se paralizaban durante unos segundos y el corazón les latía con tanta fuerza que parecía ascender hasta las pupilas. Verse, aunque fuera de lejos, convertía una tarde corriente en un acontecimiento extraordinario. Y con el paso de los años, aquello fue a más. Ekila empezó a preocuparse. El recital de sensaciones no disminuía, pero era necesario hacerlo callar. Las uniones, en Basankusu, se acordaban entre familias y él, que era de todos y de ninguno a la vez, no tenía a nadie que pudiera ir a presentarlo a la madre de Makasi. Sin embargo, en eso —y solo en eso— les ayudó el hombre blanco. Cuando se instalaron en la aldea, con sus fusiles y sus látigos, el Tata Nlongi vio con preocupación cómo su gente se transformaba. Ya no eran el pueblo alegre que disfrutaba pescando y celebrando cada cosecha. El miedo se filtró en cada casa y por todo Basankusu se extendió el silencio. Tata Nlongi decidió que, en las nuevas relaciones, iba a aparcar la conveniencia. Porque ¿de qué valía una unión que aumentaba el ganado o los sacos de sal si todos iban a acabar esclavos de los *mindele*? Era el momento de escuchar al corazón. Así lo comunicó a los hombres del consejo y Mosantu, el buen Mosantu, intercedió enseguida por Ekila y Makasi. «Se quieren

desde que eran niños.» Tata Nlongi no se había dado cuenta y a él, que presumía de estar al tanto de todo, su inadvertencia lo apenó. Compensó su falta regalando a Ekila algunos de sus tesoros: una caja de fósforos, unas tenazas y un pequeño espejo. Luego lo acompañó hasta la casa de Makasi, donde su madre, que era viuda, se apresuró a matar una gallina que sirvió con mandioca y salsa de cacahuetes. Estaba feliz de ver a una de sus hijas tan contenta y le aliviaba poder deshacerse de una boca que alimentar.

Makasi pronto se quedó embarazada. La tarde en que rompió aguas se retiró con su madre a la cabaña de la *mama ya kobota*, la partera. Alguien fue a avisar a Ekila, que estaba pescando en el Maringa, y él corrió hasta allí. Se puso a esperar cerca de la cabaña —los hombres no debían acercarse— y se dedicó a anunciar lo que sucedía a cada vecino que pasaba. «¡Ahí dentro está mi Makasi!», gritaba, excitado. «¡Va a llegar mi *mwana*, mi criatura!» Para calmar los nervios, paseaba dibujando un círculo en la tierra que, al poco, se convirtió en un gran surco. Ekila rezó a Nzambe para que todo saliera bien. Cuando por fin se oyeron los llantos, las mujeres de la aldea entraron en la cabaña para cantar y celebrar. Al rato salió la más anciana, una abuela diminuta con los lóbulos estirados casi hasta los hombros. Agarró las manos de Ekila y le anunció: «Ya está aquí. Es una niña.» Él la abrazó hasta levantarla por los aires y los dos rieron. La llamaron Bokilo, porque eso era: un tesoro.

Han pasado tres años desde aquel día y mira ahora a Ekila: es solo el recuerdo de aquel joven radiante. Sí, dan ganas de abrazarlo, pero él solo quiere el calor de Makasi. El balanceo lo mantiene en

trance. Es muy tarde; fuera todo es oscuridad y solo se oyen los búhos. Por fin, pasos. Makasi entra en la cabaña con Bokilo, que duerme entre sus brazos. La pequeña pasa el día con su abuela para que ella pueda trabajar en la *maison*, pero incluso cuando se hace tarde le gusta recogerla para poder verla unas horas, aunque sea dormida. En cuanto se fija en Ekila se le para el corazón. Apoya a Bokilo en su estera y se acerca a él susurrando, con la voz temblorosa: «¿Qué sucede, *bolingo*, mi amor? ¿Qué tienes?» Ekila no contesta. Ella comprueba que no tenga latigazos en la espalda y luego se acerca a la vasija que tienen junto a la puerta. Moja un trapo y lo usa para deshacer las costras de caucho que aún cubren su cuerpo. Después le da agua y lo recuesta a su lado.

Durante un buen rato permanecen así, abrazados. Ekila llora en silencio; no es capaz de decirle la verdad. Repite «Mosantu, Mosantu», para que su mujer crea que llora por su hermano perdido. Pero esa no es la razón. Llora por algo que sabe que está a punto de suceder y que, créeme, me gustaría ahorrarte. Pero esta historia ha de ser fiel a la verdad y, en este lugar perdido del mundo, la realidad, como descubrirás muy pronto, es una bestia que escupe fuego en la fragua de Vulcano.

3

De madrugada, Makasi abandona la cabaña, donde Ekila todavía duerme, para dejar a Bokilo al cuidado de su madre. Atraviesan el poblado, que empieza a despertar, y caminan hasta el río. El agua del Maringa baja helada y oscura, llena de vida. Makasi se lava y limpia también a la niña. Ayer su abuela le volvió a rasurar los rizos con la piedra, para que puedan estar limpios. A Makasi le encantaría dejarle el pelo largo, pero mantenerlo libre de polvo y de insectos llevaría mucho tiempo, un lujo que no puede darle. Le hace cosquillas para que se agache y Bokilo soporta el frío entre chillidos y risas. Las dos chapotean a buen ritmo para entrar en calor. La niña imita en todo a la madre, observándola con los ojos bien alerta, dos enormes tizones que todavía confían en el mundo. Cuando terminan, Makasi llena un cántaro y entrega otro más pequeño a la hija. Vuelven sujetándolos en la cabeza. La madre camina ágil, balanceando las caderas con elegancia, como si no lo llevara. A Bokilo le cuesta más —para cuando lleguen a la aldea estará prácticamente vacío—, pero no importa: se tiene que acostumbrar. Lleva los brazos en jarras, con las manitas bien apoyadas en la cintura, y los menea a cada paso buscando el equilibrio. ¿No es un espectáculo verlas avanzar? Makasi resulta hipnótica y, la verdad,

pocos seres hay en este mundo más bonitos que su criatura. Ahí van, sonriendo, inocentes, no tienen ni idea de lo que les espera.

Pero sigamos, disfrutemos con ellas de este momento de serenidad. Bokilo ya comienza a hablar y Makasi va señalando cosas para que las repita. «*Nzete, libanga*», «árbol, piedra». Le enseña también francés: «*arbre, pierre*». Ella lo aprendió trabajando para Monsieur Jules, el misionero que vivía en Basankusu antes de que los oficiales lo obligaran a desplazarse al este. Makasi fantasea con el día en que volverá y montará una escuela donde Bokilo pueda estudiar o, puestos a soñar, con la posibilidad de que su hija emigre lejos, a un lugar donde no haya *caoutchouc* ni *chicotte*. Ekila preferiría que la niña aprendiera suajili, el idioma del sur, porque dicen que allí hay montañas que escupen oro y su deseo es mudarse algún día. Makasi solía compartir con él esa ilusión, pero desde hace poco ha entendido que existen sueños mucho más grandes.

Cuando el cielo ha perdido el índigo del alba y comienza a amarillear, llegan a la cabaña de la abuela. Bokilo apoya el cántaro y se agarra a su falda. «*Mama, mama*», gimotea: no quiere que se vaya. Pero pronto aparecen sus primos —tres churumbeles bien despiertos para la hora que es—, correteando con un cercopiteco. El más alto intenta colocarle una liana al cuello y el monito se resiste chillando. La niña se une al juego y Makasi aprovecha para marcharse, dejando allí, como cada día, buena parte de quien es.

Ya sola, camina preocupada hasta la *maison*. Sigue angustiada por Ekila, al que nunca había visto tan trastornado, y muy triste por la

pérdida de Mosantu, que ella también quería como a un hermano. Más allá del poblado, la selva también parece estar de luto y hoy calla. Tan solo se escucha, muy lejano, un tejedor. Sube las escaleras de la veranda, todavía desiertas, y deja el cántaro en la entrada: servirá para llenar las jofainas de las *mesdames* cuando se despierten.

Apenas abre la puerta, Makasi deja de existir. El cambio se le nota incluso en el físico: Ladouce encoge un poco los hombros, camina a pasos más cortos y baja la mirada. No hay rastro de la gacela que avanzaba por la orilla del río. Ahora es solo una criada, una *bonne*, que se defiende buscando la invisibilidad. Tras comprobar que todavía duermen, saca el plumero del arcón y va a limpiar la sala. Es uno de sus momentos preferidos del día: allí está todo lo que le ha enseñado a soñar en grande.

Acaricia el primer libro: *Un mâle*, de Camille Lemonnier. Dentro de él vive Germaine, la campesina enamorada de Cachapret, un cazador. Está lleno de árboles y de plantas que no conoce —hay tanto que no entiende en estos libros—, pero que supone grandes, brillantes y hermosas, como debe ser todo allá afuera. Sobre la silla está el que leían ayer. Ladouce pasa el dedo por la cubierta: P I E R R E L O T I, lee. P Ê C H E U R D I S L A N D E. Madame Lambert dice siempre que esta es la lectura perfecta para esas tardes en las que el calor no da tregua, porque cuenta la historia de pescadores que viven en un lugar —mágico o maldito, Ladouce aún no lo ha decidido— donde el cielo derrama algo que se llama nieve y que ella imagina parecido al musgo, pero blanco y frío. Hay otro, muy

grueso, que también tiene una *madame*, pero no Lambert. Esta señora es B O V A R Y. Madame lo ha leído entero ya dos veces. Mademoiselle Sophie y Mademoiselle Juliette, sus hijas, siempre lloran cuando se acaba. A Ladouce la historia le parece un disparate: ¿por qué habría de estar triste esa *mundele* blanca si no le falta de nada?

Ladouce limpia también, con mucho respeto, la caja mágica. El día que la estrenaron, el criado Nsimba, al que aquí llaman *boy*, echó a correr berreando y no paró hasta llegar a la aldea. «¡Los *mindele* tienen un cofre lleno de seres que aúllan!», gritaba. Ladouce también tuvo miedo, pero le pudo la curiosidad. Se mantuvo quieta, bien pegada a la pared, viendo cómo Mademoiselle Sophie giraba la manivela. En cuanto lo hacía, extraños sonidos salían de una enorme flor de metal. Con el tiempo, Ladouce se ha acabado acostumbrando y, aunque nunca se lo han pedido, cree que incluso tendría valor para girar la manivela ella misma. A Monsieur le encanta colocarlo en la veranda y escucharlo mientras fuma su pipa. Se sienta en la mecedora y gira el artefacto con el fusil preparado a su lado, porque está convencido de que lo que sale de ahí atrae a los leopardos y sueña con cazar uno para que adorne el salón. ¿Quién es ella para decirle al *mundele* que el leopardo es mucho más inteligente que él y que, mientras esa caja no huela a antílope, puede olvidarse de que se acerque a escuchar?

Mientras ordena, Ladouce va leyendo: V E R D I, B I Z E T, G O U N O D. El mejor es uno que pone S T R A U S S. Cuando lo escuchan, Madame se levanta y baila con sus hijas. Es una danza

extraña, incluso un tanto ridícula, pero a Ladouce le gusta porque le permite dejar de abanicar.

«¡Ladouce!» Mademoiselle Sophie se ha despertado. Ladouce corre a su encuentro. Hoy le ha pedido que le lave el pelo, así que bajará con ella al jardín y dedicará la siguiente hora a enjabonar y peinar su larga melena cobriza. Para esta niña sí, para ella puede —y debe— tomarse todo el tiempo del mundo.

A miles de kilómetros de allí, en cambio, la jornada de Leopoldo II ha empezado de la peor manera. Toda la correspondencia que su secretario ha dejado sobre la mesa del desayuno lo ha puesto de mal humor. Su hija Louise volvía a insistirle para que abandonara a Caroline, su amante. «¡Cómo se atreve!», pensaba, enfurecido. «¡Ella, que ha preferido entrar en un psiquiátrico antes que dejar a ese conde croata con el que engaña a su marido!» El periódico *Het Laatste Nieuws* incluía un artículo de protesta porque, opinaban, llevaba ya demasiado tiempo en la Riviera Francesa y, por si fuera poco, otra vez ese cónsul tocapelotas, Casadement, se había presentado ante la reina Victoria con quejas sobre lo que estaba pasando en el Congo. A él, mientras el país le rente, no le importa lo que suceda allí. «¿Qué más les da a los ingleses? La gente debería aprender a meterse en sus asuntos.» Él, desde luego, piensa solo en sí mismo y no le va nada mal. Pero la presión para que la administración del Congo pase a ser estatal es cada vez mayor y sabe que en pocos meses tendrá que renunciar a todo lo que su cortijo africano le renta. «Menudos aguafiestas. No voy a permitir

que me estropeen la jornada.» Ha salido el sol y, en una hora, dará un paseo con Caroline. El único problema que está dispuesto a afrontar hoy es decidir entre la mermelada de arándanos o la de albaricoque.

Dejemos desayunar al monarca y volvamos a lo que nos importa: ¿cómo se ha despertado Ekila hoy? Lo ha hecho de manera automática, sabiendo que no tiene otra opción que presentarse bien temprano ante los oficiales que dirigen su guarnición. Él no lo sabe, pero la Force Publique con la que Leopoldo ha sometido a su país cuenta ya con más de diecisiete mil soldados. La mayoría son mercenarios llegados de toda Europa para garantizar que empresas como la Abir Congo Company, que opera en esa zona, reciban el mayor caucho posible. A ellos hay que sumar a los *askari*, jóvenes traidores congoleños que se unen a una causa que no es la suya porque, como ya hemos visto, la avaricia ciega a todo el que la padece.

En cuanto Ekila llega a su puesto, cualquier esperanza de que el capataz haya olvidado lo ocurrido el día anterior, viendo cómo lo apunta con la mirada, desaparece. «*Bonjour!*», le dice, atusándose el bigote. Se inclina hacia el *askari* que tiene a su lado y le susurra algo. «¡*Bonjour*, te estaba esperando!», repite. Ekila le señala el *chicotte* en un último intento desesperado. «*S'il vous plaît, monsieur*», ruega juntando las manos. Pero el oficial ya no lo está escuchando. Antes de alejarse, hace un ademán al *askari*, que se acerca con una cadena y una gran argolla y la coloca en su cuello. Ekila intenta agarrarle las manos para que lo mire. Han crecido

juntos, pasaron muchas tardes jugando a atrapar ranas en el río. Pero Kabudi —así se llama— se escabulle y no se deja intimidar. Tira de la cadena y lo arrastra hasta el poblado, deteniéndose solo cuando llegan delante de la cabaña de la madre de Makasi.

El reloj, para los pocos que tenían uno en aquel lugar maldito, marcaba las nueve y diez cuando sucedió. En ese instante, y en esas tierras, ocurrieron millones de cosas. Cantó una alondra y un tejedor posó una rama en su nido. Una niña metió un palo en un hormiguero; otra trenzó hojas de palma. Dos mariposas salieron de sus capullos y un agutí terminó en la boca de una pitón. Una familia de bonobos celebró la llegada de su nueva cría y una joven empezó a pelar maíz para poder asarlo. A pocos metros, una pareja de gacelas se desperezó. Gimió una gineta. En el río, la red de un anciano atrapó un pez gato y a un niño le picó un mosquito con malaria. Más allá, hacia el norte, dos gorilas se pelearon y tres cazadores dispararon a un leopardo. Todavía más lejos, en el Sahara, una caravana de camellos dibujó líneas en la arena y dos beduinos se sentaron fuera de su tienda para degustar una taza de té de menta. En Trípoli un bebé se echó a llorar; otro dijo por primera vez *māma*. En Rabat, varios hombres rompieron sus promesas y otros cerraron acuerdos. Por todo el continente surgieron nuevas parejas. En el cielo se formaron nubes y una cigüeña planeó rumbo al océano. Esto, y mucho más, pasó, y de todo ello fue testigo nuestro frágil planeta, sobre el que, a esa hora, viajaban miles de estrellas fugaces escondidas tras el sol.

Y Makasi. Makasi que, en ese momento, mientras vaciaba en la hierba el recipiente con jabón que había usado para lavar el pelo de Mademoiselle Sophie, vio acercarse a Kabudi, el *askari*. Solía tenerle cariño: habían trabajado juntos en la misión de Monsieur Jules y él, algo más pequeño, la ayudaba a preparar *fufu* o a traer agua desde el río. Después, cuando llegaron los *mindele*, aprovechó que sabía francés para unirse a ellos, y aquella traición la defraudó. Hoy, sin embargo, no siente pena al verlo; tiene miedo.

Kabudi se aproxima despacio. Makasi nota que ha perdido la fanfarronería que desde hace tiempo acompaña sus pasos, y su pánico aumenta. Las piernas le flaquean y decide sentarse en la veranda. Tiene suerte: allá afuera, ahora mismo, no hay nadie. Una lagartija se acerca a su mano; luego se cuela entre dos vigas y desaparece. Makasi inspira, intentando relajar los hombros. Kabudi ya está aquí. Solo entonces se da cuenta de que trae algo: un pequeño paquete hecho con hojas de banano. En el futuro, cuando recuerde esa escena, advertirá que las manos de él temblaban. Pero ahora su mente fluye turbia y sin rumbo, un río fuera de control. Kabudi se agacha y, antes de apoyar el bulto, limpia la madera con el dorso de la mano. Makasi le agarra el brazo y lo obliga a mirarla. Toda la fuerza que lleva en el nombre se concentra en sus ojos. Dicen: «¿Cómo has podido?», y también: «No te atrevas a dejar que lo abra yo, no seas cobarde.» Kabudi cede y despliega las hojas con mucho cuidado, como si envolvieran porcelana o un cristal finísimo. Cuánto me gustaría poder decirte que el presentimiento de Makasi era un disparate, que se equivocaba. Pero no es así. Ahí está, con un

corte neto, la mano de su Bokilo, que no ha cumplido aún los cuatro años.

Nadie sabrá por qué Makasi desaparecerá toda la tarde. Al mediodía, por una vez, será el *boy* quien abanique a los Lambert. Agitando el salero, Monsieur recordará a Elias, el socio que se lo regaló y que, a esa hora, está bien lejos, en Detroit. El mundo le sonríe a ese tal Elias. Va manoseando a Jade, una ramera, mientras la pasea en su flamante nuevo Ford Modelo T. Acaban de compartir un entrecot y demasiados martinis y ahora ella le pide que le compre unos pendientes. Él acelera, ansioso por llegar a un hotel, y Jade se ríe sujetándose el sombrero. El automóvil desciende la calle a toda velocidad, gracias en parte al caucho de Basankusu que llevan sus ruedas. Los neumáticos dejan sobre el empedrado el rastro del agua que baja desde las cañerías, pero también arrastran —y esto Elias no lo sabe, porque ha elegido no saber— un largo reguero de sangre que viene desde muy lejos y que, aunque el rey Leopoldo se niegue a admitirlo, es monstruoso y apesta.

4

Un año más tarde, Ekila parecía haber invocado a Nzambi Mpungu, el dios supremo que, tras la creación, se retiró a contemplarlo todo en silencio. Nunca volvió a hablar. Se limitaba a cumplir sus tareas diarias y a observar el saqueo y la violencia como si fueran algo ajeno a él. Sus ojos veían, pero se volvieron dos profundos agujeros incapaces de mirar. No era apatía; era, más bien, una rendición absoluta. Interiorizó el convencimiento de que sus vidas valían menos que las lianas que los rodeaban y de que, mientras esas ramas siguieran sangrando, nada iba a cambiar. Le llevó meses encontrar el valor para abrazar a su hija, y lo hizo solo gracias a la perseverancia de Makasi, que aprovechaba cualquier ocasión para acercársela. La culpa lo perseguía hasta en el sueño. Se despertaba gritando en medio de la noche; era el único momento en el que podía oírse su voz. Makasi lo acariciaba y él se arrastraba hasta el borde de la cabaña, como un animal acorralado.

La pequeña Bokilo se adaptó muy rápido a su nueva realidad. Vivir en medio del horror suponía, en una grotesca paradoja, ser tan solo una más. A casi todos los niños de Basankusu les faltaba una o dos manos o incluso algún pie. Los críos ajustaban sus juegos a esa espeluznante normalidad y avanzaban hacia delante y sin mirar

atrás, empujados por la envidiable resiliencia infantil y su vivir anclados en el presente. Bokilo había heredado el tesón de su madre y siguió bajando al río y llevando su cántaro cada vez con más destreza, ignorando sus limitaciones y aprendiendo a manejarse.

La madre de Makasi confió en el dios de los *mindele*. No porque creyera que fuera mejor que Nzambi —eso era imposible—, sino porque quería que volvieran los misioneros ingleses. Cuatro años antes habían estado en Basankusu y una de ellas, Alice, a la que llamaban Madame Harris, prometió que les iba a ayudar. Llegó para formar una escuela, pero acabó pasando los días manejando un cacharro similar a una pequeña jirafa, que tenía poderes mágicos, como la flor de metal de los Lambert. Este aparato daba mucho más miedo: tenía más memoria que un elefante y era capaz de incrustar el pasado en un trozo de papel al que llamaba «*photo*». La cosa causó furor entre los jóvenes; se desafiaban unos a otros y los más valientes se atrevían a ponerse delante. Había que mirar el artilugio bien quietos. «Imagina un leopardo delante de su presa», decía Madame Harris. Luego gritaba «¡ya está!» y se metía dentro de una de sus tiendas. A la mañana siguiente, el joven podía revivir el día anterior. Aquello, que empezó como una distracción, cambió una tarde, cuando alguien le llevó un pequeño pie. Ella, horrorizada, pidió que todos los niños mutilados se sentaran delante de su aparato porque, según les prometió, sus «*photo*» castigarían a la Force Publique.

En cuanto a Makasi, rechazaba la idea de que un *mundele* pudiera ayudarlos y se puso en manos de Anansi, la diosa araña, patrona de

las ideas y de la palabra. Como Anansi, se obsesionó con tejer un plan. El suyo giraba en torno a un pensamiento fijo: quería aprender a escribir. Al principio se aferró a esa idea por pura supervivencia —si alguna vez has estado en el abismo, tú también, sin duda, intentaste salir de allí apoyándote en lo que fuera—, pero Makasi pronto reconoció que ese interés escondía una necesidad más honda. Ella quería dejar constancia; decir «aquí estoy». Escuchando las historias de Germaine, Claudine —la heroína de las Mademoiselles— o Madame Bovary, maquinaba: «Estas mujeres viven muy muy lejos y, sin embargo, han conseguido llegar hasta Basankusu.» Makasi no entendía que esos personajes existían solo en la cabeza de sus autores. Su razonamiento era el siguiente: «Han pasado muchos años desde esas *photo* y nada ha cambiado, pero si aprendo a escribir y me meto dentro de un libro, nadie podrá sacarme de ahí.» Su mayor temor era la falta de huellas. Desaparecer un día, de repente, y que no quedara rastro. De su interior parecía querer salir un grito: «¡Yo también he pisado esta tierra!»

Empezó acumulando papeles. Cada vez que Monsieur tiraba alguna correspondencia, ella la escondía bajo la falda. Después, apenas tenía ocasión, agarraba un palo y copiaba letras en el suelo: M, M, M, A, A, A. Bokilo la observaba con curiosidad. «En cuanto aprenda te enseñaré a ti también», le decía Makasi. Sus dedos fueron ganando destreza y, semanas más tarde, sacó a Ekila de la cabaña y le mostró lo que había escrito en la entrada: E K I L A. «¿Ves, *bolingo*? Ese eres tú.» Él bajaba la mirada, siempre en silencio, y volvía a meterse dentro, sin entender nada.

Mientras tanto, en la otra parte del mundo, donde nadie necesitaba constatar su existencia, las fotos de Alice sí estaban marcando la diferencia. Edmund Morel, fundador de la Asociación por la Reforma del Congo, las incluyó en su libro y, gracias a ellas, su denuncia obtuvo el apoyo de muchos escritores. Algunos, como Anatole France, formaban parte de la biblioteca de los Lambert. Otros, como Mark Twain, Conan Doyle o Joseph Conrad, escribieron libros que a Makasi le habría encantado escuchar: páginas en las que se criticaba lo que se hacía en su país y se validaba a toda su gente. Llegaron demasiado tarde para Bokilo, pero contribuyeron a poner fin a las atrocidades que allí se cometían.

A finales de ese año, Leopoldo II moriría sin pedir perdón y sin haber puesto nunca un pie en ese lugar donde el caucho, la serendipia más mortal de la historia, ya se estaba agotando.

Con la llegada de 1910, Monsieur Lambert anunció que debían mudarse. La sobreexplotación de *landolphia*, desordenada y sin ningún tipo de reforestación, había devastado la zona y la Abir Congo Company, para la que trabajaba, estaba desmantelándose. El gobierno acababa de nombrarlo Supervisor de Transición a la Minería para la UMHK, la Union Minière du Haut-Katanga, y lo enviaban al sur, donde la nueva obsesión se llamaba cobre. La familia debía atravesar todo el país y querían llevarse a Ladouce y al *boy* con ellos.

A Makasi, al principio, la idea la aterrorizó. Pero, una vez pasado el susto, comprendió que alejarse de aquel infierno era una oportunidad y juntó todo su valor. «No puedo separarme de mi familia, *madame*», le dijo un día entre lágrimas, con la voz entrecortada por el miedo. A Madame Lambert aquello la descolocó. No tanto por la osadía, sino porque nunca había considerado la posibilidad de que la *bonne* tuviera parientes. Le prometió que hablaría con Monsieur. Él aceptó de buen grado llevarse a Ekila: les esperaba un viaje muy complicado y toda ayuda era bienvenida. Pero cuando Makasi les mostró a Bokilo, de cuya existencia no sabían nada, Monsieur Lambert se negó. «En el sur no conocen nuestro estilo de trabajo», alegó a su mujer. «Esa cría es la viva imagen de, cómo decirlo, *detalles* que sería mejor no ir proclamando.» «Es un viaje muy duro, Ladouce; la niña no aguantaría», se excusaron. «Se portará bien», insistió ella ante la mirada aturdida del *boy*, a quien apabullaba su firmeza. «Te acabarán matando», le susurraba a Makasi. «¿Y?», respondía ella. «¿Acaso esto es vida?»

Esa noche, el *boy* contó por todo el poblado que había escuchado a los *mindele* pedir perdón a Makasi. Por supuesto, nadie le creyó. Pero pronto tuvieron que darle la razón: al día siguiente, Makasi anunció que se marchaba y que se llevaba a Bokilo y a Ekila con ella. Todos lo celebraron como si fuera un milagro. «¡Makasi ha hecho magia!», cantaban. «¡Ha hipnotizado a los *mindele*!»

La explicación, por supuesto, era mucho más simple. Mademoiselle Sophie y Mademoiselle Juliette llevaban varios días

llorando. Recordaban con espanto el interminable viaje hasta Basankusu y sabían que este iba a ser mucho peor, porque bajarían por el río Congo —ellas habían navegado sobre todo por el Lopori y el Maringa, más pequeños y tranquilos—. «¡Hay cocodrilos, culebras y horribles insectos, *maman*, no queremos ir!» A las jóvenes les gustaba mucho Ladouce y la madre sabía que renunciar a ella enfadaría todavía más a sus hijas. «Las niñas necesitan a la *bonne* durante el viaje, *mon cher*», persuadió a su marido. «Y además Katanga es muy grande; estoy segura de que allí nadie notará a esa negrita.»

Antes de que coloques a Madame Lambert en un sitio que no le corresponde, déjame aclarar una cosa. Si en tu cabeza hay espacio para la simpatía, se debe tan solo a que te falta contexto. Para ubicarte, basta con que sepas esto: Madame Lambert consideraba que su mayor logro en la vida —más allá de sus hijas— era haber formado parte del comité organizativo de la Exposición de Bruselas de 1897, en concreto de la instalación que había tenido más éxito: un zoo humano donde se expusieron 267 congoleños. «Fue idea mía», repetía siempre con orgullo. «Los poníamos a bailar y a remover calderos, *c'était formidable!*» El público, en efecto, enloqueció con la atracción y hubo jornadas en las que el pabellón alcanzó las cuarenta mil visitas. «El único problema es que algunos insistían en lanzarles fruta o dulces y los negros empezaron a engordar. Tuvimos que advertirlo con un cartel: "No lancen comida, los negros son alimentados por el comité organizador", que yo misma preparé. ¡Dar golosinas a los negros, *quelle folie*, menudo disparate!»

Sí, Madame Lambert consintió en meter a Bokilo en una de las piraguas, pero lo hizo con el mismo espíritu con el que embarcó la jaula del loro o la caja del gramófono. Eran solo parte del equipaje, una mera distracción. Mientras bajaban por el Maringa, Makasi pensó en su madre, a la que no volvería a ver, y lloró. En sus lágrimas, además de dolor, había también alivio por separarse para siempre del *caoutchouc* y rabia por no haber podido hacerlo antes.

5

Es conocido por todos que, cuando un grupo de personas recorre la distancia entre dos puntos cualesquiera, cada una interioriza la experiencia de forma única. Todo pasajero lleva encima una mochila cargada con sus propias vivencias, y ese equipaje actúa como los espejos deformantes de las ferias: altera, agranda o incluso oculta lo que se le pone delante. En 1941, Salvador Dalí, el genio nacido en Figueres, plasmaría esta idea en *La adolescencia.* En el cuadro nos muestra a un joven que, ante un paisaje hermoso, solo logra ver en él a la actriz que lo obsesiona, Betty Stockwell. Los Lambert atravesaron el Congo con todas sus posesiones —humanas y materiales— y cada uno pareció adelantarse más de tres décadas al surrealismo: tenían delante una naturaleza distorsionada y de colores brillantes, pero sus mentes la interpretaban de acuerdo con sus obsesiones.

Ni una sola vez, durante los días que tardaron en descender el Maringa, el paisaje dejó de recordarle a Monsieur Lambert lo que ese traslado significaba para él: fracaso, declive y humillación. En Jadotville, donde lo habían destinado, ya no sería el mandamás. Como administrador regional de la UMHK, tendría que acatar las órdenes del consejo de administración y rendir cuentas a un director

general. Así, los chillidos de los monos que corrían a lo largo de la orilla, persiguiendo las piraguas, le parecían un jolgorio cargado de desprecio: «Míralo», reían, «tenía un pequeño imperio en Basankusu, ahora será uno más». Cuando los cálaos sobrevolaban el río, el batir de sus alas le recordaba los cientos de documentos que durante años había redactado en vano. De noche, las estrellas le hablaban de la fugacidad del éxito y los búhos le advertían de que la nueva vida sería triste y monótona. El Congo, en esa travesía, interpretaba un réquiem por su era dorada que no cesaba nunca y se le hizo insoportable. Cuando llegaron a Jadotville, era un hombre cambiado. Su arrojo se transmutó en desánimo y su crueldad, en amargura.

Su mujer, en cambio, recibía con alivio cada brazada de los remos. Para ella, la estancia en Basankusu había supuesto un parón, una reclusión en la que, más allá de un par de oficiales, apenas había visto «personas». Le costaba recordar la última vez que se había maquillado, o cuándo había bailado en brazos de otro hombre o envidiado el perfume y las joyas de otra mujer. Jadotville no era Lieja, pero suponía volver a cierta vida social: desempolvar retículos, pamelas de encaje y peinetas de plumas, y encargar carnés de baile para sus hijas. Atravesar el Congo, para Madame Lambert, fue como experimentar ese túnel que a menudo describen los que están cerca de la muerte: cuando ya dan todo por perdido, de pronto, a lo lejos, por fin, se ve la luz.

Para Ekila, el viaje resultó sanador. Seguía sin hablar, pero no daba crédito ante tanta belleza y todos sus sentidos se agudizaron. Cada

mañana se despertaba con el sonido de la lluvia rebotando contra el río, abría los ojos y estrenaba un mundo nuevo, con un horizonte distinto al del día anterior. Aves y flores nunca vistas, tribus diferentes a la suya observándolos desde las márgenes del río, un viento mucho más seco. El dios Nzambi Mpungu era dueño de una baraja infinita y no se cansaba de sacar cartas nuevas. Ekila, acostumbrado a un juego en el que de pronto te abandonaba la suerte, intentaba memorizarlo todo.

Makasi viajaba con ilusión. Desconocía lo que les esperaba, pero le resultaba imposible imaginar una vida peor que la que dejaban atrás. Había momentos, eso sí, en los que tenía que luchar contra lo que sentía al ver a las *mademoiselles* jugando con Bokilo, porque lo hacían de una manera demasiado similar a la de los niños del poblado que se entretenían con loritos o cercopitecos. Makasi se mordía los labios y trataba de concentrarse en lo que la rodeaba, aunque su rabia a menudo opacaba la belleza del paisaje. Por suerte, Bokilo todavía desconocía la condescendencia y la superioridad y no percibía lo que había detrás de esos juegos. Dejaba que le hicieran cosquillas y les reía todas las gracias, para gran regocijo de las *mindele*.

El descenso del Congo resultó, contra todo pronóstico, la parte del viaje que más disfrutaron las *mademoiselles*. Tras dejar las piraguas, el grupo continuó en una barcaza propiedad de la UMHK en la que viajaban más pasajeros, incluidos varios oficiales jóvenes que hicieron que olvidaran los recelos con los que se habían embarcado. Llovió gran parte de la travesía y los *mindele* pasaron mucho tiempo

en sus cabinas y en la sala común, leyendo o jugando al backgammon. Los criados se acomodaron en la cubierta de la nave. Si la lluvia arreciaba, se apiñaban en los pasillos traseros, que tenían un pequeño techado, y se protegían con lonas. Makasi aprovechó para practicar su escritura, pintando sobre el tablado mojado, y para hacer amistad con una criada que hablaba tshiluba, el idioma de Jadotville. A mitad del recorrido pasaron dos días en Coquilhatville, donde los Lambert asistieron a la recepción de la Société Anversoise. Gustave Willems, uno de los oficiales que viajaban en el vapor, acompañó a Mademoiselle Sophie. La pareja se comprometería antes de las campanadas del nuevo año.

Tras cinco semanas de navegación llegaron a Leopoldville, donde alternaron otros vapores, con los que descendieron el Kasai, y tramos a bordo de los trenes recién inaugurados. Aquí es de recibo detenerse un momento para reconocer lo que es justo: los Lambert —y, por supuesto, todo el servicio, que no tenía elección— demostraron lo que tantos pioneros y exploradores de aquella época: una resistencia física y emocional impresionante. Avanzaron en un clima castigador que incluía tormentas, temperaturas infernales y una humedad insoportable. Convivieron con mosquitos persistentes y todo tipo de malestares, desde la comida escasa hasta las fiebres y disenterías que muchos padecieron, pero que fueron superando.

El último trayecto, desde Luluabourg hasta Jadotville, fue el más duro. Salvo por breves tramos de tren a través de la nueva red del Katanga, todavía en construcción, tuvieron que avanzar a lomos de

decenas de mulas y burros, cargados al máximo de su capacidad. El *boy* Nsimba y Ekila hicieron todo el recorrido a pie, empujando un carro con víveres. Makasi caminó llevando a Bokilo atada a la espalda. Tras cinco días llegaron a Bakwanda, donde poco a poco el bosque se soltó y las ramas dejaron de abrazarse. Cuando la sabana se les presentó delante, Makasi y Ekila quedaron aturdidos. El mundo, de pronto, pareció concluir, como si se hubiera desplegado. Apareció un cielo extenso, donde el aire se movía y los sonidos llegaban nítidos, libres de amortiguación. El lodo dejó paso al polvo; los árboles, a la hierba. Este nuevo paisaje estaba poblado por criaturas asombrosas, desde extraños animales rayados hasta pájaros gigantes. Bokilo preguntaba sus nombres a Kanku, uno de los porteadores, que hablaba francés y tshiluba. «*Ny?*», señalaba ella. «¿Ese animal?» «*C'est un nyampaka, un zèbre*», «*une autruche*», «*un kudú*», respondía él, mezclando idiomas.

Por la noche, cuando acampaban, Ekila observaba el cielo, límpido y, por primera vez, infinito, y se preguntaba qué se escondía todavía más allá. Makasi escribía en la arena y acunaba a Bokilo, que caía siempre rendida tras tantas impresiones. En una ocasión, Makasi se acercó al porteador. Sabía que los *mindele* llamaban Congo al lugar que habían dejado, pero ¿cómo se llamaba este? Kanku sonrió. «*Nous sommes toujours au Congo*.» «¡Entonces es muy grande!», exclamó Makasi. «*Oui, grand et magnifique*», respondió él. Ella, que siempre había idealizado el mundo de los blancos que leía en los libros, empezó a dudar de que fuera mejor que el suyo. Una nueva y extraña sensación, que no supo definir, se instaló en su interior. Palabras como «orgullo» o «pertenencia» le eran ajenas, pero no hace falta que te diga que eso fue, exactamente, lo que sintió.

Tras casi tres meses de viaje, llegaron a Jadotville. El lugar resultó ser un poblado caótico y fragmentado en dos. En la *ville européenne* se sucedían las casas coloniales, de madera y ladrillo, con amplias verandas y jardín delantero. Más allá, tras los edificios del gobierno y las oficinas de las empresas mineras, se extendía la *cité indigène*: una maraña de barracones y chozas de adobe y paja donde subsistían los sirvientes y los trabajadores de las minas. Monsieur Lambert descubrió con gran satisfacción que le habían otorgado una *maison* más grande que la que habían dejado en Basankusu. La cosa no tenía mérito —allí todas las residencias eran amplias—, pero la nueva situación agradó a toda la familia. El lugar llevaba meses deshabitado y Madame Lambert añadió dos nuevas *bonnes* al servicio para que ayudaran a Makasi a adecentarlo. Eran unas niñas animosas y obedientes y, a pesar de la dificultad de comunicación —hablaban solo tshiluba y no entendían ni el mongo ni el francés—, muy pronto la *maison* quedó lista para que Madame pudiera recibir visitas y organizar los preparativos de boda de su hija con Gustave, el oficial que había conocido durante el viaje. Con la llegada de la nueva primavera, Mademoiselle Lambert pasó a ser Madame Willems.

En un principio, todo el servicio se alojaba en la *cité*. Makasi, Bokilo y Ekila dormían en una pequeña choza y compartían letrinas y un brasero exterior con otras familias. Cada mañana dejaban a la niña en la misión benedictina del padre Hemptinne, donde pasaba el día, y caminaban hasta la *maison*. Ekila ahora era un *boy* al servicio de los Lambert. Se había librado de trabajar en la mina, lo que, según contaban sus vecinos, era una gran suerte. En Shituru, donde

se extraía el cobre, también había *chicotte* —que allí llamaban *kiboko*— y muchos no volvían. Vestir a Monsieur y limpiar la cubertería era, sin duda, un gran privilegio.

Pero cuidado: si piensas que la vida, por fin, les sonreía, subestimas lo que implicaba ser *domestique nègre* en aquella época. Déjame compartir contigo tan solo un puñado de imágenes.

La primera instantánea es de finales de 1913. En ella se ve a Bokilo escondiéndose en las faldas de Mathilde, una misionera, y rechazando los brazos de su madre. Para entender este momento hemos de retroceder unos meses. Ekila todavía no habla y eso, para la Madame, es una gran virtud porque, como suele decir a sus nuevas amigas: «¿Quién quiere escuchar a un *boy*?» Puede estarse quieto y en silencio durante horas, con el uniforme que le sobra por todas partes y los dedos estirados dentro de los guantes. Es obediente y acomete cualquier trabajo con presteza y esmero. «Un *bijou*», insiste Madame. Makasi, por su parte, se ha vuelto indispensable desde que Sophie, ya Madame Willems, ha dado a luz. El bebé nació durante una ola de calor y llora mucho. Para su madre es un fastidio y, en cuanto puede, se lo cede a Makasi, que lo calma con facilidad. Una mañana, Nsimba, el *boy*, no se presenta a trabajar; dicen que se ha escapado para probar suerte en las minas artesanales que hay más al sur. Madame Lambert no quiere arriesgarse a perder más servicio y ordena a Ekila y a Makasi que se muden a la parte trasera de la casa, donde duerme la cocinera. «Pero tu hija aquí no puede estar. Ahora hay un bebé en casa y no quiero que le pegue piojos o pulgas o lo que haya en esa escuela de *noirs*.» En realidad le da vergüenza que la vean las visitas —quiere

evitar preguntas incómodas—, pero eso no lo dice. A Ekila no le queda más remedio que dejar a la niña en la misión. Bokilo llora varios días seguidos y después se cuelga un velo de tristeza encima que ya nunca se quitará. El hijo de Madame Willems tiene a Makasi ocupada día y noche y casi nunca logra escaparse para ir a verla. La niña se resiente. En la imagen, si la observas con atención, se ve el recelo y la pena en sus pequeños ojos y todo el dolor del mundo en el rostro de su madre.

La segunda estampa es del año siguiente. Muestra a Makasi frotándose la cara. Monsieur Lambert acaba de darle un sonoro bofetón. Ella había entrado en la despensa para coger velas y se lo encontró allí, con los pantalones bajados y el rostro cubierto de sudor. Contra la pared estaba la *bonne* más joven —en realidad, una niña—, con el uniforme subido, tapándole casi por completo el rostro, y la mirada vacía. «¡Ni una palabra!», gritó Monsieur Lambert a Makasi antes de pegarle.

Otra instantánea. Es de 1916 y en ella se ve a Makasi, embarazada, con un juguete entre las manos. Ese año el ambiente en la *maison* era opresivo; los telegramas traían noticias de una guerra que mantenía a todos los *mindele* en vilo. En Navidad los visitó Victor, el hermano de Monsieur Lambert. Era general del ejército y llegaba desde Inglaterra. Se había ganado un largo permiso tras acompañar hasta Londres a cientos de niños belgas. Durante la cena, Victor contó que los habían refugiado en el Alexandra Palace, un lugar hermoso donde trabó amistad con varios alemanes. «Nos echaron del Alexandra para poder encerrarlos a

ellos. Durante unas semanas conviví con alguno y, la verdad, son de lo más agradables. Hans, un carpintero, me hizo un juguete para tu hijo, Sophie, *chérie*.» En cuanto Victor salió a fumar con su hermano, Madame Willems soltó que no tenía ninguna intención de conservar en casa algo que apestaba a *boche* y se lo dio a Makasi. «Toma, Ladouce, llévaselo a tu hija.» Makasi no sabía de qué hablaba y observó el juguete. Era un perro de madera, con ruedas y un cordel para arrastrarlo. «¡La pobre *bête* tendrá que empujarlo con la lengua!», exclamó Mademoiselle Juliette, provocando la carcajada de su hermana. Eso sí lo entendió Makasi. En la imagen puedes verla observando el objeto con atención, conteniendo las lágrimas.

No, la vida en Jadotville nunca fue fácil para ellos. Los días se sucedían con lentitud; vivir buscando siempre la insignificancia, para evitar reproches o castigos, resulta agotador. Aun así, no debes pensar que el destino nunca es justo con quien lo merece, porque no es cierto. Quiero contarte, también, dos grandes victorias que llegaron poco después.

En 1917 Makasi y Ekila tuvieron otra hija, a la que llamaron Nseya, como la madre de Makasi, que añoraban cada día. En teoría, Nseya debía crecer en la misión junto a su hermana, pero una noche, cuando acababa de nacer, Ekila salió a observar el cielo, como hacía a menudo. Paseaba cerca de los muros traseros de la *maison* cuando oyó unas risas ahogadas. Apuntó su farol y descubrió, abrazados y a medio vestir, a Victor y a Madame Lambert. Tras el susto inicial, ella agitó la mano, despreocupada, y dijo riendo a su cuñado: «No te

preocupes, el *boy* es mudo.» A la mañana siguiente, Madame Lambert cosía cuando levantó la mirada del bastidor y se encontró a Ekila delante. «*Mon Dieu*, *boy*, ¡me has asustado!» Ekila la miró a los ojos y, en un francés discutible, pero con tono firme, habló: «Quiero mis hijas vivir aquí.» Esa misma tarde, Bokilo se mudó con ellos. Ya era una jovencita de doce años, capaz de entender la situación, y ayudaba a sus padres de buen grado, cuidando de su hermana y ocupándose de todas las tareas que no implicaban entrar en la *maison*. En eso, Madame Lambert fue clara: «Si la veo por casa diré que me tocaste y te matarán.» Ekila no volvió a hablar nunca más y Makasi jamás entendió por qué Madame había cambiado de opinión.

La otra conquista está relacionada con una ventaja que tenía Makasi: cuando uno llega a una *maison* vacía y la limpia por primera vez, descubre cosas que nadie más ve. Esto puede parecerte un detalle intrascendente, pero créeme, no lo es. Y, aunque ahora no puedas entenderlo, está relacionado con el mayor deseo de Makasi: esa obsesión por escribir y dejar constancia de su existencia que había empezado en Basankusu y que, lejos de mitigarse, en Jadotville se acentuó. Cuando aprendió todas las letras, caminó hasta la escuela de la *cité* y consiguió que uno de los maestros le regalara un cuaderno. Allí garabateó estas líneas:

> *Sé poco, sé casi nada. Pero sé una cosa. No soy cabra ni gallina. En el gran libro de los* mindele *dice que soy igual que su Dios. Y eso debe valer algo. Poseo nada, pero soy*

rica en paciencia. Toda mi gente lo es. Y podemos esperar lo que haga falta.

SEGUNDA PARTE

Cobre

1

Había nacido a orillas del Congo y, desde entonces, diría que solo alcanzaba la paz cuando estaba cerca del agua. De su infancia le gustaba recordar siempre la misma historia: cuando, con cuatro o cinco años, salió a pasear con su abuelo y se encontraron con un leopardo. «Mi abuelo me pasó su lanza y yo lo maté. Jamás he vuelto a sentir miedo por nada.» Es más que probable que eso nunca sucediera —tenía un don para la fabulación que usaba a menudo—, pero, décadas después, esta anécdota le serviría para justificar los costosos sombreros de pelo de leopardo que se hacía confeccionar en París.

Su madre trabajaba para la familia de un juez belga; los *mindele* la llamaban Marie Madeleine. Su padre, Albéric, era cocinero en la misma *maison*. A él lo bautizaron Joseph, pero todos lo conocían como Jeff. La mujer del juez, que no tenía hijos, se encariñó con el niño y le enseñó a leer y a escribir. No solo: también pedía que la acompañara a todas partes. «La *mundele* entraba en las tiendas llevándome de la mano», contaría Jeff años más tarde. «Era algo extraordinario.» En 1938, cuando cumplió ocho años, Albéric murió y su madre lo trasladó a Coquilhatville, donde tenía un tío. Jeff pasó de ser un niño privilegiado, criado como un belga, a vivir en la

miseria. La rabia lo convirtió en un adolescente insoportable y su tío decidió enviarlo a una escuela de sacerdotes que tenía fama de estricta. En cuanto llegó, se hizo notar. Corregía el francés de los profesores, que eran flamencos, y les lanzaba dardos con tinta cuando se giraban para escribir en la pizarra. Tardó pocos días en colgarse la medalla al más gamberro.

En 1949, cuando estaba a punto de cumplir diecinueve años, se escapó del colegio para pasar una noche de fiesta en Leopoldville: llevaba años soñando con la que los sacerdotes definían como la «ciudad del pecado». En uno de los bares sucedió algo que no se esperaba: se enamoró. Todos sabemos cuánto puede nublar ese primer amor de juventud; a Joseph lo cegó por completo. Lo que iba a ser una breve aventura se alargó durante semanas. Los sacerdotes interrogaron a todos los alumnos: «Confesad, ¿dónde está?» A Eketebi, uno de los más pequeños, se le escapó la verdad. Cuando Joseph por fin regresó, se encontró con que lo habían expulsado, y eso, en aquellos tiempos, comportaba siete años de servicio obligatorio en la Force Publique. El castigo, lejos de perjudicarlo, acabó siendo un gran golpe de fortuna. La experiencia transformaría no solo a aquel rebelde sin miedo, sino a todo su país.

Ese mismo año, y a siete mil kilómetros de distancia, en Irlanda, otro adolescente descubría el amor. Sucedió en el pub de Renmore, un suburbio de Galway. Gracias a su destreza con los dardos, Walter Doherty acababa de conquistar a una morena que desde hacía tiempo le quitaba el sueño. Tras centrar dos tiros seguidos, ella aplaudió con entusiasmo y él aprovechó para invitarla a una

Guinness. La chica pestañeó dos veces antes de aceptar y el gesto bastó para finiquitar a Walter, que cayó a sus pies como una pera madura. Los siguientes días, a raíz de aquel episodio, descubrió que la gente tiende a infravalorar mucho las cosas. Su padre, por ejemplo, le había advertido que los primeros besos solían ser un desastre: «No te desanimes, la cosa luego va a mejor.» Y su hermano mayor le había dicho que la primera relación era «un simple entrenamiento, un detalle mínimo en tu vida que pronto olvidarás». Él, sin embargo, opinaba que los arrumacos con la morena eran insuperables y, cuando ella lo dejó por un soldado, lo que sintió en el estómago fue todo menos un «detalle mínimo». Durante varias noches lloró bajo su ventana. La madre de la chica, cansada de tener a un chaval maullando en la puerta, salió una madrugada para hacerlo entrar en razón: «El otro lleva uniforme, ¿entiendes? Nada supera eso.» Al día siguiente, Walter se alistó.

Y qué decir de Pavel Egorov, un jovencito de Ivánovo que también se estrenaba en esto del amor. Mientras Joseph y Walter soportaban el desagradable examen médico previo al ingreso militar, Pavel sugería un sobrio *davay pozhenimsya*, «casémonos», a su vecina Sonia, a la que conocía desde niña. Estaba muy enamorado, pero había tardado meses en decidirse a dar el paso porque a su madre la hija de los vecinos no la convencía. «Piénsatelo bien, desde luego chicas no faltan. Tienes donde escoger.» Eso era cierto. A Ivánovo, entonces, se la conocía como «la ciudad de las novias», porque estaba llena de talleres textiles que daban trabajo a cientos de mujeres. A muchas las trasladaba el Estado desde Moscú, distante unos trescientos kilómetros al sur. Se habían quedado huérfanas o

viudas durante la guerra y se les asignaba un puesto en las fábricas y cama en alguna pensión. La madre de Pavel hubiera preferido cualquiera de esas muchachas, luchadoras y sufridas. Encontraba a Sonia algo altanera y tenía miedo de que no le bastara la vida que podía darle su hijo, que era solo un peón de obra. Pavel habría hecho bien en escucharla, pero la juventud, ya se sabe, es impermeable a los consejos maternos.

Buena parte de esos años en la Force Publique, Joseph los pasó leyendo. Cada día llegaban al cuartel varios periódicos internacionales, que estudiaba con atención, y frecuentaba también la pequeña biblioteca local. Su libro favorito era *El príncipe*, de Maquiavelo, del que acabó memorizando varios fragmentos. Tras el servicio militar, alguien le sugirió que se hiciera periodista y consiguió empleo en un diario belga. En 1958 lo enviaron a Bruselas para cubrir la Exposición Universal, y el viaje resultó revelador. Él, que se había convertido en un *évolué* —así se conocía a los congoleños cultos que hablaban francés e imitaban a los belgas en todo—, descubrió que el país que idealizaba no era en absoluto perfecto y que existían varios movimientos africanos, iniciados en Ghana, que luchaban por la independencia. A su vuelta se unió al Mouvement National Congolais (MNC), el partido del nacionalista Patrice Lumumba, del que pronto pasó a ser el brazo derecho. Se despojó de su nombre *mundele*, Joseph-Désiré, y adoptó el de su familia bantú: Mobutu. Con el tiempo, ese tema se le iría de las manos y en su pasaporte escribiría: Mobutu Sese Seko Nkuku Ngbendu Wa Za Banga, o «el invencible guerrero que va de

conquista en conquista dejando el fuego a su paso». Sí, ya sé, qué quieres que te diga.

El fervor nacionalista de Mobutu se extendía por todo el país. Leopoldo II ya no estaba, pero las cosas, bajo el gobierno belga, apenas habían cambiado. La nueva generación de congoleños, alfabetizados y más atentos a lo que sucedía en el mundo, no estaba por la labor. Al principio pareció que, por una vez, iban a tener suerte: los belgas no querían una nueva Argelia y decidieron que era hora de marcharse de allí. El 30 de junio de 1960, el Congo obtuvo la independencia, con Lumumba como primer ministro y Mobutu como jefe del ejército. Pero pronto todo se torció. Con tan solo 136 graduados en secundaria en todo el país, el Congo carecía de lo necesario para formar un Estado. No había médicos, ingenieros, abogados ni expertos en economía o comercio. Además, era un país lleno de etnias y regiones enfrentadas entre sí. Once días más tarde empezaron las revueltas. La situación no preocupó a Mobutu. Al contrario, tenía intención de sacarle todo el partido. Dejó que Lumumba cavara su propia tumba pidiendo ayuda a la Unión Soviética —a pesar de que él sabía que, en plena Guerra Fría, aquello era una pésima idea— y permitió que Tshombe, el líder de la región de Katanga, hiciera todo el ruido que quisiera. Poco después, la Gendarmerie de Tshombe, según se dice asistida por la CIA, asesinó a Lumumba.

Mientras tanto, en Irlanda, los años de Walter discurrían por una corriente mucho más serena. Tras el servicio militar, había ingresado en uno de los batallones de su país destinados a misiones de paz de

la ONU. Le llevó cinco años olvidar a aquella morena, pero en 1956 presentó convencido el anillo de su madre a Erin, la hija de su dentista. Un año más tarde llegó el primer niño, al que llamaron Finn. Erin trabajaba como secretaria en la consulta de su padre y Walter llevaba, más que nada, formación y papeleo. Tenían una pequeña barca a motor y los fines de semana navegaban rumbo a las islas Aran, porque a Finn le encantaba avistar focas. Una noche de 1961, Walter se acostó sintiendo una inquietud de lo más desagradable. Las cosas iban demasiado bien y su idiosincrasia católica buscaba un equilibrio: tanta bonanza lo hacía sentirse culpable. Meses después, al rememorar aquella noche, se arrepentiría de haber recordado a Dios que llevaba tiempo sin sufrir. Recibió el telegrama esa mañana muy temprano, antes incluso de que llegara la leche: debía presentarse en Dublín cuanto antes; lo trasladaban a la Compañía A del 35.º batallón de Infantería.

En Ivánovo, Pavel se acordaba de su madre casi todos los días. Se mataba a trabajar, pero Sonia nunca estaba contenta. Por las noches regresaba de la obra agotado, el mono sudado y lleno de cal, las botas escociéndole en los pies. Se sentaba a comer su único plato caliente del día y, ni diez minutos después, Sonia estaba enumerándole todos los avances del vecindario. «¿Sabes que el marido de Vera le ha conseguido una lavadora? ¡Una Riga, además! Ventajas de ser funcionario.» «El sindicato envía a los Lebedev de vacaciones a Crimea; nosotros jamás podremos irnos a ningún lado.» Pavel sobrellevaba aquello usando un truco que le había sugerido un compañero, Piotr, que presumía de tener a la mujer más difícil de toda la ciudad. «Yo la dejo hablar y, dentro de mi cabeza,

me pongo a cantar.» Cuando Sonia atacaba con su sólita retahíla, en la mente de Pavel arrancaba *Dva Berega*, su canción favorita. Era fácil ver en Sonia solo ambición. Lo difícil era apartar ese embozo y apreciar que también era una madre devota —tenían ya dos hijos— y una cocinera excepcional. A Pavel no le quedaba otra que hacer ese ejercicio, por muy difícil que fuera.

Tal vez te estés preguntando: ¿qué tienen en común personas tan lejanas entre sí? Quizá deberíamos cuestionarnos qué significa realmente estar lejos. Supongo que estarás de acuerdo en que tenemos una extraña concepción de la distancia. Dibujamos mapas, agitamos banderas y nos aferramos al concepto de frontera sin parar a pensar en lo absurdo que debe de resultar todo eso visto desde fuera. En 1961, mientras Walter viajaba hacia Dublín y Mobutu traicionaba a Lumumba entregándolo a sus enemigos, Yuri Gagarin orbitaba la Tierra. Él fue el primero en maravillarse ante la microscópica mota de polvo, preciosa y frágil, que nos acoge a todos juntos en nuestro viaje por el universo.

Cuando Walter se presentó ante Pat Quinlan, su nuevo comandante, descubrió que la ONU los enviaba a Jadotville, en Katanga. Tras la muerte de Lumumba, el ansia independentista de Tshombe había llegado demasiado lejos y al mundo occidental aquello no le gustaba. «¿Jadotville? Con todo el respeto, señor, ¿qué se nos ha perdido allí?» Quinlan lo miró. Era un hombre agudo y cordial, que también dejaría un hijo en Irlanda. «¿Sabe decirme dónde estaba el 6 de agosto de 1945?», le preguntó a Walter. «Por supuesto, señor.» Para su generación, aquella fecha era clave, como

nuestro 11 de septiembre. Walter recordaba que esa noche, en Galway, hacía mucho calor y que nadie podía dormir. Su padre había encendido la radio para dejar que el folclore de Irlanda se deslizara por toda la casa. Minutos después de la medianoche, la música se interrumpió y llegó el anuncio: Estados Unidos acababa de bombardear Hiroshima. Quinlan extendió un mapa del Congo y le señaló el este de Jadotville. Walter leyó: «Mina de Shinkolobwe.» «Todo el uranio de esas bombas salió de esa mina», dijo el comandante. «No se engañe, Doherty: estamos todos conectados.»

Quinlan no había viajado al espacio como Gagarin, pero entendía algo fundamental: lo que estaba pasando en el Congo repercutía más allá de sus fronteras. Walter, Joseph y Pavel, tres muchachos condicionados por el amor de juventud. Su destino cambiaría en Jadotville, la ciudad donde habíamos dejado a los Lambert y donde, en ese momento, la vida de Makasi está llegando a su fin.

2

La Jadotville a la que volvemos, en este 1961, nada tiene que ver con la de 1917. La gran generación del cobre, cientos de miles de congoleños que cada día trabajan en las minas, abarrota ahora la *cité indigène*, convertida en una enorme maraña de chozas de barro y paja que se extiende de manera caótica durante kilómetros. Los senderos que la recorren, rosados e informes como arañas vasculares, están salpicados de fogatas comunitarias donde siempre hay mujeres removiendo pucheros. Caminar por ellos significa sortear gallinas, cabras, puestos improvisados de frutas y verduras, y niños, muchísimos niños. El aire está hecho de tierra en movimiento. Huele a hoguera, a sudor y a orín, a mango y a plátano frito, a un polvo ubicuo y machacón que tiñe de rojo hasta la niebla que tapa el cielo cada mañana.

Llegado cierto punto, aparecen el cemento y la hojalata. Las casas mejoran; muchas tienen incluso fogones en su interior. Hay alguna buganvilla y también asfalto en varias calles. Estamos ahora en la zona de los *évolués*, los congoleños que, como Mobutu, imitan a los belgas en todo. Si prestas atención, podrás escuchar a Édith Piaf colándose por las ventanas desde algún gramófono y deberás tener

cuidado con las bicicletas Raleigh: las llaman los Mercedes de los negros y aparecen siempre cuando menos te lo esperas.

Todavía más allá, surgen el orden y la monotonía. La *ville européenne* ha seguido creciendo y hoy alberga a unos cinco mil blancos: belgas en su mayoría, aunque también hay griegos e italianos. Aquí hay ladrillo, verandas de madera, palmas y jacarandás. Huele a perfume francés, a pan recién horneado, a vida resuelta y a despreocupación. Los automóviles recorren sus calles, de fachadas color pastel y amplias aceras, para llevar a las *mesdames* de tienda en tienda o a los *messieurs* a almorzar en el Cercle Sportif. Cuando cae la noche, la moral se relaja y los callejones se llenan de vida. Bares, casinos y prostíbulos entretienen hasta altas horas a una sociedad devota del *dolce far niente*, que se lo debe todo a un cobre inagotable, capaz de correr con todos los gastos.

Ahí la tienes, en una de las avenidas más antiguas: la casa de los Lambert. Sigue siendo una de las mansiones más imponentes de la zona, aunque el azote del aire le ha hecho perder algo de lustre y le vendría bien una mano de pintura fresca. Entremos. Tendrás que acostumbrarte a la penumbra: las cortinas de terciopelo, ya desfasadas, siguen tapando la luz. No es cosa de Madame Lambert: los patriarcas de la *maison* se retiraron hace ya años a la Riviera Francesa. Tampoco de Madame Willems. Su marido fue llamado a filas casi al final de la guerra y llegó a Francia a tiempo para dar su vida por la patria. Ella guardó luto riguroso mucho más tiempo del debido y, cuando la cosa empezó a ser preocupante, su madre le

sugirió que se fuera con su hijo a pasar una temporada en Suiza, donde tenía una tía. El cambio le hizo bien. Un año después se había casado con el dueño de un balneario y ya nunca volvió a África. La *madame*, en estos momentos, es Mademoiselle Juliette, convertida en Madame Dubois desde que se casó con un directivo de la mina de uranio de Shinkolobwe. Fue un matrimonio organizado por sus padres; Juliette habría preferido continuar sus días entre libros y bastidores, pero la jugada a los Lambert les salió bien. Monsieur Dubois vivía solo para su trabajo y, lejos de importarle que no llegaran los hijos o que su mujer no tuviera mucha conversación, pareció aliviado por ello.

Vayamos ahora hasta la parte trasera de la *maison*. Allí sin duda echarás de menos a Ekila: se lo llevó la malaria hace ya una docena de años. El hombre agonizó durante días; tras décadas de silencio, pareció querer soltar todo lo que se había acumulado en su cabeza. Repetía «*nalanga yo banda kala*», «siempre te he querido», a Makasi, y sus últimas palabras fueron para Bokilo: «*limbisa ngai*», «perdóname». Murió abrazado a su hija mayor, que, lejos de guardarle rencor, lo adoraba.

Los dos jóvenes que encontrarás sentados en el patio trasero son los hijos de Nseya, la hermana de Bokilo: Kalengi, de veintitrés años, y Monganza, de diecinueve, a la que todos, menos su abuela, llaman Mon. Llevan allí muchas horas; el doctor ha dicho que Makasi se irá antes de que acabe el día. Entremos a despedirla. Ahí la tienes, en su lecho, con una hija a cada lado. El tiempo ha arrugado su rostro, pero su mirada sigue siendo límpida y tiene el semblante sereno. Se

va con setenta y tres años, un gran logro, y sabe que deja su secreto en buenas manos. Aparca tu curiosidad: es algo que descubrirás a su debido momento. Tiene que ver con esta *maison*, que conoce tan bien, y ahora que ella deja este mundo pasará a su querida Monganza. El único pesar que se llevará al otro mundo es el de su nieto, que la preocupa desde hace tiempo.

Con doce años, Kalengi descubrió por qué a Bokilo, la tía que lo cuidaba mientras su madre trabajaba en la *maison*, le faltaba una mano. Se lo dijo un chico que iba con él a la escuela. Kalengi siempre había pensado que era igual que los demás, pero aquel crío, cruel como pueden serlo los niños a esa edad, le dejó claro que no, que era un *mosakoli*, un extranjero. «¡No es verdad!», chilló él, que había heredado el orgullo de su abuela. «¡He nacido aquí, en Jadotville, igual que mi padre!» «Pero tu madre no es katanguesa, tu madre es mongo, me lo ha dicho la mía.» «¿Cómo lo sabes?», insistió. Aunque su abuela se empeñaba en hablarles en mongo, jamás usaban esa lengua fuera de casa, donde alternaban el tshiluba y el suajili con el francés, obligatorio en la escuela. «Porque vio a tu tía en el mercado. Es una *fille du caoutchouc*.» Esa noche, Toko, su padre, explicó a Kalengi la historia que había detrás. «Tu familia ha trabajado duro para darte un futuro», le dijo. «Tienes que estar orgulloso.»

Los traumas familiares son como las malas hierbas, ¿verdad? Cuando piensas que las has erradicado, de pronto despuntan de nuevo, con más fuerza incluso, determinadas en su afán de extenderse y estropear la armonía del sembrado. No había nada en

Bokilo que sugiriera amargura o rencor. Era todo dulzura, una mujer devota de sus sobrinos que vivía para ayudar y que nunca perdía la sonrisa. Y, sin embargo, esa noche la víbora del odio mordió a Kalengi y lo envenenó. Días después dejó la escuela y se fue a trabajar a la mina de Shituru, en la periferia de Jadotville. Sus padres acogieron la noticia con desesperación. «¡Es peligroso y mucho más duro que trabajar en la *maison*!» «No pienso ser *boy* como tú», anunció a su padre, que había heredado el trabajo de Ekila. «Jamás serviré a un *mundele.*» «Madame Dubois es amable, nos trata bien», insistió Makasi. «¿Cómo puedes servir a quien hizo eso a tu propia hija?», le soltó él. Los ojos de su abuela se llenaron de lágrimas. «Es difícil de explicar, *bolingo*.» «A mí me parece de lo más sencillo. Trabajaré para ellos en la mina, pero no les serviré en su propia casa.»

La realidad de la remota selva de Basankusu, compleja como las lianas que la poblaban, le resultaba ajena a la generación de Kalengi, criada en una urbe donde la existencia de *évolués* les hacía creer que la integración —la igualdad, incluso— era posible. Aquello era, por supuesto, una utopía absurda. A Kalengi le bastaron dos días para arrepentirse de su decisión. Su familia tenía razón: el trabajo en la mina era tremendo, pero su orgullo le impidió volver atrás y nunca regresó a la escuela.

Cada mañana se levantaba a las cuatro y caminaba hasta el río Panda, al pie de la mina de Shituru. Allí se dedicaba, durante quince largas horas, a lavar las piedras que los adolescentes arrancaban de las escombreras. Encontró en Kabasele, un niño de su edad, un gran

aliado. Llevaba desde los nueve años trabajando allí y era una especie de jefecillo para los críos. Él le enseñó a frotar la roca hasta que aparecían vetas verdes y le explicó que debían permanecer en el río al menos hasta los catorce. «Todos menos yo», decía, hinchando el pecho. «A mí me dejarán picar con trece, porque llevo aquí toda la vida y ya sé lo que hay que saber.»

El aire de la mina les llegaba a ráfagas, cargado de polvo seco y ceniza. El olor metálico, que impregnaba toda la zona, se le metió en la nariz a Kalengi la primera semana y se quedó allí para siempre. Regresaba a casa con las piernas tumefactas y las plantas de los pies llenas de hongos y llagas. Las manos, ásperas y ennegrecidas, no volvieron a estar limpias del todo y las uñas, aunque su abuela se las cortaba constantemente, adquirieron un brillo verdoso y tóxico. Aun así, a Kalengi le parecía que todas las fatigas quedaban recompensadas cuando cada noche dejaba caer los centavos, todavía calientes de tanto sobarlos en el bolsillo, sobre la mesa de la cocina. Gracias a Kabasele sabía qué *creuseurs*, los buscadores informales que trabajaban fuera de la mina, pagaban mejor, y había semanas en las que conseguía ganar tanto como su padre en un mes. «Aquí tienes», decía a su madre. «Suficiente para tres kilos de mandioca.» «Gracias, hijo, pero ¿vale la pena?», suspiraba Nseya. «Por supuesto que no», decía Toko, que todavía no aceptaba que su hijo dejara de estudiar. Kalengi lo ignoraba y respondía a su madre: «En nada le tocará a Kabasele empezar a picar y me ha prometido que me llevará con él.»

Pero ese día nunca llegó. Su amigo se fue apagando y empezó a pellizcarse el vientre, cada vez más abultado. Todos allí conocían esos síntomas: era la bilharzia, un regalo del río Panda. Su agua bajaba llena de larvas de caracoles que entraban en las heridas y viajaban por el cuerpo hasta instalarse en los órganos. Kabasele aguantó estoico durante meses, empujado por esa meta que imaginaba magnífica y que lo llevaría a cambiar el agua por el cincel y la pala. Una tarde, su cuerpo se rindió. Estaba sentado en la orilla, frotando las rocas con los otros niños, cuando alguien hizo una broma sobre el nuevo peinado de uno de los *creuseurs*. Kalengi, al no oír su risa, se giró. Su amigo tenía la cabeza caída hacia un lado y sonreía; parecía dormir la siesta. Pero, cuando lo tocaron, su cuerpo se desplomó y golpeó la arena como si fuera un saco de arroz. Los niños avisaron a las mujeres que, un poco más allá, recogían en cestos las piedras lavadas para trasladarlas hasta los puntos de venta. Llegaron corriendo y se lo llevaron en brazos hasta la *cité*, donde su madre lo lloraría como ya había hecho con su hermano mayor, víctima de un derrumbamiento. Kalengi y los otros siguieron lavando: había que cumplir con la cuota del día y las lágrimas solo servían para nublar la vista y entorpecer la tarea.

Han pasado más de diez años desde aquello y en la vida de Kalengi ha cambiado mucho y nada. Sigue trabajando en Shituru; de lavar en el río pasó a picar la montaña, primero en las zonas artesanales y, desde hace cinco años, en la mina oficial de la UMHK, que un día dirigió Monsieur Lambert. Cuando Kalengi fichó allí el primer día, el destino lo recibió con un sopapo: el marido de Madame Dubois, que trabajaba un poco más al este, en

Shinkolobwe, sustituía durante unas semanas al *directeur*, que había viajado a Bruselas para un funeral. El mismo *mundele*, o *mzungu* como lo llaman en Jadotville, al que había jurado no servir, decidía ahora su salario y su posición en la mina. Afortunadamente, nunca se cruzaron. Los directivos casi no pisaban las minas: pasaban el día en el Cercle Sportif, jugando al tenis y bebiendo cerveza Primus, y dejaban que los *chefs de service*, jóvenes ingenieros recién llegados de Bélgica, gestionaran todo.

A lo largo de esa década, el cuerpo de Kalengi, alimentado a base de orgullo y tozudez, ha ido soportando los envites diarios. La tos, seca y persistente, no le da paz. Sus manos parecen corteza de ébano y en sus piernas las venas sobresalen como si fueran culebras. El cambio más profundo, sin duda, es el invisible: nada queda de aquel niño vivaracho que corría por el mercado con su tía y su abuela. El interior de Kalengi es ahora una galería oscura e insondable como las que cada día rompe en Shituru. El cincel erosionó también su buen ánimo, y lo poco que quedaba de él huyó hace tiempo buscando protección. Y es que a la pérdida de Kabasele siguieron muchas otras: jóvenes que cayeron víctimas de la malaria, la silicosis, los derrumbes o el cansancio. Kalengi aprendió que no debía aficionarse a nadie. La mina era una gigantesca ruleta rusa y era mejor no conocer a los que recibían las balas. Trabajaba en silencio, como había hecho durante décadas su abuelo, concentrado tan solo en el ritmo del cincel. Cada golpe en la roca lo acercaba a la sirena que marcaba el fin de una jornada más y él se aferraba a ese consuelo. Al anochecer volvía a casa bordeando el Panda, que a esa hora bajaba lleno de hileras de niños. Los pequeños alargaban las

manos para recoger los centavos que se habían ganado y luego buscaban a sus madres, estacionadas con sus cestas cerca de la orilla. Ellas acogían las monedas con alivio y después cargaban con los críos a la espalda, rumbo a la *cité*. Los niños caían rendidos casi de inmediato y todos los días Kalengi deseaba ser uno de ellos para dejarse llevar, abrazado y envuelto en un bonito pañuelo de colores.

Por todo ello, resultó sorprendente que un compañero se le acercara una tarde, a mitad de trayecto, cuando ya se avistaba la *cité*. «i*Jambo*. Eres Kalengi, ¿verdad?!», le preguntó, ofreciéndole un cigarrillo Samba. Kalengi levantó la vista y escrutó a su interlocutor, un poco mayor que él, el rostro picado de viruela. Le parecía recordar que manejaba una grúa en la zona norte de la mina. «¿Quién lo pregunta?» El joven encendió los cigarros y fue al grano: «Estoy reclutando soldados para la Gendarmerie Katangaise. La ONU ha enviado cascos azules; vienen a robarnos Katanga para entregarla a los lumumbistas. Nuestro presidente Tshombe nos necesita.» Kalengi se paró y, sin mostrar el mínimo titubeo, respondió muy serio: «Tshombe trabaja para el *chef blanc*. Toda la Gendarmerie está llena de *wazungu*; ¿por qué debería ir a luchar con los blancos? ¿No tienen suficiente con explotarme cada día en la mina?» El otro no se amilanó. «Si vence la ONU, entregarán las minas a los comunistas que apoyaban a Lumumba», insistió. Después dio una calada lenta y dejó que el humo envolviera su cara antes de sentenciar: «Y el comunismo, querido Kalengi, es hambre.» Kalengi retomó su marcha y lo dejó atrás. «¡Piénsatelo!», lo oyó gritar. «¡Ganarás seis veces más y todos en la *cité* te respetarán!»

Han pasado tres días desde ese encuentro, y Kalengi no se lo quita de la cabeza. Puedes verlo ahí, esperando en el patio junto a su hermana Mon, el semblante fruncido lleno de contradicción. Luchar con los *mindele* le parece un disparate, pero, en el fondo, trabaja para ellos y, ya puestos, mejor que sea a cambio de salario fijo y de respeto. Y, además, ¿quién dice que en un futuro no pueda girar el fusil y apuntarles?

La voz de su madre interrumpe sus especulaciones. «¡Hijo, la *bibi* te llama!» Kalengi entra en casa y se acerca al catre donde está Makasi. Bokilo, que está a su lado, lo saluda entre lágrimas. «La *bibi* ya se va, quiere despedirse de ti», le dice, levantándose. Después da un beso a su sobrino en la cabeza y los deja solos. Kalengi se agacha y agarra la mano de su abuela, pequeña y arrugada como la semilla de un melocotón. «*Bibi*, aquí estoy», le susurra al oído. «Kalengi, *bolingo*», sonríe ella, llena de amor. Él no puede evitar las lágrimas. Admira mucho a su abuela. Sabe que ha tenido una vida muy dura y que lo poco que ha conseguido lo ha luchado sin ayuda de nadie. «Siento haberte decepcionado, *bibi*, sé que querías que fuera a la escuela.» «¡Chist!», responde Makasi, agitando la mano. «Lo único que importa es que aparques el odio; no lo merecen, *bolingo*, no merecen nada que venga de tu interior.» Kalengi besa su frente. «Prométeme que intentarás ser feliz.» «Te lo prometo, *bibi*.»

Kalengi deja la habitación y va a sentarse junto a su madre. Es el turno de Monganza. La nieta de Makasi entra rota en la habitación; adora a su abuela. «Monganza, *bolinga*, ven a abrazar a tu *bibi*.» La joven se tumba a su lado en el catre y le arregla el pañuelo que lleva

en la cabeza. «Monganza, ahora tendrás que seguir tú con nuestro secreto», le dice Makasi, con toda la firmeza que consigue reunir. «Pero, *bibi*, ¿crees que sirve para algo?» «Encuentra la manera de que llegue fuera, bien lejos, donde haya alguien que lo entienda.» Makasi tose; está agotada. «Chist, *bibi*, olvida eso ahora. No debes cansarte.» La abuela sonríe y cierra los ojos. Mon llama a los demás y todos se colocan alrededor del catre, abrazados.

Media hora más tarde, Makasi vuela ya junto a Ekila.

> *Sé poco, sé casi nada. Pero sé una cosa. No soy cabra ni gallina. En el gran libro de los* mindele *dice que soy igual que su Dios. Y eso debe valer algo. Poseo nada, pero soy rica en paciencia. Toda mi gente lo es. Y podemos esperar lo que haga falta.*

Poco después, gran parte de la comunidad mongo de Jadotville se presenta en la casa para iniciar el *bikolá*, el velatorio. Mientras los hombres esperan fuera, bebiendo cerveza de maíz y conversando, las mujeres rodean a Makasi y alternan cantos y lloros. Una a una se van cortando el pelo, en señal de respeto. Mon lleva varias coletas que parecen formar un bosquejo de sauces llorones y pide a su madre que le ayude. Nseya se las corta y junta los mechones con los de las demás. Después lavan a Makasi y, tras ungirla con aceite, la envuelven en un *pagne* blanco.

A media tarde aparece en el patio Madame Dubois. A todos les impresiona verla allí; es probable que sea la primera vez que pisa

esa parte de la *maison*. Toko se levanta, cortés. Kalengi se queda como está. Juliette no oculta su tristeza por la mujer que la cuidó desde que era niña y pide despedirse de ella. Cuando entra en la habitación, se acerca a Nseya y le ofrece el Citroën DS de su marido para que puedan llevar el cuerpo hasta el cementerio de la *cité*. Sabe que es una costumbre habitual en Jadotville, una deferencia reservada a las *bonnes* que han pasado toda la vida con una familia, y ella también quiere cumplir.

Pero al anochecer, cuando Kalengi va hasta la sala para pedir las llaves del auto, Monsieur Dubois se niega a dárselas. «*S'il vous plaît, chéri*», insiste su mujer. «¿Estás loca?», le susurra él, olvidando que Kalengi ha aprendido francés en la escuela. «¿Y que luego mi coche apeste a *nègre mort*? Ni de broma.»

El ataúd de Makasi atraviesa la avenida europea llevado a hombros de Kalengi, su padre y dos de sus tíos. Les siguen Nseya, Bokilo y Mon, junto a Dorca, su prima paterna. Detrás, todos los vecinos y amigos a los que el trabajo les ha permitido acudir. Caminemos con ellos. Hay algo de estático en el aire, como si alguien allá arriba quisiera tomar una fotografía de este momento. El cielo, ya rojo, despide el último día de una de las matriarcas más queridas de la zona. Makasi, Ladouce, *mama*, *bibi*. Las *bonnes* y los *boys* que no han obtenido permiso salen a las verandas de las *maisons* para rendirle homenaje, inclinando las cabezas y flexionando las rodillas al paso del cortejo, siguiendo la tradición mongo. En el cementerio, las antorchas ayudan a la luna menguante, fina como una pestaña. Dos tambores se cuelan entre

los sollozos. Se oye la sirena de una de las minas, un aullido que nunca cesa y que hoy nadie quiere escuchar. Antes de que los hombres empiecen a cubrir la fosa, Bokilo derrama vino de palma sobre la tumba y Nseya arroja un pequeño hatillo con los objetos que su madre pidió llevarse al más allá: conchas de su añorado Maringa, para no olvidar de dónde viene; el *boloko* de bronce que Ekila llevaba siempre al cuello, para que la suerte la reúna con él; y una pequeña esterilla de palma que tejió su abuela hace más de un siglo, para no viajar sola.

Mientras Kalengi espera su turno con la pala, su mirada alcanza un pequeño cortejo a pocos metros de donde están. Una mujer, flaca y muy joven, está arrodillada en el suelo, al borde de un hoyo, susurrándole palabras de amor. Su marido se agacha para intentar incorporarla, pero ella lo aparta con un gesto de dolor y rabia. Kalengi lo conoce, trabaja con él en la UMHK. Y sabe que están enterrando a su hijo Kambala, de ocho años, que hasta hace unos días lavaba en la mina. Hace un par de semanas el hombre le contó, durante una pausa, que había tenido que zurrar a su hijo porque su madre se lo encontraba siempre bebiendo agua del río. «¡No hay manera! Por más que le repitamos que baja llena de veneno, dice que se muere de sed y que le da igual.» Kambala se suma a la larga lista de niños intoxicados por la espuma rojiza que cubre el Panda. El padre levanta la mirada y saluda a Kalengi agachando la cabeza. Él responde con cierta vergüenza. Enterrar a una mujer tan anciana, en esta ciudad, es un privilegio anómalo.

Al alba, cuando suene la primera sirena, el *chef* se preguntará dónde demonios se ha metido Kalengi; según dicen, hoy nadie lo ha visto fichar. Y es que a esa hora él ya estará viajando en una furgoneta rumbo a Lubumbashi, donde la Gendarmerie Katangaise le entregará uniforme y fusil y, con ellos, un nuevo futuro.

3

El cerebro de las mujeres, dicen, es más efectivo a la hora de recordar detalles, sobre todo si llevan alguna carga emocional. Al parecer tiene que ver con la amígdala izquierda, asociada a la codificación afectiva y más activa en la mente femenina. Sea como sea, es algo que Walter Doherty ha podido comprobar decenas de veces. Pongamos como ejemplo las vacaciones en Francia que él y su mujer, Erin, hicieron en 1957. Para distraerse durante el viaje, Walter había escogido un grueso ensayo sobre la batalla del Somme. Empezó a leerlo en el tren de Galway a Dublín y lo terminó durante la travesía en *ferry* que los llevó hasta Gales. En el trayecto de vuelta, Erin se quedó sin lectura —había llevado solo una novela breve de Molly Keane, su escritora favorita— y el aburrimiento la resignó a atacar el tocho de Walter, a pesar de que el tema no le interesaba en absoluto y de que las náuseas de su primer embarazo habían arruinado su concentración. Cuatro años después, Walter recordaba la ubicación exacta de la batalla, el número de bajas y que aquella fue la primera vez que se usaron carros de combate. Erin, en cambio, de aquel libro se llevó un solo detalle: el tipo de galletas que el ejército daba a sus soldados. Las llamaban *hardtack*; eran tan duras que resultaban incomibles y los militares acabaron utilizándolas en las trincheras como fichas de juego.

No, Erin no iba a tolerar que su marido volviera de África sin algún diente o que pasara hambre. Lo obligó a meter en su macuto una lata con galletas de avena que ella misma había preparado, doblando la porción de azúcar para que quedaran bien blandas.

Ahora, en esta mañana del miércoles 13 de septiembre de 1961, durante la misa de campaña que oficiaba el padre O'Driscoll, esas galletas eran lo único en lo que podía pensar Walter, porque comulgar siempre le daba hambre. Durante unos segundos, cuando se oyeron los primeros disparos, habría jurado que el ruido venía de su estómago, reclamándole volver a la trinchera para abrir de una vez la bendita lata.

El comandante Pat Quinlan, que a diferencia de Walter nunca perdía el foco, entendió de inmediato lo que estaba sucediendo. El soldado Byrne y el teniente Leech habían hecho guardia toda la noche y, de madrugada, reportaron que, al otro lado del descampado, donde empezaba la selva, se habían ido acumulando soldados de la Gendarmerie. «Parecen muchos, comandante», explicó Leech, muerto de miedo. Se había alistado buscando un sueldo fácil porque, como bromeó con sus padres, «Irlanda nunca se pelea con nadie». Lo último que imaginaba era acabar a miles de kilómetros de su casa, en aquella selva donde, además de congoleños cabreados, había decenas de serpientes que se colaban en las botas y mosquitos repletos de enfermedades. «Tranquilos», respondió Quinlan, «ayer compartí unas pintas con un grupo de mercenarios y me aseguraron que no tienen ninguna intención de meterse en líos con la ONU». A juzgar por los disparos, que ya

llegaban por doquier, los muy canallas habían aprovechado el recogimiento para iniciar un ataque. Quinlan corrió a resguardarse tras una camioneta, donde estaba también Byrne. «¿Qué hacemos, comandante?» «¡Te diré lo que no tienes que hacer, Byrne: nunca te fíes de un mercenario!»

«¡Doherty! ¿Cuántos ves?», gritó Quinlan. Walter, al resguardo en la trinchera que habían improvisado la noche anterior, apuntó los prismáticos hacia la espesura, buscando dos o tres docenas de negros. Lo que vio entre los arbustos y los miombos le envió una corriente helada por todo el cuerpo. Allí no había treinta o cuarenta personas: cada centímetro libre de naturaleza estaba ocupado por alguien armado y en uniforme. Los lentes mostraban a blancos y negros por igual. Y no docenas, ni siquiera cientos. A escasos metros, apuntándoles con morteros y cañones, esperaban miles de soldados. Walter reunió las mínimas fuerzas que le quedaban para alertar a Quinlan: «¡Comandante, venga a ver!» Encontrar a aquel dicharachero capitán de Galway, famoso por sus bromas y su buen talante, a punto de mojar los pantalones generó en Quinlan un presentimiento horrible. «¡Cúbreme, Thomas!», pidió a un cabo. Los dos corrieron entre las balas hasta lanzarse a la trinchera. Walter le pasó los prismáticos a Quinlan. «¡La madre que los parió!», gritó el comandante, escupiendo polvo. «¡Eso está lleno de blancos!» «¡Hay cientos de mercenarios, sí, señor!», respondió él. Quinlan puso a andar su mente a toda velocidad. Casi podía escuchar sus neuronas derrapando. Buscó a Byrne, pero no logró verlo entre todos los que se apiñaban encogidos en la trinchera. «¡Byrne! ¿Dónde te has metido?» Los disparos crecían y no conseguían oírse. «¡Byrne!»,

gritó de nuevo. El casco del soldado despuntó detrás de unos bidones. Tenía los ojos desorbitados y temblaba como un flan. A Quinlan le recordó un pequeño muñeco con muelle que su mujer había pegado en la guantera del coche, para que su hijo se riera viéndolo bailar con cada bache. «¡Aquí estoy, comandante!», respondió Byrne, sorbiéndose los mocos. «¡Tráeme la radio!» El pobre chaval, que acababa de celebrar sus veinte años, aparcó quién sabe cómo su miedo y echó a correr abrazado a la radio, con el mismo arrojo y precisión de un jugador de fútbol americano. Cuando saltó dentro de la trinchera, Quinlan le ordenó que llamara a los refuerzos suecos que estaban en Élisabethville, a unos cien kilómetros. «¡Compañía A, 35.º batallón llamando al 9.º batallón. ¿Me reciben?», vociferó Byrne. «¡Aquí la Compañía A!», repitió. Una bala alcanzó el saco que estaba justo a su lado y Byrne se echó a tierra, gritando. Quinlan agarró la palanqueta del micro. «¡Comandante Pat Quinlan llamando al 9.º batallón!» «¡Le recibimos, comandante! ¿Qué sucede?», se oyó por fin, entrecortado. «¡Estamos rodeados, es un asedio! ¡Son muchos más que nosotros, necesitamos refuerzos!» En ese momento una ráfaga de metralleta alcanzó el furgón donde guardaban parte de los víveres. El vehículo explotó, dispersando por los aires fragmentos de carrocería, paquetes de harina y latas de conserva. «¡Al suelo!», rugió un cabo. En la trinchera todos se tumbaron y apretaron los ojos. Segundos después, Walter creyó escuchar lluvia. Levantó la vista y se dio cuenta de que lo que repiqueteaba contra su casco no eran gotas de agua, sino arroz. A su lado, un soldado rezaba llorando y él no pudo evitar recordar el día de su boda, cuando salió de la capilla de Renmore asido al brazo pecoso de Erin y sus trajes

quedaron cubiertos de pequeños granos blancos, iguales a los que acababan de explotar desde el furgón. Pensó que, si moría en ese momento, no volvería a ver esas pecas que tanto quería y probó, por primera vez en su vida, la sensación de profundo vacío que provoca la desesperación.

Los siguientes cuatro días son un amasijo de viñetas borrosas en la memoria de Walter, un tebeo caído en un charco. Quinlan gritando una y otra vez a la radio; el capitán Donnelly cantando sin cesar el himno del Kerry a un compañero herido, gran fanático del fútbol gaélico, para que no se durmiera; la pareja de buitres que empezó a sobrevolar la trinchera tras oler la sangre; el momento en que la radio les informó de que los cascos azules suecos habían sido interceptados por la Gendarmerie en el puente de Lufira y no iban a poder alcanzar Jadotville —sobre todo el «solos. Nos han dejado solos» que musitó Quinlan tras la noticia—; la angustia dibujada en el rostro del cabo responsable de cocina cuando, la tarde del tercer día, anunció que casi no les quedaba agua.

Resistieron como leones. Agotaron toda su escasa munición y, a pesar de ser muy inferiores —en equipamiento y en número—, cuatro días más tarde los 155 miembros del contingente seguían vivos. Esa tarde recibieron la noticia de que el avión en el que viajaba Dag Hammarskjöld, secretario general de la ONU, que se había desplazado hasta allí para negociar un alto al fuego con Tshombe, se había estrellado. Sin un liderazgo claro en las Naciones Unidas, sin víveres ni balas y con seis hombres heridos, Quinlan hizo lo más sensato: pidió a Walter que improvisara una bandera blanca

con una camisa y atravesó el descampado agitándola. Con cada paso que daba, agotado y con la derrota apretándole la cintura, el comandante podía sentir cientos de ojos escondidos entre la maleza apuntándole. A mitad del recorrido avistó a un soldado congoleño que caminaba hacia él. Cuando se encontraron, Quinlan se cuadró, llevó la mano a la visera y, con todo el orgullo que consiguió reunir, declaró: «*Commandant Pat Quinlan, Armée Irlandaise. Commandant de la compagnie A, 35e bataillon d'Infanterie, Forces des Nations Unies!*» El soldado —alto, esbelto y de piel negrísima— lo escudriñó durante unos segundos con una mueca dibujada en el rostro que Quinlan no supo descifrar. Después le alargó la mano. «*Jambo, Commandant. Comment ça va?*» Quinlan ocultó su desconcierto y se la estrechó con firmeza. El congoleño le indicó con un gesto que lo siguiera hasta un *jeep* aparcado a pocos metros. Los dos se sentaron en el asiento trasero, separados por un rifle. Delante iba otro soldado negro, un poco mayor y con aspecto cansado; al volante estaba un blanco, al que Quinlan reconoció. Era uno de los mercenarios franceses con los que había compartido cervezas días antes en un bar. «*Eh bien, commandant*», le dijo en tono socarrón, «no tenía ni idea de que los irlandeses fuerais tan tozudos». Quinlan no respondió. El vehículo se puso en marcha. «Kalengi, ofrece un Samba a nuestro amigo. No vaya a pensar que no tenemos modales.» El soldado que le había estrechado la mano sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa y se lo alargó. Pat lo rechazó. El *jeep* avanzaba dando tumbos a través de la maleza y, entre los baches y el hambre, sentía una gran náusea. Afortunadamente, el trayecto fue breve. Pocos minutos después, el francés entraba con Quinlan en el edificio donde les esperaba

Godefroid Munongo, ministro del Interior de Katanga, para negociar la rendición.

Mientras Quinlan pactaba con el gobierno separatista, Kalengi hacía guardia con el rifle apoyado en el maletero del *jeep*. Las últimas semanas se habían sucedido rápidas como *mvua kubwa*, los aguaceros de la temporada de lluvias, y no había tenido tiempo de hacer balance. Su vida se había expandido de golpe, como cuando su abuela aprendió a leer, y había experimentado más novedades en esos días que en sus veintitrés años de vida. Ahora sabía lo que se sentía al caminar por la parte de la *cité* reservada a los *évolués*, porque gracias al uniforme podía entrar en tiendas y restaurantes sin que nadie lo cuestionara. Allí se topó con varios *chefs* de la mina, manejando las billeteras y el alcohol con la misma facilidad con la que negaban comida o salarios dignos a sus trabajadores. Ellos fingieron no conocerlo —sabían que el uniforme venía con un rifle y temían una *vendetta*— y Kalengi, en un principio, optó por ignorarlos. Había soñado a menudo con todo eso y quería disfrutarlo. Pero los sueños, a veces, no son más que decepciones muy bien disfrazadas: frecuentar a los *mindele*, compartir sus espacios, su diversión o su música, lejos de entusiasmarlo, solo sirvió para incrementar el odio que sentía hacia los blancos. Despreciaba su injusto sentido de superioridad, las miradas condescendientes que parecían decir «te aceptamos porque no nos queda otra», los ademanes de señoritos. En apariencia vestían el mismo uniforme, pero ellos jamás se levantaban para saludar o recoger las cervezas en la barra de los bares. Vinieran de donde

vinieran, todos tenían interiorizada la misma convicción: si había un negro, había un criado.

Aquellos últimos días lo habían enviado al campo de batalla, a pesar de que apenas sabía manejar el rifle. Cuando lo colocaron al borde del descampado, las piernas le temblaban. Uno de los comandantes, un mercenario francés, se rió al verlo tan nervioso. «*Tranquille, mon frère*, son cuatro gatos.» Era cierto: ellos eran miles y los de enfrente apenas llegaban a doscientos. Pero el soldado que estaba a su lado, un mercenario sudafricano, cayó a sus pies de un balazo a los pocos minutos, y en nada lo siguieron más de una docena. Los irlandeses eran pocos, sí, pero tenían puntería. Kalengi nunca había visto tantos cadáveres juntos. Uno de ellos se agarró a su bota, agonizante, y le rogó que lo matara. El dilema lo llenó de angustia; por suerte, otra bala se lo llevó momentos después.

«¡Malditos *bébés irlandais*!», gritó un capitán belga. Los llamaban así porque llevaban los cascos pintados de azul celeste, aunque Kalengi no entendía la conexión. Él no sabía lo que significaba Naciones Unidas ni podía colocar Irlanda en el mapa. Para él, el mundo estaba todo allí, entre la *ville*, la mina y su *cité*. No imaginaba que, en plena Guerra Fría, el Congo era entonces un tablero del *Risk* donde ambos bandos se entrenaban jugando a la guerra.

Un par de horas más tarde, Kalengi viajaba con Quinlan de vuelta al descampado. Allí les esperaban 155 hombres hambrientos y

agotados. El acuerdo firmado por el comandante había conseguido negociar un vuelo directo a Dublín para los seis heridos. Al resto, él incluido, los llevaban a una prisión cercana hasta nuevo aviso.

Era, no lo olvides, 1961. El *Sputnik 1* sobrevolaba ya nuestro planeta. *Are You Lonesome Tonight?* de Elvis Presley sonaba en todas las radios. La película del año fue *El apartamento*; el libro, *Matar a un ruiseñor*. En Inglaterra, Paul McCartney se unía a los Beatles y en Marruecos Hassan II ascendía al trono. Las radios anunciaban el adiós a Hemingway y a Gary Cooper. En la Bahía de Cochinos desembarcaban 1.400 exiliados y en Alemania se iniciaba la construcción del Muro. El *Orient Express* realizaba su último viaje y la «España del Seat 600» recordaba a aquel Detroit de 1908. El oro blanco de entonces daba ahora paso al cobre, *l'or rouge*, que hacía posible que todo esto sucediera.

Cuando llegaron a la carretera que bordeaba el río Panda, Kalengi observó desde la ventanilla del *jeep* a los niños que, un día más, limpiaban piedras en la orilla. Formaban una hilera que se alargaba durante kilómetros: cientos de hormigas gigantes organizadas a la perfección e ignorantes del alcance de la cadena que iniciaban. Gracias al mineral en el que dejaban las manos, esa noche se alumbraron las calles de Irlanda y los cables hicieron sonar el teléfono en el cuartel de Renmore. Había cobre en la bicicleta del soldado que pedaleó hasta la casa de Walter y despertó a Erin con la noticia del arresto de su marido. Y estaba también dentro de los enchufes, la calefacción y las farolas del patio de la recién inaugurada «Universidad de la Amistad de los Pueblos Patrice

Lumumba» de Moscú, un centro dedicado al presidente asesinado con la ayuda de Mobutu. A 310 kilómetros de allí, en Ivánovo, el cobre cambiará la vida de Pavel Egorov. No me había olvidado de él; espero que tú tampoco.

4

En la Ivánovo de los sesenta, las calles siguen oliendo a lino y a vapor. Las fábricas textiles han aumentado y la «ciudad de las novias» es ya la Manchester rusa. Para desgracia de Pavel, los diez años que ha pasado en la construcción solo lo han llevado a ascender de peón a obrero cualificado (trabaja como soldador). Casi todos sus compañeros son ya brigadieres y tienen pisos independientes, pero para eso hay que tener buena relación con el partido, y a él lo de hacer la pelota nunca se le ha dado bien. Siguen viviendo en una *kommunalka* estatal, compartiendo cocina y baño. La frustración de Sonia, como predijo la madre de Pavel, ha mutado en profundo desprecio y el desasosiego de su marido, en una herida mortal a su autoestima.

Al problema del trabajo se suma que Artiom, su hijo pequeño, contrajo la polio en la epidemia del 57, cuando tenía cuatro años. La ciudad estaba llena de guarderías vinculadas a las fábricas y el virus allí se propagó como la pólvora. Por suerte, el crío no ha perdido la movilidad del todo, pero requiere operaciones y gastos médicos constantes, y llegar a fin de mes les resulta siempre difícil. En casa Egorov, la atmósfera es pesada y densa como el pequeño caballo de

hierro fundido, regalo de bodas, con el que sujetan la puerta de la sala.

Entra conmigo en la cocina, así verás a qué me refiero. Ahí está Sonia, pañuelo en la cabeza y mandil en la cintura, preparando el desayuno. Está abrazada a un caldero lleno de gachas y las agita con saña, resoplando para empujar hacia arriba un mechón de pelo que la incordia. A Daniil, su hijo mayor, no le gustan los grumos, y si queda alguno, desde luego no será por falta de dedicación. «¡Daniil, Artiom! ¡A desayunar!» El mayor entra corriendo; el pequeño lo sigue detrás, cojeando. Míralos: parecen salidos de un panfleto de propaganda del partido. Pelo rubio cortado a cepillo, ojos claros, mandíbula firme, barbilla afilada. «¡Sin correr!», les regaña. Se sientan a la mesa y ella llena tres tazones. Casi no les queda alforfón y en el último echa solo una cucharada. «¡Pero, mamá, para papá casi no hay nada!», chilla Artiom. Pavel entra justo en ese momento y se sienta delante del cuenco semivacío. «¡Da igual!», responde ella, colando desprecio en cada sílaba. «Con lo poco que trabaja vuestro padre, no es necesario que coma más.» Pavel agacha la cabeza, agarra la cuchara y empieza a comer como si nada. ¿Ves? Es lo que te decía. Tiempo atrás, su silencio —cuando se ponía a cantar por dentro— era fruto de una estrategia de supervivencia, pero ahora de aquello no queda nada. Ha terminado por asumir que su mujer tiene razón y acepta todo lo que le arroja encima como si fuera una justa penitencia. Daniil, que está en edad de suscribir sin reservas todo lo que dice su madre, imita su desprecio y se ríe señalándolo con la cuchara: «¡*Pápochka* es un vago!» De nuevo, ninguna reacción de su padre. ¡Entran ganas de zarandearlo para

devolverle un poco de vida! Pero la escena se interrumpe con Artiom, que da un respingo. Es habitual: le pasa cuando tiene calambres en la pierna. «¿Te duele, *tyoma*?» Sonia sería un espécimen ideal para cualquier estudio sobre la complejidad del alma humana. Resulta asombroso que en la misma persona convivan una esposa cruel y déspota con una madre cariñosa y entregada. El niño, que por suerte ha nacido provisto del orgullo necesario para crecer estoico, resta importancia al asunto. «No ha sido nada, mamá.» Ella le aprieta la mejilla y le da un sonoro beso. «Tu padre hoy va a conseguir el dinero para una nueva inyección, ¿no es así?», dice, mirando severa a Pavel. Él observa a Artiom y el niño le regala una gran sonrisa pintada de leche. El gesto, lleno de confianza, lo conmueve. En ese momento entra la señora Kuznetsova, la matriarca de una de las dos familias con las que comparten la cocina. Sonia se vuelve toda amabilidad y el desayuno termina sin más críticas.

Poco después, los niños salen de casa con Pavel. Llegado el primer cruce, cada uno ha de tomar un camino diferente. Daniil gira y sigue caminando, sin saludar. Artiom tira de la manga de su padre para que se agache. Pavel se inclina y el pequeño le da un abrazo. «¡Que tengas un buen día, *pápochka*!» Después va detrás de su hermano, rumbo a la escuela. La prótesis que lleva en la pierna repiquetea contra la acera a pasos alternos, creando una melodía que a su padre siempre le rompe el corazón. En su cabeza cabe solo una pregunta: ¿dónde va a conseguir dinero para una nueva inyección? Se queda ahí, mirándolos, hasta que doblan una esquina y

desaparecen. Solo entonces reanuda su marcha. La obra lo espera, un día más.

Tampoco hay gachas suficientes para todos los presos irlandeses de Jadotville. Los mandos de la Gendarmerie Katangaise de Tshombe están improvisando; nadie esperaba que la cosa acabara así. Las cárceles de la ciudad, tras meses de disturbios, están a rebosar, por lo que han tenido que requisar un viejo edificio y adaptarlo para la ocasión. Los oficiales reúnen a varios soldados locales para pedir ayuda. «Necesitamos personal», anuncian. «Este ejército no se creó para cocinar o limpiar. Los que tengáis mujeres en casa dispuestas a trabajar, traedlas. Les daremos un buen sueldo.» «Y gratitud eterna», ríe un soldado belga, que hoy ha tenido que fregar los baños. «¿Y por qué no limpian ellos mismos?», sugiere otro mercenario. «No quiero tenerlos descontrolados», responde un oficial francés. «Solo tienen que salir de sus celdas para ir al comedor.» Un congoleño levanta la mano. «Mi mujer estará encantada de cambiar el río por una cocina», declara. Tras él, varios se animan y proponen candidatas. Kalengi piensa en su hermana Mon. Es *bonne* en casa de unos vecinos belgas, pero todos los extranjeros están huyendo de la ciudad y su puesto peligra. Además, intuye que el ejército le pagará mucho mejor. «¿Cuánto tiempo estarán aquí los presos?», se atreve a preguntar. «¡Quién sabe!», le responde el oficial. «Desde luego, hasta que la ONU nos devuelva a los nuestros.»

Esa tarde, Kalengi pide permiso para ir a hablar con su hermana y pedalea en una bicicleta prestada hasta la *maison* donde trabaja. Cuando Mon sale, se lo encuentra esperando en la veranda. «¡Kalengi!», exclama al verlo, corriendo escaleras abajo para abrazarlo. «¿Has vuelto? ¡*Baba* y *mama* se van a alegrar!» Pero Kalengi es tajante: por ahora no piensa regresar. Ella le cuenta que en casa están preocupados; cada día llegan noticias de soldados caídos o capturados y su madre no puede dormir. A Kalengi le apena que sufra, pero se ve incapaz de volver a la mina. Cuando le explica el motivo de su visita, Mon cree que su hermano se ha vuelto loco. Trabajar rodeada de tantos *mindele* enemigos le parece un plan de lo más peligroso. Él, sin embargo, está convencido de que es una buena idea: «Tu *madame* está a punto de marcharse y el ejército te pagará bien. Además, me han garantizado que, si aceptas, yo también me quedaré trabajando en la prisión. Estaremos juntos y no tendré que ir a luchar al frente.»

Mientras los hermanos hablan, a pocos metros Nseya sirve la merienda a Madame Dubois. Cuando vuelve a apoyar la tetera, le llega una corazonada. Su hijo está cerca; puede sentirlo. Por la noche se entera de que ha visitado a su hermana y se ha marchado sin saludar, y llora en el patio. Toko la consuela como puede. En el fondo, una parte de él entiende de dónde viene el revanchismo de su hijo —jamás tendrá el valor de verbalizar esa opinión: carece de células que produzcan conflicto—. Él trabajó en la mina solo dos años, pero fueron suficientes para preferir el maltrato y la humillación diaria que acarrea ser *boy*. Mon les cuenta la propuesta y, tras sopesarla bien, deciden que Kalengi tiene razón. Si su

presencia en esa cárcel puede garantizar que su hermano se mantenga lejos de las balas, aceptar el trabajo es lo más sensato.

A la mañana siguiente, Mon se presenta en la nueva prisión. Los nervios no la han dejado dormir y el miedo le oprime la garganta, pero ha heredado el carácter de su abuela y entra con la cabeza bien alta. Le indican un pasillo oscuro y estrecho y, al recorrerlo, siente encima las miradas lascivas de varios mercenarios. No se deja amedrentar; su hermano le ha prometido que allí nadie la va a tocar. Cuando llega a la cocina, encuentra a los fogones a una robusta congoleña que recuerda haber visto en el mercado. «¿Sabes hacer *fufu*?», le suelta, sin dejar de remover una gran olla. «*Oui, madame*», responde ella, con automática diligencia. La mujer para lo que está haciendo y pone los brazos en jarras. «¿Cómo que "*oui, madame*"? ¿Acaso tengo cara de belga?» Mon intuye que es su oportunidad para hacerse con ella y se lanza: «Quizá si te pones de lado...» Tras un segundo de perplejidad, en la cocina retumba una sonora carcajada: «Soy Kanku. Ahí tienes un delantal.»

En pocos días, entre las dos nacerá una gran complicidad. Kanku tiene a su hijo retenido en un campamento de la ONU en Élisabethville y está convencida de que, cuanto más contentos estén los presos, más posibilidades habrá de que se lo devuelvan. Se exige mucho y empuja a las demás a hacer lo mismo. Su mantra es sencillo: «Baños bien limpios, comida decente, trato correcto con todos», y aunque en teoría allí no hay jerarquías, todas las mujeres responden ante ella. El trabajo es mucho más duro que el de la *maison*, pero Mon consigue encontrar en su interior un sentimiento

de misión que la ayuda a sobrellevarlo. Sus ganas de que las guerras internas cesen superan cualquier recelo que puedan provocarle los *mindele*, y se vuelca en sus tareas afrontando un día a la vez, sin pensar en nada más. Cada mañana y cada tarde sirve *fufu* y sopa a los presos en un comedor improvisado. Lo hace en silencio y evitando cruzar sus miradas; prefiere pasar inadvertida. Por fortuna, ellos también la ignoran. Mon no sabe el idioma que hablan ni de dónde vienen; para ella un blanco es un blanco, aunque sus palabras suenen extrañas.

Los lunes se encarga, junto con otras dos jóvenes, de la lavandería. Los reclusos dejan las sábanas fuera de sus celdas y ellas las van recogiendo en un gran carro. Después bajan al río para enjuagarlas, algo que a todas les parece una ridiculez, incluso a Kanku. «Sábanas limpias cada semana, ¿qué será lo siguiente, abanicarlos?», se queja mientras agita las telas en el agua. La razón de esta extravagancia, ellas no lo saben, está en el complejo de inferioridad del presidente Tshombe. Ha exigido «trato de rey» para los reclusos porque no quiere que en el extranjero piensen que en Katanga se vive peor que en Europa. Complejo o necesidad, el caso es que son casi ciento cincuenta, y es el día más duro de toda la semana. En una ocasión, Mon llega con sus compañeras al río y, cuando saca una de las sábanas del carro, algo cae al suelo. Es una fotografía. La recoge y la examina con curiosidad: muestra a una mujer y a un niño, ambos blancos. Detrás hay dos líneas escritas en un idioma que no reconoce, y una firma: «Erin y Finn.» Sabe bien a quién pertenece esa sábana, porque solo hay un recluso que las coloca siempre perfectamente dobladas; el resto las dejan siempre

hechas un gurruño. Mon observa de nuevo al niño. Tendrá unos cinco años y se parece a la mujer: tienen idéntica nariz y los mismos ojos grandes. Son madre e hijo, sin duda. La imagen la turba. Se da cuenta de que parte de su estrategia de supervivencia ha consistido en hacer todo lo posible por deshumanizar a esos *mindele* y, de pronto, esa fotografía le transmite justo lo contrario: habla de familia, de añoranza y de afecto, y coloca a ese recluso en un lugar que la incomoda. Se la guarda entre los pliegues de su *pagne* y sigue trabajando.

Al mediodía, Pavel baja a la cantina con su fiambrera y, como de costumbre, se sienta solo en una esquina; rara vez tiene ganas de conversar. Piotr, el viejo amigo de la mujer difícil, que para entonces ya ha ascendido a brigadier, lo ve abatido y se acerca a su mesa. Lleva tiempo preocupado por él. Ha notado que sus ojeras han crecido y su figura ha menguado, y le apena verlo así. «¿Cómo estás, *brat*, hermano, va todo bien?», le pregunta mientras ataca una manzana. «Sí», musita Pavel, sin dejar de observar sus guisantes. «Vamos, Pavel, a mí puedes contármelo. ¿Es Sonia, otra vez te está incordiando?» El amigo enfatiza su empatía curvando las cejas. Son pobladas y muy negras, parecen dos procesionarias a punto de avanzar. A Pavel le llega el afecto de Piotr y decide que confiarse con él le hará bien. «Estoy preocupado por Artiom. Necesita una nueva inyección, pero ya sabes, el dinero no me alcanza. Me frustra no poder ayudarlo; es un buen niño.» «Te presto yo lo que necesites», se ofrece al momento Piotr, encestando el corazón de la manzana en una papelera cercana. «De ninguna

manera. Eso se acabó.» Pavel, por una vez, se muestra enérgico. Le debe ya mucho dinero y no sabe cuándo podrá devolvérselo. Piotr insiste un poco más; no tiene hijos y está encantado de ayudar. Después se da cuenta de que debe respetar el orgullo de su amigo y, tras darle un par de golpes en la espalda en señal de apoyo, vuelve al trabajo intentando sacudirse el malestar que el encuentro le ha dejado en el cuerpo.

Por la tarde, mientras Pavel está soldando un eje, otro compañero, al que apenas conoce, se le acerca. «Egorov, he escuchado que necesitas dinero», murmura, mirando a su alrededor. «¿Y a ti qué más te da?» Pavel tiene suficiente edad para saber que hay que desconfiar de las propuestas que llegan en forma de susurros. «Oye, amigo, solo quiero ayudar.» «No veo cómo podrías hacerlo.» El hombre, un obrero raso bastante joven, no se rinde. «¿Has leído que mañana inauguran una nueva rotonda en la zona norte? La llamarán Plaza Lumumba, en honor al presidente ese que se han cargado en África.» Pavel no entiende a dónde quiere llegar. No sabe nada del tal Lumumba y que haya una nueva rotonda le resulta indiferente, porque no tiene coche. Vuelve a su soldador, pero el tipo es terco y sigue allí plantado. «Va a tener un gran alumbrado, y ya sabes lo que eso significa.» Pavel empieza a intuir lo que pretende el chaval. «Los postes están repletos de cobre. Regalito de Lumumba», remata. Sí, es lo que Pavel imaginaba: hay muchos jóvenes traficando con cobre en el mercado negro. Tan solo dos días antes, Sonia le contó que el yerno del panadero estaba metido en ese negocio. Se enteraron porque había caído fulminado de un poste. «Eso es muy peligroso», dice Pavel, severo. «¡Qué va, lo hemos

hecho mil veces! Si quieres ir con nosotros esta noche, por mí no hay ningún problema.» Pavel escruta la cara del compañero, todavía marcada por el acné juvenil, intentando entender por qué quiere ayudarlo. «Soy el hermano de Igor», le dice. Por fin le queda todo claro. Igor es el mejor amigo de su hijo Daniil; van a la misma escuela. En el interior de Pavel, la vergüenza se mezcla con un ramalazo de paternalismo que lo lleva a querer proteger a ese chiquillo. Le incomoda que un amigo de sus hijos comprenda en qué situación desesperada está, pero al mismo tiempo siente el deber moral de acompañarlo para asegurarse de que no le suceda nada. Además, bien pensado, el negocio no está nada mal. Cuando termina su turno va a buscarlo a la salida y se cita con él para esa noche.

Pavel vuelve a casa escuchando en su interior dos voces. Una enumera los peligros de la operación; la otra insiste en que basta arriesgarse una vez para pagar varias inyecciones. Cuando alcanza su calle, ya se ha decidido: irá al encuentro. No ve otras opciones y, en el fondo, considera que no tiene nada que perder. A pesar de que está a punto de hacer algo ilegal y muy inseguro, lo que más le preocupa es qué excusa va a poner a su mujer para poder salir de noche. Y eso, tal vez, nos diga todo lo que necesitamos saber para entender por qué está a punto de meterse en un problema de tal magnitud.

Por una vez, la providencia está de su lado. Al entrar en la cocina, Daniil le informa de que su madre ha tenido una de las jaquecas que le llegan con cada cambio de estación y se ha ido a la cama con dos

aspirinas. Cuando esto sucede, Pavel suele dormir con los hijos para no molestarla, así que tiene el campo libre. Se queda en la cocina hasta que todos se han retirado a descansar y, sobre las once y media, sale hacia el lugar convenido.

La plaza, todavía en obras, está desierta. Es una gran explanada de cemento, desangelada y fría, que transmite una sensación de amenaza muy desagradable. Se ha levantado viento y hay bastante humedad. Pavel se sube el cuello del abrigo y sopla en las manos para calentarlas. A lo lejos ve llegar a cinco obreros. Van con monos y cascos y llevan señalizadores luminosos y varios tubos. «Serán los del turno de noche, asegurándose de que la plaza esté lista para su inauguración mañana», piensa. Pero cuando se acercan un poco más, se da cuenta de que son sus compañeros. Se saludan brevemente, le explican que se han vestido así para no levantar sospechas y enseguida se ponen manos a la obra. El grupo se mueve con soltura y precisión; está claro que han hecho esto ya muchas veces. Mientras dos flanquean los extremos de la plaza para controlar que no venga nadie, tres se suben a los postes, ágiles como ardillas. El compañero de Pavel le hace gestos para que lo siga y él se deja llevar. Alcanzan los últimos postes, al final de la plaza. «Quédate abajo y observa cómo lo hago; cuando te avise, subes», le susurra el joven. El chico asciende y, ya en lo alto, trastea con unos alicates. Después lo llama a gestos: «¡Ven, sube por aquí!» Pavel se agarra al poste y comienza a escalar por las grapas.

Tú ya sabes que esto va a acabar mal; no hace falta que te lo diga. Tomemos un poco de aire.

Como cada mañana, los reclusos se colocan en fila para recoger el desayuno. Han pasado más de tres semanas y en algunos la preocupación se ha convertido en pánico. ¿Y si la ONU los abandona? Obsérvalos avanzar: da pena verlos; no queda nada de la chispa que tenían cuando llegaron al Congo. Se les ve flacos, ojerosos y con la piel opaca y gris. ¿No te recuerdan a un cuadro de Hammershøi? Mon les distribuye cucharadas de caldo y *fufu*, y ellos van a sentarse en silencio, sin energía ya para las conjeturas que llenaban el comedor de voces los primeros días. Cuando llega el turno de cierto soldado, Mon se asegura de que nadie la ve y esconde la fotografía debajo de su *fufu*. El hombre la agarra y tiene un sobresalto. Mon levanta la cabeza y, por primera vez desde que está allí, se permite mirarlo a la cara. Está sonriendo; su expresión es de sorpresa, tal vez de alivio, y en sus ojos se han formado dos pequeños charcos de agua. Agarra la mano de Mon y le susurra: «*Merci*.» Ella aparta el brazo de inmediato, como si la hubiera rozado una avispa: un gesto automático que recordará con vergüenza durante muchos años. Él parece consternado; es evidente que no quería molestarla, y se apresura a sentarse con los demás. El intercambio ha durado apenas unos segundos, pero Mon siente una presencia sobre ella y, cuando se da la vuelta, descubre a Kalengi observándola desde una esquina.

Por la tarde, Mon barre los pasillos. Al pasar por delante de la celda del mismo recluso, él chista dos veces para llamar su atención. Mon lo ignora y se concentra en la escoba, pero él insiste: «Chist, chist.» Ella decide acercarse porque teme que su hermano pase por ahí y lo escuche. El hombre se lleva las manos al pecho y repite:

«*Walter. Je m'appelle Walter Doherty, et vous?*» Tiene un acento extraño, distinto al de Madame Dubois. Mon titubea. Nadie ha dicho que no deban hablar con los presos, aunque es algo que se da por descontado. Desde luego, Kalengi, si la viera, no estaría contento. Pero Mon, alma afortunada y rara en aquel ambiente, sabe distinguir lo que hay más allá de la piel. Y dentro de ese hombre, está segura, no se esconde nada malo. «Monganza», responde. «¡Monganza!», repite él, sonriendo. Luego le hace gestos para que espere, se gira para rebuscar en su mochila y le enseña algo. Es una caja de lata. Mon lee «LYONS TEA» en la tapa. Él la mueve con insistencia, quiere dársela. Ella siente algo de miedo: ¿qué será eso? ¿Qué se supone que tiene que hacer? Entonces el soldado saca la fotografía del bolsillo del uniforme y, a base de gestos y de un francés bastante torpe, le da a entender que la lata es de la mujer de la foto, Erin. Los nervios superan a Mon y acaba por agarrarla y esconderla en su *pagne*. Después se va, acelerando el paso.

Ya en la *maison*, Mon se aparta de los demás y abre, poco a poco y con algo de aprensión, la lata de té. Dentro hay una galleta, un *biscuit* parecido a los que Madame Dubois recibe en Navidad. La acerca a la nariz: huele a azúcar tostado y a canela. La parte en dos y prueba un poco. Es un sabor nuevo para ella, pero le gusta. Mon no puede evitar conmoverse. Imagina que la mujer del *mundele* horneó esas galletas con mucha ilusión y que él le ha regalado la última que le quedaba: un verdadero tesoro, vistas sus circunstancias. Vuelve a guardar el resto en la lata y la esconde al fondo de una repisa donde guardan las tarteras.

De noche sale a la calle para vaciar un cubo de agua y Kalengi surge de la penumbra, asustándola. Sigue viviendo en el cuartel y nunca se pasa por casa. «¿Qué haces aquí?», pregunta ella. «No quiero volver a verte hablando con uno de esos *mindele*», le suelta él, encendiendo un cigarro. Le molesta el tono de su hermano. «¿Y tú quién eres para decirme lo que tengo o no tengo que hacer?», responde, irritada. «Los *wazungu* solo traen problemas.» «*Mindele*, *wazungu*, *claire*... cambia el idioma, pero para ti todos son iguales, ¿verdad?», dice Mon. «Por supuesto», la pregunta parece sorprenderle. «¿Por qué? ¿Para ti no?» Mon no contesta. Se sienta con él en las escaleras y pasan varios minutos en silencio, con el punto rojo del cigarro iluminando la oscuridad, como un minúsculo faro.

«No he venido solo a regañarte, no te enfades.» Kalengi la empuja con el hombro. Es un gesto de complicidad y cariño; en el fondo, Mon sabe que haría cualquier cosa por ella. «En realidad quería avisarte: me he enterado de que los Dubois se irán esta semana.» La noticia no sorprende a Mon en absoluto. Desde que el año pasado se proclamó la independencia, casi todos los belgas han huido del país. En esa avenida, de hecho, ya solo quedan los Dubois. La familia para la que ella trabajaba se fue hace una semana. A pesar de que se lo esperaba, la cosa le preocupa. «¿Qué harán ahora *baba* y *mama*? ¿Y Bokilo?» «Ya es hora de que descansen, ¿no te parece?», responde el hermano. «Los Dubois escaparán como todos», sigue. «Se irán de noche; lo sé porque han contratado a un amigo para que los lleve en un camión hasta Rodesia. *Baba* tendrá esta casa y todo seguirá según lo pactado.» Mon conoce bien el

plan: cada vez que se reúnen tíos y primos, lo repasan una y mil veces. Cuando una familia ha trabajado en la misma *maison* durante décadas, el nuevo gobierno no pone trabas a que siga viviendo allí. Solo han requisado las mansiones más nuevas del centro, para convertirlas en oficinas, pero la *maison* Dubois se ha quedado algo apartada y nadie la reclamará. Para ellos, acostumbrados a ocupar un par de habitaciones en la parte trasera, es impensable que en semejante casa se instale una sola familia. Sus tíos —los hermanos de su padre, que ahora viven con los suyos en la *cité*— se mudarán allí. Y quizá algún pariente más. En la *maison* de al lado, ocupada hasta hace tres meses por una amiga de Madame Dubois, viven ahora cinco familias de congoleños. Kalengi se pone de pie, ya es tarde. «Los primos trabajan; entre todos sacaremos adelante a los mayores», tranquiliza a su hermana. «¿Y tú?», pregunta ella. «¿Seguirás en el ejército?» «Alguien tiene que poner en su sitio a los *mindele*», responde con un tono irónico que deja escapar algo de rabia.

Ya en la cama, Mon no se quita de la cabeza esa última frase de Kalengi, porque le ha recordado la promesa que le hizo a su *bibi*. En cierto modo, Makasi también quería «poner en su sitio» a los *mindele*, aunque de una manera muy distinta. Ella no tenía demasiada fe en la propuesta de su abuela, pero ahora que los Dubois se van empieza a entender que quizá tenía razón. Es importante que ciertas cosas no desaparezcan en el olvido.

> *Poseo nada, pero soy rica en paciencia. Toda mi gente lo es. Y podemos esperar lo que haga falta.*

Al día siguiente, Bokilo sorprenderá a Madame Dubois haciendo las maletas. Al verse descubierta, Juliette se quedará mirando a su *bonne* y vacilará un instante. Por su cabeza pasará una película, un montaje realizado con recuerdos de niñez: momentos felices, como cuando jugaba con ella en una de las barcas que las trajo hasta aquí. Pero después la cobardía, esa gran opresora, se abrirá paso y la incitará a seguir empaquetando, como si la criada no estuviera en la misma habitación. Una hora más tarde, Monganza escuchará a su tía y a su madre hablando en la cocina. «¿Crees de verdad que se irá sin decir adiós?», pregunta Bokilo. Nseya, que se ha levantado con reuma en las manos y está de mal humor, responde con acidez: «Cuanto antes, mejor. Será una gran liberación. Me apena solo que *mama* no haya llegado a vivir este momento.» «¿No se te hará raro mudarte a esas habitaciones?», insiste Bokilo. Es una de esas personas que necesitan orden para sostenerse, y trastocar tanto su realidad la llena de ansia. «Sin duda, pero no te preocupes: enseguida me acostumbro», ríe su hermana. «¿Deberíamos devolverle eso?» Bokilo apunta con la barbilla a un juguete que Madame Willems les regaló hace muchos años: un perro de madera. El padre de Monganza, que ha entrado en la cocina minutos antes, se mete en la conversación. «¿Devolverle algo a quien nos ha quitado todo y no tiene la decencia de despedirse?», exclama Toko, con sorprendente ímpetu. Luego agarra el juguete y lo tira a la basura: «¡Al diablo!»

Cuando la cocina se queda vacía, Mon regresa y recoge el perro de la papelera. Acaba de tener una idea.

En aquellos segundos hubo espacio para la belleza. Subido allí, en lo alto del poste, Pavel recuerda ver Ivánovo como nunca antes. Más allá de los edificios y de las calles, los campos de lino se extendían a lo largo de kilómetros. El río Uvod serpenteaba entre ellos y llegó incluso a distinguir un halcón, volando solemne rumbo a los bosques. Era una imagen bucólica, una de esas postales que el Agitprop, el Departamento de Propaganda y Agitación, distribuía en los días de fiesta. Un poco más abajo, apoyado en las grapas de ascenso, su compañero le daba instrucciones. «¡Eso es, Egorov, levanta ahora la palanca!» Momentos después, sucedió. El destino, tal vez te has dado cuenta, posee tan solo un puñado de guiones que va repitiendo, separándolos en el tiempo y en la geografía, con el convencimiento de que eso basta para que no descubramos su perezosa forma de trabajar. Pero si prestas atención, he aquí que vuelven los mismos trucos: con Pavel también usó una mosca, como había hecho con Ekila décadas antes y a miles de kilómetros. El insecto se apoyó en su mano y el cosquilleo le provocó un movimiento involuntario que lo llevó a agarrar el cable. Una brutal sacudida agitó todo su cuerpo y, para evitar caer, el instinto le hizo sujetarlo también con la otra mano. Le pareció que podía sentir el interior de las venas, vibrando y calentándose a la vez. Intentó soltarse, pero estaba pegado. Fueron los segundos más lentos de toda su vida. Le han dicho que cayó justo después, llevando consigo también al compañero, que amortiguó el impacto a costa de romperse la cadera y varias costillas. Ambos sobrevivieron, aunque estuvieron mucho tiempo en el hospital. El chiquillo tenía quemaduras por toda la espalda, donde había estado en contacto con Pavel, y nunca más pudo tumbarse sin sentir un gran dolor.

Pavel soportó decenas de operaciones, con injertos y cambios de vendas de lo más dolorosos. Los médicos hablaban de milagro, él solo podía pensar en los dedos de sus manos, que sentía y movía perfectamente, pero eran invisibles. Había perdido medio brazo derecho y tres dedos de la mano izquierda, y ya nunca volvería a trabajar. Aquello lo libró de los trabajos forzados, donde sí acabó su compañero, pero lo condenó a la cárcel. Sonia, que no pisó el hospital ni una sola vez, se fue el mismo día del accidente al ZAGS, el registro civil, y pidió el divorcio.

Para cuando Pavel estuvo lo suficientemente recuperado y pudo afrontar el viaje a Siberia, los Dubois ya habían alcanzado Europa. Abandonaron el Congo como lo hicieron los pasajeros de primera clase del *Titanic*, sin pensar ni un momento en los que dejaban atrás. En Irlanda, el batallón A volvía a casa tras un mes de encierro. Erin rompió a llorar cuando vio a su marido porque, según contó a la vecina entre sollozos, «me lo han devuelto con diez kilos menos y nueve años más». Walter durmió dos días seguidos y después disfrutó de una baja temporal, cortesía del gobierno, en la que apenas se separó de su hijo Finn. Le había traído un juguete, un perro de madera, «regalo de una amable congoleña que trabajaba en la prisión», y no se cansaba de ver cómo el niño lo empujaba por el jardín trasero del *cottage*. Pocos días después, descubrieron una gata merodeando por allí. Estaba delgada y era negrísima. Decidieron adoptarla y Walter sugirió que la llamaran Monganza.

TERCERA PARTE

Cobalto

1

El paisaje de Canary Wharf amanece, como cada mañana, entre nubes y grúas. Diez años atrás, Ken Livingstone, el alcalde, había prometido convertir Londres en una ciudad más *densa*, algo que, como buena promesa electoral, podía significar mil cosas —de eso se trata, habrá dicho algún gurú del *marketing*—, pero que lo llevó a imponerse a Steve Norris por más de diez puntos y acabó traduciéndose en ocho millones de metros cuadrados de oficinas solo en este barrio. Vistas desde el ventanal del despacho donde ahora estamos, estas jóvenes aceras componen un gran hormiguero por el que corretean individuos de una especie dotada de formidable aguante, currículums inflados, paquetes de beneficios, vacaciones acumuladas, mochilas con *laptop* y móvil en las manos. Ahí van, todos convencidos de que este es un gran día y no son ni las siete y cuarto. El sonido de un martillo neumático consigue subir hasta el piso veintisiete y atravesar el aislamiento del vidrio laminado. Algún constructor, probablemente lejos, en Qatar, habrá decidido que le compensa pagar la multa antes que esperar hasta las ocho para que sus obreros empiecen a trabajar, como dictan las normas del departamento de urbanismo municipal. Sabe que la ambición de los que llenan estas calles crece a mayor velocidad que sus rascacielos y, si quiere colocarlos en oficinas y despachos, hay que acelerar.

Canary Wharf, en este 2014, está en plena adolescencia: ha pegado un estirón de manera desigual y se ve lleno de canteras y andamios que lo afean como el acné, pero basta un sencillo ejercicio mental de proyección para comprender el potencial que tiene y lo hermoso que será en un puñado de años.

A pesar de la hora, no estamos solos. Junto al ventanal, mirando hacia abajo, se encuentra Ludovica Ferri, directora creativa de treinta y dos años y perfecta muestra del estilo *normcore* que ahora mismo reina en la ciudad: camiseta y vaqueros negros, Converse del mismo color, un Casio en la muñeca y un buen conglomerado de ansias concentradas en la boca de su estómago. Tras pasar varios minutos contemplando la ciudad sin enfocar realmente nada, Lulu —así la llaman todos— se gira y se acerca a la gran mesa central que hay entre los dos escritorios, un caos de folios llenos de bocetos, rotuladores Edding y libros de fotografía salpicados de pósits. Agita los vasos que consigue encontrar. Nada, no queda café. Agarra la botella de Gaviscon que está en una repisa y le pega un buen trago. El líquido baja por el esófago, una caricia agradable que busca con demasiada frecuencia. Pero no se lo vamos a tomar a mal. Se ha quedado toda la noche trabajando y, como ya hemos visto, no hay café.

Antes de que la jornada arranque, Lulu baja al gimnasio del edificio. Pasa delante de las cintas y saluda a Tony, del departamento de cuentas (un hombre anodino que considera que «éxito» significa alcanzar los diez mil pasos antes de las ocho y «triunfo» es hacerlo escuchando el audiolibro *Los siete hábitos de la*

gente altamente efectiva), y sigue directa a la zona de los baños. Tras darse una ducha, saca de su taquilla una camiseta nueva, idéntica a la que llevaba puesta, y se vuelve a poner los mismos pantalones. En la zona de tocadores agarra el secador y, al girar la muñeca para encenderlo, una punzada aguda de dolor, similar a una descarga eléctrica, le recorre todo el brazo. —Toma buena nota de esto, es importante—. Se le escapa una palabrota y pide perdón a la joven de traje y coleta que está sentada en el puf de al lado. Ella ni se inmuta, sigue concentrada en la aplicación del *eyeliner* y dibuja una línea tan recta como la que en su día diseñaron sus padres para asegurarse de que acabaría aquí, sentada en este gimnasio: primaria en Downe House, carrera en St Andrews, máster en Cambridge y ahora un puesto en Clifford Chance, la consultora que ocupa gran parte del edificio y a donde se marcha sin molestarse en saludar.

Tras esta breve pausa, volvemos al despacho. Allí encontramos a Imogen, la secretaria, una mujer tan eficaz como inescrutable: Lulu podría enterarse de que la admira o de que la desprecia y ambas opciones le resultarían igual de creíbles. Lleva una bolsa de basura en la mano y trata de ordenar un poco. Lulu entra y saluda; sigue frotándose el antebrazo. A las ocho llega Anna, su becaria. Trae acopios de ilusión en la mirada y también, gracias a Dios, dos grandes vasos de café en una huevera de cartón. Apenas ve el panorama —Imogen todavía no ha conseguido limpiarlo todo—, la ilusión se desparrama por la moqueta y, debajo, aparece un estrato de frustración con alguna veta de resentimiento.

—Dijiste que te ibas a casa.

—¡Anna! Sí, perdona, me quedé dormida delante del ordenador. Luego me desperté y justo tuve un par de ideas.

Anna apoya los cafés en la mesa y mete la huevera en la papelera. Imogen la saca de allí y la añade a la bolsa. Lulu se acerca a la mesa central, donde hay varios esbozos con ideas de campañas.

—¿Qué te parecen?

Su tono es conciliador, cariñoso incluso, pero Anna no contesta. Se ha enfadado y tiene razón: está allí para aprender, no para traer bebidas. Lulu la observa. Lleva una camiseta de Arcade Fire, vaqueros rotos y unas Gola en los pies. Se ha sujetado el pelo con un lápiz y tiene un *piercing* en el lóbulo derecho, algo que Lulu, que lleva cinco meses pasando una media de diez horas diarias con ella, nunca había notado. La culpa intenta apretarle el estómago, pero Lulu la empuja y se la saca de encima. Sí, sabe que si se lo hubiera pedido se habría quedado con ella el tiempo necesario, pero no puede evitarlo. La versión oficial, la que se cuenta incluso a sí misma, es que le gusta trabajar sola y cuando la ciudad duerme. Pero he aquí la verdadera: Anna es brillante, sin duda, aunque es también adicta a los halagos. Tiene un ánimo ansioso y complaciente que recuerda a uno de esos perros que se te plantan delante durante horas a la espera de que les pidas que se hagan los muertos o que levanten la pata. A Lulu, que está hecha con células que repelen la sumisión, esta índole a menudo la carga.

Imogen sale arrastrando la bolsa. En el pasillo se cruza con Martin.

—No me digas que ha vuelto a quedarse aquí —le pregunta él.

Ella musita algo y sigue a lo suyo. Él entra suspirando.

—Lulu.

—Lo sé, lo sé —lo interrumpe—. Pero escucha estas ideas.

—¿Qué ha pasado con las de ayer?

—Estas son mejores.

Los dos se miran. Martin, uno de los mejores redactores de la ciudad, presume siempre de que su mayor logro en el sector es no tener pinta de publicitario. Podría pasar por un profesor de secundaria, quizá por un bibliotecario. Para entender lo anodino que es su aspecto debemos imaginar que mañana matara a alguien. La ciudad se llenaría de carteles de búsqueda con su fotografía. Su portera, que lleva once años saludándolo cada mañana, saldría a sacar el perro de la vecina del quinto y, mientras el animal orina en el árbol de la esquina, ella observaría el póster. Una sensación familiar, el típico «esta cara me suena», la invadiría. Pero, segundos después, tiraría de la correa y volvería al portal sin haber conseguido conectar al asesino con el inquilino del 4.ºB. Y, aun así, no debemos sufrir por él: la naturaleza, siempre a la búsqueda del equilibrio, ha colocado en su interior todo lo que no muestra su envoltura. Es un hombre paciente, conciliador y de enorme talento, y uno de los pocos capaces de gestionar el carácter anárquico de Lulu. Con gran sensatez, decide reiniciar el contador de la jornada. Saca su ordenador de la mochila, se coloca las gafas y se pone a ojear las campañas. Ben, su becario, entra y, sin dejar de mirar su móvil, musita un saludo. Martin levanta la mirada:

—Ben, ¿hoy no hay café?

—¡Ay, mierda, se me olvidó! Ahora mismo bajo —responde el chiquillo, saliendo a paso ágil.

—¿Por qué no escogiste ser redactora? —pregunta Martin a Anna —. Los mejores becarios siempre son para los directores de arte.

A ella el cumplido la recarga y se apresura a recoger los folios que están saliendo de la impresora.

La siguiente hora la dedicarán a afinar las propuestas de Lulu, que Martin mejora con sus titulares. Anna las pasa al ordenador, manejando el InDesign con apabullante agilidad. Ben, prescindible como el paraguas que cuelga en el perchero, los observa en silencio. Para cuando los cuatro bajan a presentar las campañas al fundador de la agencia, están más que convencidos de que tienen un caballo ganador.

Henry, el gran jefe, los observa recostado en su silla ergonómica y amparado detrás de su enorme mesa. Su cabeza calva es tan redonda como su barriga y, tras un espeso bigote de morsa, se acomoda, como siempre, un puro. Ya no puede encenderlos, pero, como suele decir: «Nadie puede impedirme que siga chupeteándolos.» De pie, a su lado, está Josh, el director de la cuenta, un tipo arrogante y pomposo —domingos en Ascot, tardeo semanal en el Club Brooks— al que nadie puede soportar. Lulu agarra un par de gominolas de un bol y se las mete en la boca.

—Dispara, Anna —dice a su becaria.

Ella abre más los ojos.

—¿Yo?

—Sí, dale —insiste Lulu.

Presentar al director creativo ejecutivo es, en estos lares, un honor, y ella se lo debe. La cría empieza titubeante, pero pronto

coge carrerilla y lo borda. Por la cabeza de Lulu pasa el futuro de su asistente, como si fuera una película. «En menos de dos años estará subida al escenario de Cannes», piensa. Cuando Anna termina, saca su alma de labrador y sonríe expectante a todos. «Tres años», se corrige Lulu.

Josh no espera ni medio segundo:

—No funcionará.

Lulu puede sentir un vagón de rabia subiéndole por la garganta. Intenta imaginarse rodeada de un halo blanco de luz, como le han sugerido en terapia, pero ciertos consejos, lo sabemos bien, están destinados a fracasar.

—¿Eso es todo lo que vas a aportar? —En su pregunta hay más desdén que vocales.

—Conozco al cliente, no va a funcionar. —La condescendencia de Josh impregna toda la habitación, como el olor a cerrado.

—Eso es todo lo que vas a aportar —repite.

Lulu coloca los brazos en jarras. Al doblar la muñeca recibe otro latigazo de dolor. Aprieta la mandíbula mientras agita la mano. Anna traga saliva. A Ben se le escapa un sonoro suspiro de ansia.

—¡Cállate, Ben! —dispara Lulu.

El becario levanta las cejas y retrae el cuello. Su psicología *millennial* no alcanza a distinguir el ímpetu de la violencia. Es más, la palabra «agresión» le pasa incluso por la cabeza, pobre chaval.

—Josh, por una vez, fíate —insiste Martin. No son ni las diez y está ya agotado.

—Fíate tú, Martin.

—¡Muy bien, tiramos todo! —contesta Lulu acercándose a la mesa para recoger los folios. Henry la bloquea poniendo la mano sobre

ellos.

—¿Puedo hablar? —Su tono pretende ser conciliador, pero tiene algo de paternal que irrita a los demás.

Lulu da un paso atrás. Si hay algo que le gusta a Henry es un público, así que se toma su tiempo. Se quita las gafas —redondas, de pasta y de color naranja, porque, según una ley no escrita, es imposible liderar una agencia llevando monturas de metal— y las limpia con el bajo de la camisa. Después agarra el puro y lo va usando de puntero.

—En este concepto hay algo. Igual que con el titular de esta otra. Me gusta este tratamiento, pero es un poco año 2000. Y necesito más *branding*. Esto es un concurso, no lo olvidéis. Si ganamos, las aterrizamos.

—Gracias, Henry —responde Lulu, sintiendo que el vagón devuelve la rabia al estómago.

Ben, que tiene miedo de que tanta tensión le provoque un brote de eczema, se gira ya para irse. Martin lo bloquea:

—Recoge, por favor.

El grupo camina hacia el ascensor arrastrando un remolque lleno hasta arriba de frustración.

—¡Tenéis dos horas! —les recuerda Josh.

Tras la reunión, Henry dará por amortizada su jornada en la agencia. Saldrá del despacho agitando el puro, algo que su secretaria ha aprendido a traducir como: «Di a todos que estoy fuera visitando a un cliente y que volveré mañana.» Ya en la calle, pedirá al taxista que lo lleve hasta Wimpole Street, en Marylebone. Allí ha colocado a Sanja, una croata que solía preparar *cocktails* en el bar

del Claridge's. Antes de que «se ponga a ello», Henry tendrá que escucharla durante más de media hora: no sé qué de un perfume que Gucci ha dejado de fabricar, «una verdadera tragedia, *darling*». Él aguantará estoico. Los lloriqueos, el alquiler del piso y las tarifas de los abogados que redactan los acuerdos de confidencialidad. Todo queda compensado ante la vista de sus senos blancos y puntiagudos, similares a los picos del Monte Cervino que adornan los Toblerone. Sanja sabe moverse y le ha prometido que es mayor de edad, todo lo demás a él le da igual. Afortunadamente, lo que hace Henry con su vida es, en esta historia, de mínima importancia, por lo que apenas se volverá a mencionar.

Mientras Henry se mantiene ocupado, Lulu se ha sentado delante del ordenador para revisar las campañas. Cuando agarra el ratón, desde el dedo índice le llega, de nuevo, un latigazo. Martin, de pie a su lado, lo nota enseguida.

—¿Cuándo vas a ir al médico?

—Pronto.

—Tienes que dejar de utilizar el ratón. No entiendo por qué no usas el *trackpad*.

—No me apaño.

—Es cuestión de acostumbrarse —se entromete Ben, que, sentado en el suelo, lleva varios minutos jugando con una pelota de gomas elásticas.

A Lulu le basta lanzar una mirada a Martin.

—Ben, tío —dice él a su becario—. ¿Te importa bajar a por más café?

—¡Claro! —responde, saliendo al trote, encantado de volver a una cafetería de especialidad, su hábitat natural.

—En serio, Lulu. —Cuando quiere, Martin puede ser de lo más insistente—. Ya sabes lo que le pasó a Martha.

—Sí.

Lulu apenas lo escucha, está cambiando el tono de verde de un titular. Pero sabe de qué habla. A Martha, otra directora creativa de la agencia, la acaban de operar de «síndrome del ratón», la enfermedad del túnel carpiano que abunda en el sector. A su vuelta les contó el procedimiento, una historia tremenda sobre cortar tendones que parecía salida de una película de Buñuel.

—Pues eso.

—Tengo cita mañana.

—No te creo.

Lulu abre la pestaña del calendario y señala el día siguiente con el cursor:

6 DE FEBRERO, 10:30. NEURÓLOGO

—Bien.

—Anna. —La asistente también está detrás de ella y no pierde detalle—. Aquí deberíamos mover la figura para alinearla con la banda de texto —le sugiere Lulu, moviendo el ratón con la mano izquierda.

—Claro, sí, yo lo hago.

Lulu se levanta y le cede su silla. En menos de una hora, la chica deja las campañas listas para imprimir.

Entre tareas urgentes y demasiadas reuniones, una vez más la jornada se alarga hasta las nueve de la noche. Imogen se ofrece a llamarle un taxi, pero Lulu prefiere volver a casa en metro. El espejo del ascensor le devuelve la imagen de una mujer cansada y, aun así, para lo poco que se cuida —nunca ha usado el gimnasio, no le gusta el maquillaje y lleva años dejando que le corten el pelo en la academia de peluquería que hay en su calle—, el conjunto no está nada mal. Ha heredado la mirada y la elegancia de su madre, que es española, y el estilo y la nariz de su padre, que es italiano. También, según dicen, el cutis de su abuela inglesa y la resistencia de su abuelo alemán. «Mis hijos son *souvenirs* de la Unión Europea», suele bromear su padre. Esa mezcla de genes, sin duda, ha jugado a su favor.

El metro arranca y el apetito desmesurado de los inquilinos de Canary Wharf, culpable de que nunca se apaguen las luces en sus edificios, se va quedando lejos. Tras hacer trasbordo en Stratford, Lulu llega a Bethnal Green, donde se baja. Dicen que hay un Londres para cada uno y, sin duda, el East End, con su olor a especias, la variedad de culturas y el alma obrera, es el suyo. Menos *trendy* que la cercana Shoreditch y mucho menos pretenciosa que Highgate, donde se crió, este barrio es su mayor fuente de inspiración. Rahim, el bangladesí que regenta la tienda de la esquina, está ya bajando la persiana. Lulu lo saluda y gira hacia Walcot Street, su calle, sintiendo el fresco de la noche en la cara y con muchas ganas de meterse en la cama.

En casa la nevera le muestra un paisaje desolador, así que se conforma con llenar un tazón de cereales. Se pone el pijama, se tumba en el sofá y busca con el mando algún programa de subastas de antigüedades. Solía verlos de pequeña con su madre y son lo que mejor le funciona para vaciar la mente. No importa la hora o el día, en la televisión británica siempre sale alguien convencido de que tiene un tesoro en el desván. Una joven pareja espera pagarse un viaje a Benidorm con lo que saquen de una figura de porcelana que han encontrado en la casa de una abuela. «Nah», piensa ella; tras décadas viéndolos se considera una experta: «como mucho, veinticinco esterlinas». En efecto, el martillo cae a las veintitrés. La pareja abandona decepcionada el plató. Pocos minutos después, Lulu se queda dormida. El camión de la basura la despertará a las tres de la madrugada.

A dos horas de avión, en Milán, la niebla clarea el gris que cubre su cielo todo el año. Estamos casi en primavera, pero en la capital de la moda sigue haciendo frío y todavía nadie se ha quitado el abrigo. Ponte una bufanda —si te descuidas, la humedad de los Navigli te provocará ronquera— y acompáñame hasta Viale Lunigiana, a espaldas de la Stazione Centrale. Vamos a entrar en el edificio más largo, ese que tiene la fachada de ladrillos. Primer piso, segunda puerta a la derecha. Es una pequeña oficina que no tiene nada de especial: paredes desnudas, dos estanterías con libros y clasificadores, un perchero y una mesa con ordenador; podría ser el estudio de un asesor cualquiera o tal vez el despacho de un funcionario. Allí encontramos a un joven alto y moreno, de unos

treinta y cinco años. Acaba de entrar y está encendiendo el ordenador. Mientras espera a que el aparato arranque, se frota los ojos y se rasca la nuca. Parece cansado, incluso un poco triste. El traje color asfalto no ayuda y la corbata, torcida y un poco arrugada, tampoco. Abre el programa Skype y, cuando suena el tono de llamada, su cuerpo se tensa y fuerza una sonrisa. El rostro de una mujer llena la pantalla.

—¡Hola, Nicotico! —La sonrisa que llega del otro lado sí parece genuina.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así, mamá?

—Cuando te cases. Tranquilo, no te haré pasar vergüenza delante de mi nuera.

—El papel de suegra no te pega nada. —Él intenta seguirle el juego, aunque con mucho esfuerzo.

—A ver. —Ríe ella, que, efectivamente, tiene un aire juvenil y relajado alejado de ciertos clichés—. No me importaría, ¿eh? ¿Algo que deba saber en ese frente?

—Nada, mamá, no te emociones. —Tener una novia, en estos momentos, le resulta una posibilidad tan improbable como aprender ganchillo o caminar desnudo por Montenapoleone.

—Vale, vale. —La madre agita las manos y pasa a otra cosa; lo último que quiere es resultar pesada—. ¿Y el resto cómo va? ¿Qué tal tu semana?

—Bien, sin novedad. —Nicolò se frota la barbilla, un gesto que delata sus nervios pero que, por suerte, ella no nota, porque su atención se ha ido a otro lugar.

—¿Ese no es el mismo traje que llevabas la semana pasada?

«*Cazzo*», piensa Nico. «Se ha dado cuenta.»

—¿No habrás empezado a hacer como tu hermana?

Se refiere a Lulu, que hace unos meses decidió escoger un uniforme para ir al trabajo. Compró varias camisetas y vaqueros negros y desde entonces no los ha cambiado. «Obama lo hace», les dijo. «Reduce decisiones y libera espacio mental.»

—Mi espacio mental es lo suficientemente amplio como para soportar varios trajes —ironiza él—. Es solo una coincidencia.

—¿Hace frío en Milán?

—Soportable —responde, aliviado por el cambio de tema.

—Aquí en Madrid parece ya primavera.

—Hoy vi un perro igualito a Watson.

—Ooh... —Adela, así se llama la madre, se conmueve. Watson fue, durante toda la infancia de sus hijos, el perro de casa.

—Deberías pillarte un perro, mamá.

—Sí, puede ser. Aunque ya sabes, a veces cuido los del barrio. Pero dime, ¿comes bien? Sigues muy delgado.

—Sí, mamá, como muy bien. —Hay más preocupación que malestar en su respuesta, pero de nuevo intenta que no se perciba —. Ya te dije que es probable que sea por dormir poco.

—Trabajas demasiado. Ni recuerdo la última vez que tuviste vacaciones.

—Dijo la que nunca para. —El joven tiene razón. Raro es el día en que su madre, una conocida escritora, no pasa tiempo delante del ordenador.

—No es lo mismo, ya lo sabes.

La cosa se está poniendo fea. Nico decide atajar.

—Hablaré con ellos, te lo prometo. Escucha, mamá, tengo que colgar. Necesito terminar un informe.

—Vaya, ¡qué pronto! —Adela no esconde su decepción, pero enseguida se obliga a dar prioridad al afecto—. Pasa buena semana, hijo. Yo voy a hacer la *quiche* que tanto te gusta.

—¿Con calabacín y anchoa? —La idea de comer algo así casi le saca las lágrimas.

—Esa misma. Si la quieres, solo tienes que venir a visitarme —se despide ella, guiñándole un ojo.

Nico cuelga y cierra el ordenador. Aparta el teclado, apoya la cabeza en la mesa y suelta un largo suspiro. Estas llamadas lo llenan de angustia, son siempre el peor momento de la semana. Su cerebro le desparrama delante una serie de imágenes. Algunas son recuerdos del pasado, cuando la vida transcurría fácil y serena sin que él se diera cuenta del valor que hay en considerar un problema lo que no es más que una nimiedad: discusiones con sus vecinos sobre los turnos para sacar la basura al portal o altercados en los semáforos con un conductor lento. Otras son fruto de su fantasía: retratan un futuro oscuro que le asusta demasiado y que no se ve capaz de afrontar. Un par de minutos después toma aire, se recompone y sale de la habitación. En el pasillo se encuentra con Daniele. Esta tarde, cuando llegó al centro, tuvo suerte y no estaba, pero ahora lo tiene justo enfrente, lanzándole una mirada llena de reproche.

—Ya lo hemos hablado, Nicolò —se queja—. Los trajes y los ordenadores son para entrevistas de trabajo. No quiero participar en lo que sea que estás haciendo.

—Lo siento, padre —responde. Su tono es sincero, le apena de verdad decepcionarlo, porque le debe tanto.

El sacerdote capta la angustia del chico y, una vez más, deja correr lo sucedido. Nico camina hacia una zona llena de taquillas y recoge su mochila. El sonido de la portezuela de metal cerrándose lo sacude como si fuera un trueno, lleva meses en perenne sobresalto. Se encierra en uno de los baños y se enjuaga la cara. La preocupación endurece su rostro y le pulsan las sienes, en pocos minutos le golpeará una de sus cefaleas. Sabe que tiene que buscar otra solución, pero hace tiempo que se le acabaron las ideas. Mientras sopesa sus posibilidades, se quita el traje, lo cuelga con atención en una percha y se vuelve a poner su ropa: un abrigo que ha visto épocas mejores y un viejo chándal.

Alguien llama a la puerta y, de nuevo, lo atacan los nervios.

—¡Nico, tesoro! —La voz de Maura, una de las voluntarias, llega desde el otro lado—. Tengo aquí tus calcetines, lavados y remendados.

Nico abre y ella se los pasa. La generosidad de esa mujer siempre lo conmueve.

—Muchas gracias, Maura, eres un sol —le dice, esforzándose en sonreír.

—Hay lentejas en el comedor —responde ella. Su mente es tan eficaz para gestionar tareas como incapaz de recoger cumplidos—. Te vendrán bien, se espera una noche fría.

—Ahora voy, sí.

—Ya sabes que siempre puedes dormir aquí. —Será la enésima vez que le hace esa propuesta.

—No te preocupes. —Nico se niega a ocupar una cama. Hay niños, enfermos y ancianos que las necesitan más que él.

Maura se va con paso ágil, le quedan mil cosas por hacer y son casi las diez. Entra en el refectorio frotándose una manga, un gesto automático con el que su conciencia intenta liberarse del desconsuelo que le provoca ver así a Nicolò. Le preocupa el chico, sin duda, pero una parte de ella le agradece el gesto que hace yéndose, porque esta noche también le tocará colgar el cartel de TUTTO COMPLETO en la entrada.

Tras la cena, Nico camina hacia la Stazione Centrale. Hay algo en el aire, además del frío, que lo envuelve en soledad. Será la avidez de los pasos de la gente, esas ganas que tienen de llegar a donde sea que van. O tal vez sean sus rostros, la mayoría iluminados por los móviles que tienen en las manos. Una chica de largos rizos camina a su lado y él la observa teclear. Nicolò imagina la conversación y su mente escribe un diálogo hecho de frases cálidas y significativas. Lleva tiempo sin poder permitirse un *smartphone* y, a pesar de que ha convencido a todos de que es una decisión propia —«no me gusta dispersarme»—, la verdad es que nada le hace sentirse más aislado que estar fuera de esa burbuja de conexión constante que envuelve a todos los demás. Si tan solo supiera que la chica va maldiciendo al amigo que la ha metido en el grupo de WhatsApp REGALO PER CHIARA, porque no sabe nada de ella desde hace años y no tiene intención de gastar ni un euro en su boda. Pero la carencia, por desgracia, va unida a la idealización. Tener a alguien a quien escribir mientras esperas a que se ponga verde un semáforo o deslizar el dedo por una larga lista de contactos a Nico le parecen, en este momento de su vida, el mayor de los lujos.

Cuando llega a los soportales, busca su hueco de siempre. Yegor, el hombre que duerme a su lado, ya se ha instalado.

—*Buona sera*, Nico, ¡hoy es gran día! —anuncia agitando dos *briks* de vino como si fueran billetes de lotería ganadores.

—Si lo dices tú —responde él, rechazando el que le ofrece.

Mientras Yegor da cuenta del primer *brik*, Nicolò reúne los cartones que ha dejado encastrados detrás de una tubería y los coloca en el suelo. Saca el saco de dormir de la mochila, se sienta encima y se enciende un cigarro. Le pega dos caladas y se lo pasa a Yegor. Una hora después siguen allí sentados, en silencio, sintiendo cómo el frío les cuartea la cara.

—Otra noche juntos, *carissimo* —dice el compañero. El vino parece haberle provocado un ataque de nostalgia—. ¿Cuántas van ya?

—*Molte*, Yegor, *molte*.

2

Pocos conceptos hay en el mundo más sobrevalorados que el de la suerte. La invocamos, la perseguimos y la celebramos para después, en no pocas ocasiones, desear que jamás nos hubiera tocado con su varita. Desde la mujer que cada mañana desayuna tristeza junto a un hombre que un día la hizo sentir afortunada hasta quien pierde a sus amigos de siempre tras ganar la lotería y cambiar su ritmo de vida, la historia está llena de ejemplos que demuestran que suerte y felicidad no siempre van de la mano. Si alguien diseñara un PowerPoint para describir esta teoría —y, ¿por qué no?, en estos tiempos hay PowerPoint para todo—, la mejor imagen para ilustrarlo sería la de un mapa de la República Democrática del Congo. El país lleva más de un siglo teniendo la suerte de contar con abundantes reservas del material de moda del momento y esto, en vez de acarrearle riqueza y prosperidad, se ha convertido en su mayor desgracia.

A principios del siglo pasado, los automóviles invadieron las carreteras gracias al oro blanco de las *Landolphia* congoleñas pero, como hemos visto, el caucho fue sinónimo de tragedia para los que habitaban aquellos bosques. Más tarde, el mundo se hizo eléctrico: llegó la luz a los hogares, el teléfono, los tranvías... La nueva energía

circulaba a través de una arteria invisible de cobre que, de nuevo, nacía en el Congo. El oro rojo se lavaba en sus ríos, pero llenaba los bolsillos ajenos. En 2014, esta especie de maldición ha cambiado de color, pero no de condena. La nueva obsesión no necesita ir en coche, ni siquiera que enciendas la luz. Hoy nos basta con el resplandor de la pantalla que llevamos en la mano, porque lo único que nos interesa es estar siempre conectados. El oro del siglo XXI es de color azul: la tecnología requiere cobalto y el 70 % de las reservas mundiales del mineral está, una vez más, en este hermoso país, que sigue cediéndonos sus tesoros sin obtener nada a cambio.

La Jadotville de 2014 es muy diferente a la que dejamos. Ahora se llama Likasi —parte de la campaña de *authenticité* de Mobutu, que sustituyó los nombres coloniales por otros más africanos— y se ha multiplicado por tres. Pero no busques progreso, asfalto o rascacielos. En Likasi solo ha aumentado la pobreza. Casi nada queda de aquella *ville* por donde se paseaban automóviles de estreno rumbo al *cercle sportif*. La *cité*, desbordada tras décadas de migraciones y abandono, ha fagocitado todo, y es hoy un entramado vasto y extenuado de tierra y hojalata. Desde lo alto sus calles recuerdan una enorme termitera, un organismo vivo donde el movimiento, el polvo y el ruido son las constantes: mujeres llevando mundos en sus cabezas, niños por todos lados, minibuses atiborrados de personas, cabras y gallinas, camiones con obreros que van a las minas oficiales y bicicletas que cargan con dos o tres *creuseurs*: los jóvenes —críos, más bien— que se buscan la vida en las minas artesanales, cada vez más numerosas. Sobre todos ellos

se extiende una capa de polvo rojo, un velo que, como la mantilla de una viuda, aísla la ciudad y cubre sus lágrimas.

Los nuevos *chefs* de Shituru casi no hablan francés. Cuando los europeos se retiraron, China irrumpió en el país con la promesa de carreteras, hospitales y escuelas a cambio de la riqueza de su suelo. Llegaron con maletas llenas de capital y lograron comprar, con sorprendente facilidad, la llave de casi todas las minas a franceses y belgas. En los laterales de los convoyes los carteles están ahora en mandarín: la Pengxin Mining Holding se encarga de extraer el cobalto y de llevárselo muy lejos. Nada de eso importa a los que trabajan allá abajo, cambia el idioma en el que se gritan las órdenes, pero el día a día sigue igual: horas de trabajo agotador y peligroso y una paga mínima. El río Panda continúa lleno de niños que, a diario, lavan piedras con la esperanza de que aparezcan vetas verdes o azules para venderlas a los *creuseurs* a cambio de unas perras.

A las puertas de la primavera de 2014, el viaje del cobalto empieza allí, con un chiquillo volviendo a casa al anochecer —la ropa llena de polvo y un par de monedas pegajosas en la mano—, y termina en Mountain View, California, donde dos personas han quedado para cenar. A un lado de la mesa está Mark, un *nerd* arrogante que creó una web para criticar a las chicas de Harvard que le daban calabazas y que, gracias a esa venganza, es ahora millonario. Del otro lado, Jan, un emigrante de origen ucraniano que amenaza con el puño a todos los que lo llaman emprendedor, a pesar de que es el fundador de WhatsApp. Pocos días después, los dos se sientan en el porche de la oficina de servicios sociales donde

Jan recibía cupones de comida durante la infancia y firman un acuerdo de diecinueve mil millones de dólares. A Jan le pareció que vender su proyecto allí era de lo más simbólico. A Mark el lugar le traía sin cuidado. Lo importante, para él, era cerrar la compra y añadir la *app* del ucraniano a su Facebook y su Instagram. El resto del mundo tampoco prestó atención. Acababa de salir una nueva temporada de *House of Cards* y había que comentarla en redes, o en alguno de los chats.

Fred Astaire, en frac impecable con su pajarita blanca, se coloca en la clásica posición que muchos relacionan con él: inclinado hacia delante, con un pie sobre la silla, las manos jugueteando con su sombrero de copa y la cabeza ladeada mirando a su interlocutora, en un equilibrio perfecto entre confianza y relajación.

—Francamente, Elodie —dice con su acento *transatlantic* y sin dejar de dar vueltas al sombrero—, creo que deberías quitarte a ese muchacho de la cabeza de una vez por todas.

Elodie, una adolescente con ojos enormes y piel color ébano, le responde ajustándose una de las coletas que le salen disparadas de la cabeza:

—Lo dices como si fuera tan fácil.

—Lo es. —Sonríe él—. Basta poner el corazón en otra cosa.

Fred baja el pie de la silla, la hace girar sobre una de las patas y se pone a cantar:

> Si tu corazón quieres liberar,
> (*Extiende las manos y empieza a bailar.*)

el tiempo a otra cosa debes dedicar.
(*Lanza el sombrero y lo recoge tras dar un giro.*)
Coser, leer, dibujar,
(*Agarra un libro y unos lápices.*)
cualquier cosa antes de volver a...

La canción se interrumpe de golpe.

—¡Pero bueno, Elodie! ¿Estás sorda?

La chica vuelve a la realidad del CYBER CAFÉ / CABINES TÉLÉPHONIQUES / VIDÉO CLUB / CANAL + / PHOTOCOPIE —todo eso reza el cartel pintado a mano de la entrada— de Likasi, la antigua Jadotville, donde trabaja. Fred Astaire ha desaparecido. Delante de ella solo hay dos niños observándola con cara de estar perdiendo la paciencia. El más tímido se queda en silencio, escondido detrás de su amigo. Tiene la cabeza rapada y ojos atentos que no pierden detalle. Lleva una sudadera color moka que le queda enorme, pantalones de pana llenos de polvo y sandalias improvisadas con neumáticos de coche. El otro, con mirada de espabilado, tiene las mismas chanclas, una camiseta azul de Hot Wheels y en la cabeza algo que jamás se quita: una capucha acolchada beige, que en su día debió de pertenecer a un abrigo de plumas talla XL y que encontró en la basura. Le queda enorme, y el efecto en su cabecita, con los dos botones de delante abrochados, es el de un casco integral. Está convencido de que perteneció a un astronauta y asegura que, como la lleva siempre pegada al cerebro, le va pasando toda la inteligencia de su antiguo dueño.

Elodie conoce a esos críos desde que apenas caminaban. Por norma, y a pesar de que siempre se la lían, los tolera bien. Pero hoy está enfadada porque la han sacado de su mundo cuando el baile se ponía interesante.

—¿Qué quieres, Gagarin? —Así llaman todos al niño de la capucha.

—Llevamos aquí toooda la tarde. —Gagarin extiende la mano, sucísima, y apoya sobre el mostrador varias monedas. El amigo le da un codazo y le alarga dos monedas más, que colocan sobre las otras.

—Queremos comprar un bolígrafo.

—¿Y para qué queréis un bolígrafo, si no sabéis escribir?

El niño, que acaba de cumplir siete años, la mira con falsa sorpresa.

—¿Y a ti qué te importa, metomentodo? —le suelta.

El otro le apunta algo al oído, que él repite:

—Es para una *pisión* secreta.

—Será «misión», botarate. —Ríe ella.

Gagarin le devuelve la sonrisa más grande de todo el Congo. El espacio que tiene entre los dos incisivos la hace todavía más contagiosa. Elodie se contiene y finge seriedad mientras cuenta las monedas:

—*Moja, mbili, tatu*... falta una.

—Cuenta mejor —le dice él, con aire de negociante profesional.

—¡Falta una! —insiste ella.

—Pues apúntamela.

—¿Cómo que «apúntamela»? ¿Qué te crees que es esto, el Grand Marché?

Gagarin señala el techo y, cuando Elodie mira hacia arriba, agarra el bolígrafo y sale corriendo con su amigo.

—¡Si os pillo os vais a enterar! —les grita, frustrada por haberse dejado engañar de una manera tan tonta.

Se ha hecho tarde. Todavía tiene que barrer la tienda, limpiar la cafetera y terminar unas fotocopias. Decide que hará las tareas mejor con una buena banda sonora y va hacia la zona donde tienen las cintas de vídeo. Hay varios DVD, pero a Elodie le interesa más la parte inferior de las repisas, donde están expuestos los VHS que el padre de Joseph, el dueño del local, compró a finales de los ochenta a un ingeniero norteamericano. Casi nadie en Likasi tiene el aparato para reproducirlos, así que Elodie los considera su colección personal. El 90 % son musicales clásicos americanos, muchos con Fred Astaire. En los últimos dos años, el tiempo que lleva trabajando aquí, se los ha visto cientos de veces. No sabe inglés y le cuesta seguir la trama, pero le fascinan el claqué, la música y los vestidos. Su preferida es una titulada *Daddy Long Legs*, porque salen bailando un montón de chicas y chicos de su edad. Elodie la mete en el reproductor, enciende la televisión y un mundo hecho de faldas color pastel, escenas donde las personas parecen volar y besos apasionados la aleja de su realidad. ¿Cómo no entenderla? Mira a tu alrededor: ¿has visto algún local más deprimente y ruinoso? El tejado de hojalata es un peligro durante la época de lluvias, porque el agua se cuela por todas partes y moja los cables. Los muebles, casi todos de plástico, son reciclados de misiones o del basurero y la máquina de las bebidas hace saltar constantemente el generador. Los dos ordenadores, que alquilan por pocos francos la hora, han visto tiempos mejores y el grifo, del que apenas sale agua, silba de

manera inquietante cada vez que se usa. Elodie hace bien en viajar a un universo fantástico y en imaginarse viviendo en uno de esos lugares hermosos donde las personas ignoran lo que es tener un problema de verdad.

Eso sí, no se te ocurra compadecerla. Pocas chiquillas hay en Kikula, el barrio de la *cité* donde estamos, con más suerte que Elodie. Ella sabe que no está ahí por casualidad. Hace tres años, Mulumba, su padre, salvó la vida a Didier, el hermano de Joseph. Ambos trabajaban en la mina de Shituru y, una mañana, un derrumbe los cubrió casi por completo. Mulumba logró salir —todavía no sabe cómo—, pero, en vez de echar a correr, no dudó ni un momento y se puso a desenterrar a su compañero. Agradecido, Didier le contó que Joseph acababa de abrir un local y que buscaba un empleado. «Le diré que dé el trabajo a tu hijo Alain», le ofreció. Mulumba prefirió que el puesto fuera para Elodie. Alain era un chico fuerte; pero su hermana, que llevaba desde los cuatro años limpiando cobalto y cobre en el río, sufría una tos constante que lo tenía muy preocupado. Una vida más tranquila le devolvería la salud y, con lo guapa que era, quizá podría llegar a casarse con un ingeniero o con un funcionario.

Han pasado dos años y sí, la tos de Elodie ha remitido, pero, a pesar de que se relaciona a diario con los *chefs* de las minas y con oficinistas —vienen allí en su tiempo libre para usar el teléfono o el ordenador—, para ella nadie está a la altura de Michel, el mejor amigo de su hermano Alain. Es un chico «de casa» —sus familias llevan décadas siendo amigas y viven en la misma calle—, pero está

muy lejos de ser un ingeniero. Hasta hace poco trabajaba con Alain de *creuseur* en la mina artesanal de Kamatanda. Ahora los dos están en Gécamines, la mina oficial, con un sueldo más estable, aunque siempre insuficiente. A Elodie nada de eso le importa. Se enamoró de Michel viéndolo bailar en las fiestas de la independencia del 30 de junio. La orquesta empezó con rumbas de Papa Wemba, pero pronto pasaron a tocar ndombolo y Alain se convirtió en el rey de la noche. Los vecinos formaron un círculo a su alrededor y todos aplaudieron sus saltos y sus acrobacias. Elodie estaba fascinada. Le pareció que Michel no tenía nada que envidiar a Fred Astaire o a ese otro actor que bailaba bajo la lluvia, y en su cabeza se proyectó una película en la que ella llevaba un vestido rojo larguísimo y él un traje con chaleco y sombrero. Michel la agarraba por la cintura y la hacía girar y girar hasta que se besaban en una terraza llena de flores.

Hay un detalle que estropea esa visión: Michel no demuestra el mínimo interés por su vecina. El chico, al menos por ahora, vive solo para el fútbol. Sueña con ser el próximo Mbokani, el jugador congoleño del Dinamo de Kiev, y fichar por el Barcelona, donde está su ídolo Neymar Jr. El primer sueldo que ganó en Gécamines se lo gastó entero en un balón reglamentario —tuvo que viajar hasta Lubumbashi, la capital, para encontrar uno—. Llevaba toda la vida jugando con pelotas hechas de cuerdas y calcetines y el balón se ha convertido en su mayor tesoro. Va con él a todas partes y la única vez que se acercó a menos de diez centímetros de Elodie fue para enchufárselo en la nariz: «¡Huélelo, huélelo, es *cuir*!» Los domingos se pone a darle toques en el Grand Marché y con el espectáculo se saca un dinerillo extra. Elodie va a aplaudirlo siempre que puede, a

pesar de que él nunca levanta la mirada del esférico. Así que, entre tú y yo, lo del sueño de bailes a la luz de la luna no pinta nada bien. La conciencia de Elodie ha tenido que enviarle al mismísimo Fred Astaire para intentar que abra los ojos, pero el amor es para el cerebro lo que las anteojeras para la visión: si lo llevas encima, tu perspectiva es limitada y avanzas en línea recta sin poder cuestionarte si hay un camino mejor.

A las ocho llega Joseph para cerrar la tienda.

—*Habari*, Elodie, ¿qué tal?

Ahí lo tienes, no te dejes engañar por su aspecto. Sí, es muy menudo y camina extraño —de niño tuvo raquitismo—, pero compensa su aparente debilidad con una dosis increíble de energía. Lleva haciendo negocios desde que era niño, cuando entendió que su físico no aguantaría en la mina, y ahora gestiona varios cibercafés y dos puestos en el mercado. A Elodie le parece el mejor jefe del mundo.

—¡Bien! La máquina del café ya está limpia y he aprovechado para lavar también todos esos cacharros —dice, señalando una pila de vasijas y potes de hojalata. Controla las notas que ha hecho en una pequeña pizarra y añade—: Ya casi no queda azúcar, no hay tinta roja y el cooperante francés que viene siempre se ha quejado de algo del ordenador tres, creo que iba más lento de lo normal.

—¿A lo mejor era él el que estaba espeso hoy? —Sonríe Joseph, guiñándole el ojo a Elodie. Después echa una ojeada por toda la tienda, aunque sabe que no hace falta. La chica es un tesoro.

—Aquí tienes tu extra del mes, te lo has ganado —le dice, poniéndole una microSD en el mostrador.

—¡*Merci*, Joseph!

Antes de que pienses que, como extra, es más bien poco, deja que te explique lo que supone esa tarjeta para Elodie. Cuando todavía iba a la mina —tendría cinco o seis años—, una tarde se dejó engañar por unos chiquillos conocidos de su hermano, que también eran *creuseurs*. Habían excavado un hoyo debajo de los contenedores de agua móviles que los chinos colocaban fuera de sus minas y la llamaron con una excusa. Cuando se acercó, levantaron una esquina del suelo de hule sobre el que estaban apoyados y le enseñaron el agujero.

—Elodie, necesitamos que te metas aquí dentro y nos digas si hay cobalto; nosotros no cabemos.

—¿Ahí? —dijo ella, apuntando el dedo sucio hacia el socavón, que no superaba el diámetro de un cubo.

—Solo un momento, ¡cabes de sobra! —insistieron.

—¿Y qué me dais? —Elodie era pequeña, pero no tonta.

—Todos estos —respondieron ellos, agitando una bolsa de cacahuetes caramelizados.

—¿Y qué más? —Lo dicho, de tonta no tenía un pelo.

Los niños formaron un corrillo para debatir entre ellos. Hablaban todos a la vez, ansiosos de encontrar algo antes de que volvieran los chinos. Rebuscaron en sus bolsillos hasta que uno sacó una canica.

—¡Esta! —gritó, entusiasmado, enseñándosela.

Elodie se inclinó para mirarla. Era grande, naranja y muy brillante.

—Vale —dijo, sorbiéndose los mocos, como para cerrar el trato.

El grupo se dividió muy rápido; lo tenían todo estudiado. Tres se pusieron bien anchos, con las piernas abiertas y los brazos cruzados, para tapar la zona. Los otros dos se ocuparon de Elodie: le colocaron

una diadema con linterna en la frente y la agarraron de las manos para ayudarla a deslizarse en el agujero. Habían excavado de noche durante semanas y era sorprendentemente profundo. Elodie se escurrió hacia dentro. El polvo le escocía en los ojos y en la garganta y su radio de acción era mínimo. Bajó la barbilla para que la linterna iluminara la pared que tenía enfrente y no le pareció ver ninguna veta azul. De pronto, oyó gritos. Varios patrones chinos los habían avistado y venían hacia el grupo a buen paso.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Largo! —chillaron, agitando los brazos. Uno de ellos, además, llevaba un palo—. *Oust, oust!*

Los niños huyeron a toda velocidad. Sabían que, si los gendarmes te pillaban excavando cerca de zonas oficiales, te golpeaban con culatas o con látigos, y no se quisieron arriesgar. Al poco intentaron volver, pero dos de los *chefs* se habían quedado patrullando la zona y les fue imposible acercarse. Mientras, Elodie seguía allá abajo. Podía oír a los chinos charlando justo encima de ella y aguardaba petrificada, conteniendo la respiración. Su cabeza infantil le proponía continuos desenlaces. Algunos reales —palizas o multas a su familia, o que uno de ellos pisara el hoyo y se cayera dentro, aplastándola—; otros propios de su edad —monstruos que emergían de las profundidades y la tiraban hacia dentro con sus garras—. El polvo, denso y pastoso, se le acumulaba en la garganta y tenía miedo de que se le escapara un estornudo. A pesar de que los niños habían tomado la precaución de perforar el hule, el aire era escaso y el agujero pronto se convirtió en un horno. Al rato, además, la linterna empezó a parpadear y luego dejó de funcionar. Elodie se quedó a oscuras.

A uno de los críos le superó el cargo de conciencia. Había perdido a su madre en un derrumbe y no le deseaba lo mismo a nadie. Se separó del grupo y corrió a buscar al hermano de Elodie.

—¡Alain, Alain! —gritó en cuanto lo encontró.

Tras explicarle lo sucedido, los dos se precipitaron hacia el lugar. A Alain, con la agilidad mental que da el pánico, se le ocurrió un plan.

—¡Sígueme la corriente! —dijo al otro.

Cuando estuvieron delante de los *chefs*, Alain empezó a parlotear muy rápido en suajili. Hacía aspavientos y señalaba con los dos brazos en la dirección opuesta.

—¿Qué quieres? ¿Qué sucede? —preguntaron los chinos, confundidos.

El otro niño pilló al vuelo la intención y se sumó a los gritos.

—¡Allí, allí, derrumbe! —vociferaba, apuntando a lo lejos.

Los patrones salieron corriendo hacia donde señalaban. Alain se apresuró a levantar el hule y entre los dos sacaron a Elodie y se la llevaron corriendo. La pequeña estaba totalmente cubierta de polvo rojo, tenía la cara llena de churretones, arañazos en los brazos y jirones en el vestido. En cuanto se vio fuera de peligro, se puso a llorar y a toser. Aullaba con asombrosa potencia, lanzando improperios contra los niños que la habían abandonado. Su hermano la subió sobre sus hombros y la dejó berrear: en aquellas partes se decía que gritar era la mejor medicina, porque limpiaba los pulmones y sacaba hacia fuera todas las enfermedades.

Cuando llegaron a orillas del Panda, Alain contó lo sucedido a Nkenge, su madre, que lavaba piedras en el río. Nkenge enjuagó a Elodie, que no paraba de llorar, y se la colocó a la espalda con su

pagne. Luego marchó decidida hacia los niños responsables y, cuando los encontró, les gritó que iría a hablar con sus familias.

—¡Espero que os azoten hasta que tengáis el culo pelado!

—¡Eso! —repitió chillando Elodie, sacando la cabeza por detrás del *pagne* y levantando su puñito—. ¡El culo pelado!

Ya en casa, el cansancio derrotó a la pequeña. Nkenge se acostó a su lado, angustiada al escuchar cuánto tosía y cómo le silbaba el pecho. Una semana más tarde la tos mejoró —aunque le duraría años—, pero desgraciadamente quedó otra secuela: Elodie, que hasta entonces había sido una niña valiente y echada para adelante, empezó a tener pánico a la oscuridad. De noche se negaba a quedarse sola y no había forma de que se durmiera sin llorar.

Fue entonces cuando Mulumba, su padre, tuvo una idea. Dos noches a la semana trabajaba como *disc-jockey* en una radio local. Su sueño, de joven, había sido convertirse en cantante de rumba y llegar a ser tan famoso como Pépé Kallé, el «elefante de la música africana». Y aunque ganó algún concurso local, no fue suficiente para sacarlo de la mina, así que ahora se conformaba con poner música de otros y alegrar al personal. Su programa, en la popular Radio Okapi, tenía mucha audiencia. La mezcla de estilos, del soukous y ndombolo congoleños al hip hop americano y el gospel, gustaba al público de todas las edades y se había ganado el apodo de *Mfalme wa Muziki*, el Rey de la Música. A Mulumba se le ocurrió rescatar un viejo Sony Walkman que tenía desde hacía más de diez años y pasó toda la noche en la radio preparando varias casetes para su hija. Puso todo el cariño en ellas, mezclando sus temas

favoritos con canciones relajantes que la ayudaran a dormir. La cosa funcionó: cuando Elodie sentía miedo, se colocaba las almohadillas naranjas en los oídos y las melodías la calmaban.

Desde entonces la música la acompaña a todas partes. Con diez años le compraron un Discman y varios cedés, y con quince un reproductor MP3. Una de las ventajas de trabajar en el cibercafé es que puede usar los ordenadores para hacer *playlists*: sí, piratea las canciones, pero en Likasi eso se da por descontado. Tiene varias microSD —las que le regala Joseph cada mes— que alterna según el humor, y todavía ahora, a punto de cumplir los diecisiete, volver de noche escuchando música la ayuda a no sentir miedo.

Hoy Elodie regresa con su última *playlist*. La ha llamado MICHEL_01 —porque piensa hacer muchas más— y tiene las canciones que, según Alain, le gustan a su amigo. No es el estilo que prefiere ella; son casi todas de rap o de hip hop, pero, si a Michel le gustan, le da igual. Ya ha anochecido. La luna se esconde tras el polvo de la *cité*, iluminada solo por unas pocas bombillas y las hogueras que salpican sus calles. Cuando llega a su casa encuentra a su abuela, la *bibi* Mon, sacudiendo un felpudo en la veranda.

—¿Qué haces limpiando a estas horas, *bibi*?

—¡Alguien tiene que hacerlo! —responde ella, golpeando con toda la fuerza que le conceden sus setenta y dos años. Su hija Nkenge, la madre de Elodie, falleció de silicosis hace seis años y ahora Monganza, tras pasar toda la vida trabajando en un hospital, se ocupa de su yerno y de sus nietos. No hace falta —en la casa viven

también su prima, con sus hijos y nietos, y Makasi, la hija de su hermano Kalengi—, pero le gusta estar ocupada.

—Si sigues dándole así se caerá la veranda. —Ríe la nieta.

Elodie tiene razón. Mira el estado en el que está la *maison*, la misma donde se instalaron hace más de un siglo con los Lambert. El tejado se ha curvado y los balaustres están llenos de carcoma. Pero es céntrica y muy grande, y de allí nadie quiere mudarse.

—¡Entra, anda, que se enfría la cena!

La cocina huele a *poulet à la moambé*, su preferido. Elodie pasa delante del plato y va a agarrar un pedazo, pero la mano de Mon es rápida como la lengua de una iguana.

—Lávate primero, señorita —la regaña, dándole una palmada.

Elodie sonríe y le planta un sonoro beso en la cara. ¿Qué haría ella sin su querida *bibi*?

Una hora después, Elodie está ya en la cama. Cierra los ojos y, al momento, en el taburete que hay al lado de la cama, aparece Fred Astaire. Lleva un sombrero *canotier* de paja, chaqueta blanca con coderas azules, pantalones con pinzas y mocasines.

—Mi querida Elodie —dice, encendiéndose una pipa—. ¿Por dónde íbamos?

3

Las esperas, a Lulu, nunca se le han dado bien. El neurólogo lleva demasiados minutos tecleando a gran velocidad. ¿Está escribiendo un informe o el nuevo episodio de *Urgencias*? Ahora, además, se ha puesto a mirar el móvil.

—¿Le falta mucho? Tengo que volver al trabajo.

El hombre levanta la mirada por encima del ordenador y Lulu tiene la sensación de que estaba en otro mundo y ella lo acaba de devolver a esta habitación.

—El informe —insiste—. ¿Le queda mucho?

—No, no. —Parece haber algo de vergüenza en su sonrisa. Lulu empieza a preocuparse.

—¿Va todo bien?

—Sí, ya estoy terminando —murmura, volviendo a aporrear el teclado.

Lulu intenta distraerse observando los cuadros que adornan las paredes. Son las clásicas imágenes hechas con manchas en las que se esconde un delfín o un coche. De niños tenían un libro con varias, cree recordar que se llamaba *Magic Eye*. Lo detestaba. Su hermano Nicolò veía todas en cuestión de segundos; ella jamás encontró

nada. «¿Qué le lleva a alguien a decidir colgar en su consulta algo que frustra a tantas personas?», piensa mientras se muerde una uña. «¿A lo mejor se consideran test neurológicos? Yo esos los suspendo fijo.»

Por fin se oye la impresora. Segundos después, el doctor recoge un folio y se lo entrega. Lulu empieza a leer: «La paciente refiere parestesias... dolor nocturno... dificultad para realizar pinza fina... Signo de Tinel positivo a nivel de muñeca derecha... Se realiza electromiografía tras test de Phalen...» Lulu va directa a la terapia: «Férula... diclofenaco 50 mg...» Nada de eso la asombra, le ha ido explicando cada cosa durante la consulta. Pero luego llega a la última frase:

> «Se indica baja laboral durante (4) semanas para reposo funcional de la extremidad derecha.»

—¿Cuatro semanas? ¡Qué locura, yo no puedo faltar al trabajo un mes! —Lulu se da cuenta de lo mal que suena su tono, pero es evidente que este hombre no entiende lo que significa trabajar en una agencia.

—Señorita Ferri, si sigue estimulando el nervio tendremos que operar.

Se está esforzando en no ser condescendiente, algo que Lulu aprecia, pero que no cambia el hecho de que necesita que modifique el informe.

—Ya le he explicado que la cirugía es bastante dolorosa y que todavía podemos evitarla. Pero para eso tiene usted que dejar de

usar el ratón y el móvil durante unas semanas. ¿Cuánto hace que no se coge unas vacaciones?

Lulu se sonroja.

—Exacto. Estoy seguro de que se merece unos días de descanso.

—Pero usted está hablando de semanas enteras, no días.

—Señorita Ferri —dice, levantándose y cambiando el tono. Es evidente que no tiene intención de perder más tiempo—. Es usted mayorcita y, por supuesto, libre de tomar la decisión que quiera. Nos vemos en un mes y, en función de lo que haya hecho, veremos si hay que operar. Ahora, si me permite, voy a recoger los folios para la baja —concluye, saliendo.

El ansia, que para muchos es el combustible que estimula la atención, a Lulu por el contrario la dispersa. Incapaz de tomar una decisión, pasea la mirada por toda la consulta criticando en su interior el pésimo sentido del gusto de este señor.

De pronto, lo ve. Está ahí, en una estantería, entre un diploma y la foto de una niña en una barca sosteniendo un gran pescado.

Resulta curioso cómo la mente, aun en los momentos de máximo bloqueo, es capaz de reactivarse de golpe cuando lo considera necesario. En menos de tres segundos, Lulu se levanta, va hacia la estantería, agarra algo y se lo mete en el bolso. Ha sido un pestañeo; es probable que te lo hayas perdido. No te preocupes, tendrás ocasión de verlo.

El médico vuelve y le entrega los folios.

—Aquí tiene, las enfermeras de la entrada se lo sellan.

Lulu saluda distraída y va hasta la recepción. Puede sentir el corazón acelerado; han pasado diez segundos y ya se arrepiente de lo que acaba de hacer. «Pero ¿cómo se te ocurre, idiota?», se regaña. «Es tan extraño... ¿Qué pinta eso en la consulta? ¿Cómo ha llegado hasta allí?» Mientras sigue elucubrando, entrega los folios a la enfermera, una mujer con abundante pelo afro y cara de cansada.

—Puedo pensármelo, ¿no? Es decir, aunque me lo selle eso no me impide ir a trabajar.

La enfermera lanza una ojeada a su compañera.

—¿Pensármelo? —repite, moviendo la cabeza en círculo—. Mira, *love*, ¿ves estas? —Señala sus ojeras—. Estos ojos piden a gritos unas vacaciones. Y el pelo de Lucy, ahí sentada —añade, moviendo el cuello hacia la compañera—. Como puedes ver, también.

—¡Hey! —se queja riendo la tal Lucy, que, efectivamente, tiene una raíz de canas de casi dos dedos.

—Uno no se «piensa» si necesita vacaciones. Uno da gracias al Señor y luego corre a ponerse un daiquiri —termina, añadiendo un punto final con un golpe de mandíbula.

Lulu sonríe, pero insiste:

—Cómo te lo explico, mi trabajo consiste en...

—¡Na, na, na! —La interrumpe ella, apuntándola con el dedo índice—. Hazme un favor, no me compliques la jornada.

La enfermera saca el timbre y se pone a sellar.

Lulu repara en una extraña fotografía que hay en la pared. Muestra a un vagabundo, con una enorme sonrisa y mirada enajenada, apoyado en un carro del supermercado lleno de basura. Debajo de la foto, una pequeña placa dice: «R. I. P. Charlie. Te

echamos de menos» y, al lado, alguien ha pegado un pósit donde se lee: «A tu carro no.»

—Aquí tienes, *love*, y disfruta —dice la enfermera, entregándole los papeles.

Lulu vuelve a centrarse. Da las gracias, los recoge y sale a buscar un taxi.

Ya en el coche está a punto de abrir su bolsa, pero tiene miedo. «No seas ridícula», se dice. «¿Qué sabe este hombre?» El taxista, en efecto, está concentrado tecleando la dirección de Lulu en el navegador, algo que a ella la pone muy nerviosa. Cierra los ojos y prueba a calmarse. En nada estará en casa.

En un principio se juró a sí mismo que no iba a perder un segundo en algo tan ridículo y trivial. Pero si hay algo que le repatea a Finn es que le tomen el pelo. Y Roger, con sus chaquetas llenas de pelotillas, la barba de dos días y, en general, ese aire de «trasudo clase, aunque me ponga un mono de obrero y me deje de lavar», lo pone de los nervios. Si fuera por él, ciertas normas ni siquiera existirían, pero, si las hay, no hay discusión: se cumplen y punto. ¿Cuántas veces se lo dijo a su mujer? «Es mejor quedarse fuera de estas cosas, solo traen líos.» Pero venga con el «será útil para que nos conozcan en el vecindario» y el «si todos se lavan las manos, ¿a dónde vamos a parar?». Fácil decirlo. Al final, el que se chupa las reuniones es él. Y de «como mucho una hora, ya verás» nada. La última terminó a las diez y se perdió el primer tiempo del partido.

Mientras hace un test a una paciente, con claro síndrome del túnel carpiano, su cabeza no sale de ahí. «Roger conoce las normas. Llevamos toda la vida en la misma calle, por Dios. Es bien simple: las puertas solo en tres colores y siempre de la marca Farrow & Ball: Railings N.º 31, negro azulado; Rectory Red N.º 217, roja; y Pigeon N.º 25, gris verdoso. ¿Cómo que "mi esposa y yo preferimos el Crimson Red N.º 93"? Aquí no va de gustos, amigo: si decides vivir en una *conservation area*, te fastidias. Si quieres hacer experimentos, sal de la Zona 1.»

Por culpa de su estúpido cargo en el comité de urbanismo del distrito ahora lleva dos días intercambiándose correos con este mentecato, explicándole las diferencias entre un rojo y otro. «Te vendrá una úlcera», le dice Alice, su mujer. «Envíale las normas y olvídate de él.» Pues no señor, no lo quiere olvidar. Hay cosas que son de cajón y, aprovechando que tiene que escribir un informe, aparca a la paciente para enviarle un correo: «Mi querido vecino: no es lo mismo una berenjena que una manzana. Una es roja, la otra morada. ¿Acaso no veíais *Barrio Sésamo* en Inglaterra? En Irlanda, desde luego, el programa era tan sagrado como la misa dominical y con tres añitos ya sabíamos distinguir colores.»

—¿Le falta mucho? Tengo que regresar al trabajo.

La paciente lo devuelve a la consulta. Decide liquidarla rápido para no perder el hilo. Le prepara el informe en un pispás y se lo entrega.

—¿Cuatro semanas?

Válgame Dios, hay días en los que uno no debería levantarse de la cama. Ahora esta mujer sale con que no quiere irse de vacaciones.

Finn es tajante con ella —la chica, además, tiene todo el aspecto de necesitar una semana de sueño, sol y un par de filetes— y, cuando por fin se va, sigue al lío. «Como sabes, las normas del distrito nos imponen tres colores y hemos de ceñirnos a ellos.» Su móvil suena.

—Hola, querida.

—Papá, estoy con mamá en Farlows, estamos eligiendo el regalo del abuelo.

En dos semanas su padre cumplirá ochenta y tres años y van a ir a visitarlo a Renmore. Su madre falleció el año pasado y no quieren que pase solo este primer cumpleaños.

—Nos hemos decidido por la cesta de mimbre.

—Buena idea. —Es un fanático de la pesca y cualquier cosa de Farlows será un acierto.

—Queremos encargar una inscripción para la tapa. Mamá sugiere «Comandante Walter Doherty», pero a mí me gusta más «Abuelo Walter». ¿Qué opinas?

—Walter Doherty.

—¿Sin más? ¡Qué aburrido eres, papá!

—Tengo que colgar.

—Gran ayuda, ¿eh? Pues nada, adiós.

A Finn la versión adolescente de su hija le resulta francamente insoportable. Rupert, un compañero del hospital que tiene tres hijas, le ha asegurado que lo peor terminará en un año, cuando cumpla los diecisiete, y él está ya contando los días.

La llamada ha cortado el brío de su arrebato doméstico. Cierra el ordenador y va hacia la máquina del café. Acompañémoslo. Finn camina a paso ágil. En los pasillos de un hospital, como sucede en

los McDonald's o en la zona de control de los aeropuertos, se produce una suspensión de lugar. Podríamos estar en Londres, Quito, Oslo o Tombuctú: estas luces blancas y el olor a desinfectante, con el bajón que dan, serían idénticos. Una pareja de ancianos aparece al fondo. Van discutiendo, parecen perdidos.

—¡Ya te dije que no era por aquí! —se queja él, que lleva un andador.

—Sala 12. Hazme caso —insiste ella, mirando un folio.

—¿A dónde van? —les pregunta Finn.

—A mi marido tienen que hacerle una ecografía.

El acento irlandés de la mujer cambia el humor de Finn.

—*An Éireannach tú?* ¿Irlandesa?

—*Is ea*. Sí, de Dublín. ¿Y usted? —responde entusiasmado el abuelo.

—De Renmore, en Galway.

—¡Nuestra nuera es de Renmore!

—No me diga. ¡Qué pequeño es el mundo!

—Es muy buena chica —le informa ella, con orgullo.

—Tienen que continuar este pasillo, girar a la derecha y tomar el ascensor al piso nueve.

—¿Lo ves? —se queja él—. Íbamos mal.

—Bueno, ya casi están. —Finn se despide, intentando conciliar.

Los dos se alejan y él sigue hasta la máquina del café. Rose, una compañera de reparto, se está comprando un chocolate.

—Un día más ingiriendo diabetes gracias a esta máquina infernal —dice, recogiendo el vaso de plástico—. Te busco luego para

comparar unas notas; tengo un paciente que se niega a usar la férula.

—Bienvenida al club, yo no sé ni para qué nos molestamos —se queja Finn—. Si no quieren curarse, ¿por qué no se quedan en casa?

A Rose le asombra la rabia de su tono. Lo tenía por un tipo bastante moderado.

—Yo le daría el doble de azúcar, solo por hoy —le aconseja, dándole una palmada en el pecho—. *Au revoir*, *Irish.*

A Finn el comentario le da que pensar. ¿Estará sacando todo de quicio? Le vendrán bien unos días en Irlanda. Van a navegar con su padre hasta las islas Aran y eso siempre le limpia la mente. Mientras tanto, nada como unas patatas al vinagre de la máquina y una partida al Candy Crush.

El sonido de un timbre de bicicleta lo saca del torpor de la pantalla.

—¡Lucas! Puntual como un clavo, ¿eh?

Un niño regordete, con el pelo cortado a cepillo y gafas muy gruesas, se está acercando. Va en una silla de ruedas decorada con pegatinas, llaveros y el timbre de una bici. Tiene distrofia muscular de Duchenne y pasa más tiempo en el hospital que en su casa. A sus nueve años se conoce estos pasillos y a sus empleados como nadie y es querido por todos.

—Buenas, *Doc Herty*.

—¿Qué va a ser hoy, Snickers o M&M's? —dice Finn, buscando una moneda en el bolsillo.

—El vasito de macedonia.

Finn le lanza una mirada cómica.

—Estás de broma, ¿no?

El niño se pone serísimo.

—Pero vamos a ver, Doc, ¿quién mete fruta en una máquina de chocolates? ¿Quién fue el figura que tuvo esa brillante idea?

El niño se golpea la sien con el índice. Míralo: entre las gafas, los mofletes hinchados de cortisona y su nariz pecosa, ¿no te parece salido de un dibujo animado?

Finn ríe.

—El mismo que inventó los batidos verdes.

El niño asiente con la carita.

—¡Exacto, a la cárcel con él!

Finn suelta una carcajada.

—¡Tampoco te pases! —Mete la moneda y deja que el chaval escoja lo que quiere. Lucas aprieta el botón del Kit Kat.

—Mmm, buena elección; quitando la fruta, quizá es lo más sano —dice Finn con tono profesional.

—Tengo que cuidar este tipito —dice, frotándose la barriga que asoma bajo una camiseta de Minecraft.

—Por supuesto.

—¿A qué jugamos hoy? ¿Fruit Ninja? ¿Partidita de Candy Crush?

—¡Dale! —responde Finn, entregándole su móvil al niño y sentándose en el suelo para ponerse a su nivel.

Y así, un día más, lo mejor de la jornada de Finn será Lucas, el paciente que ha encontrado la manera de ir enlazando las pausas de distintos médicos para pasarse la mañana jugando con sus móviles.

Lo primero que Sonia notó, aquel 9 de junio, fue un extraño silencio. No había gorriones mendigando algo en el alféizar y, cuando se asomó a la ventana, tampoco vio palomas ni cornejas. Todo callaba. Miró hacia el cielo y creyó ver una nube negra que atravesaba la calle, pero, cuando se fijó mejor, se dio cuenta de que era una enorme bandada de grajas. Huían en sordina, apretadas, como si no quisieran hacerse notar. Poco después, el cielo se volvió de un gris amarillo y el aire se hizo pesado; parecía que alguien hubiese metido Ivánovo dentro de una campana de cristal. «¿Será el primer chaparrón estival?», pensó. El reloj dio las tres de la tarde cuando Sonia empezó a calentar las patatas para Olga, la mujer de Daniil, porque salía a esa hora de la fábrica y llegaba siempre hambrienta. También abrió la puerta trasera para llamar a Yegor, su nieto, que estaba jugando con un par de vecinos.

—¡Yegor, pasa para dentro!

El niño, que acababa de cumplir diez años, obedeció y entró directo al baño para lavarse las manos. Luego se sentó a la mesa de la cocina y su abuela le puso delante un plato de carne.

En ese momento, un rugido metálico cayó sobre el edificio.

—¿Qué demonios es eso? —exclamó Sonia.

Segundos después se oyó un fuerte golpe y la cocina quedó a oscuras. Yegor pegó un grito y se levantó de la silla. Una chaqueta de Olga había salido volando desde el tendedero del patio y se había pegado a la ventana, tapando toda la luz. Ahora la manga golpeaba contra el cristal, como si fuera un monstruo invisible exigiéndoles entrar. Los dos corrieron a la puerta de entrada, pero, cuando intentaron abrirla, una fuerza inmensa los empujó desde el otro lado y les fue imposible. Entraron en la sala y lo que vieron desde el

ventanal no les pareció real. Los árboles, arrancados de cuajo de las aceras, volaban ligeros como dientes de león. Por la acera bajaban un par de automóviles, dando vueltas y chocando con todo; parecían bolas dentro de un gran *pinball*. Una mujer chillaba abrazada a una farola, las piernas agitándose en el aire y los zapatos ya muy lejos. Los contenidos de una bolsa de la compra rodaban por la calle: dos pimientos, un manojo de puerros, varias cebollas. El aire silbaba y su crujido se mezclaba con las sirenas de las fábricas, las bocinas de los autobuses y los gritos de todos los que intentaban ampararse en los portales. Una valla metálica apareció de la nada y cortó en dos la ventana, como si fuera un cuchillo. Los cristales llovieron sobre la sala. Sonia y Yegor se refugiaron debajo del sofá, abrazados bien fuerte y con los ojos apretujados.

El tornado de 1984 devastó Ivánovo. Se marchó a la misma velocidad con la que había llegado. Dejó tras de sí infinidad de destrozos, cientos de heridos y casi setenta fallecidos. Entre ellos, Olga, la madre de Yegor. Al salir de la fábrica, la fuerza del viento la arrastró contra la carretera y murió atropellada por la moto Jawa de una patrulla de la *militsiya*.

Las semanas siguientes Sonia las afrontó de la única manera en que era capaz: bloqueando bien dentro de sí cualquier emoción y volcándose en una frenética actividad. Reparó los daños de su casa y ayudó a hacer lo mismo a sus vecinos, se apuntó a varios comités de emergencia, colaboró en un comedor social, montó y desmontó camas en el hospital que se improvisó en la escuela del distrito. Todo con tal de no prestar atención a su nieto, al que evitaba como la

peste. Yegor se convirtió en la viva imagen de una ristra de abandonos que, acumulados, excedían con mucho su capacidad de superación.

Su hijo Artiom nunca le perdonó que no le dejara escribir a su padre. Sonia se negó a buscar información sobre su paradero y se refería a él siempre como «el *neudachnik*», el fracasado. En cuanto tuvo edad suficiente, Artiom hizo las pesquisas necesarias y descubrió que su padre había fallecido «por causas desconocidas» varios años antes, casi al inicio de su reclusión, y le resultó imposible averiguar más —a ti, en cambio, te gustará saber que Pavel fue muy querido entre los presos, porque regalaba a menudo la poca comida que recibía. No tenía interés en seguir viviendo mucho más y se dedicó a compartir lo que le daban, sobre todo con los más jóvenes. Consiguió mantenerse al margen de bandas y peleas y, en su último año, descubrió en Tolstói al mejor compañero. La biblioteca de la cárcel tenía varias de sus obras y él acabó aprendiendo de memoria párrafos enteros de *Resurrección* y de su *Evangelio abreviado*, que leía compulsivamente. Falleció de una pulmonía durante su tercer invierno allí, convencido de que, gracias a su compasión y a la riqueza de su mundo interior, era un hombre afortunado—. Cuando Artiom terminó los estudios se marchó a Odesa para trabajar en un astillero y desde entonces Sonia no había sabido nada de él. Daniil, en cambio, acabó en un campo de trabajo, condenado por distribución de material antisoviético. Esto a Sonia le dolía más, porque se culpaba de no haberlo parado a tiempo, cuando de adolescente lo escuchaba salir de noche para ir al hospital. Volvía a casa con la mochila llena de radiografías —se las conseguía un

celador, amante del rock— que después, junto con tres amigos, transformaba en *roentgenizdat*, discos blandos sobre los que grababan temas de las bandas que la Liga de la Juventud Comunista había prohibido: Chuck Berry, Rolling Stones, The Doors... Los vendían entre los estudiantes y la madre de un compañero de clase avisó a Sonia. «Tienes que decirle que pare, es muy peligroso.» «Tonterías, es solo música», respondió ella. No contaba con que, si empiezas a disponer de monedas extra, es muy fácil querer cada vez más. Daniil pasó de los *roentgenizdat* al negocio del *samizdat*, la copia y distribución clandestina de libros. Sonia encontró debajo de la cama decenas de ejemplares de *El maestro y Margarita*, pero, de nuevo, hizo la vista gorda. Y no, no fue porque le gustara la novela de Bulgákov —apenas sabía leer—. Lo hizo porque, de pronto, en casa había vodka del bueno y carne casi a diario. Sus sueños de grandeza, por fin, empezaban a hacerse realidad. Una Navidad Daniil le regaló una estola de zorro plateado. «Es para calentarte en casa, *mámochka*, no la saques a la calle.» Pero la vanidad no sabe quedarse encerrada. Sonia no pudo evitar ponérsela para ir al mercado y allí levantó las envidias de sus vecinas. Una de ellas corrió a chivarse: probablemente fue Irina, la del puesto de *blinis*, porque tenía un hijo en la KGB. Llegó la primera amonestación. Daniil se asustó y dejó los negocios durante un par de años, conformándose con un puesto de vigilante en una fábrica. Se casó con Olga y a Sonia, tener una chica trabajadora y risueña en casa, le devolvió la alegría. La serenidad duró poco: Olga enseguida se quedó embarazada y Daniil, que veía cómo los gastos aumentaban, se arriesgó una vez más. «Prueba con *Crónicas*, el boletín prohibido», le aconsejaron. Uno de los compradores, un hombre que

conoció en una cervecería, resultó ser un espía y, cuando Olga dio a luz a Yegor, Daniil ya estaba en Siberia.

Con los años Sonia interiorizó que encariñarse solo traía sufrimiento y, tras el tornado, no le quedaron fuerzas para su nieto. Yegor creció sin ningún tipo de supervisión. La verdad es que olvidarse de él era fácil, porque el chico apenas salía de su habitación. «Mientras esté ahí encerrado nada malo le puede pasar», se decía Sonia. ¡Cuánto se equivocaba! Yegor empezó clonando un ZX Spectrum con kits de piezas que conseguía en el instituto. En 1990, cuando cumplió dieciséis años, aprendió a soldar componentes y a replicar ordenadores Vector que luego vendía en el campus universitario. Diez años más tarde, ya licenciado en Informática, se mudó a un piso con dos compañeros y la cosa pasó a ser seria. Pirateaban todo tipo de *softwares* y de contenidos, y lo que ganaban vendiéndolos lo reinvertían en material y en módems cada vez más sofisticados. El apartamento era una pocilga. Las cajas de pizza formaban una gran *jenga* en la entrada y el fregadero estaba siempre repleto de tazas con restos de café instantáneo. Vivían de noche y fumaban como carreteros. Eran chavales fríos, cínicos, desencantados con un nuevo sistema político que enriquecía a los oligarcas y empobrecía a los demás —la pensión de Sonia llegaba a trompicones y Yegor le pasaba dinero cada mes—. En 2001 estaban ya robando números de tarjetas de crédito en foros clandestinos como CarderPlanet. Poco después pasaron a escribir *malware* rudimentario y a aceptar encargos de *fixers* para espiar a mafias chechenas. El trabajo era sencillo, pagaban bien y en metálico y les abría todo un mundo de contactos. En 2005 Yegor era ya un *hacker*

conocido en la *dark web* por varias mafias internacionales, con dos ciberataques exitosos a sus espaldas. Una noche, sin una sola opción decente que comer en casa, anunció a sus compañeros que salía a cenar y ellos le encargaron un par de *shashliks*. Cuando volvió con la comida, encontró la puerta abierta. Entró despacio y con bastante miedo. El apartamento estaba patas arriba y todos habían desaparecido. En la sala descubrió varias manchas de sangre y, en la pantalla de su ordenador, pudo leer:

VOLVEREMOS A POR TI _ _ _

Yegor recogió el único efectivo que no habían robado —unos billetes escondidos bajo una baldosa— y soltó a su abuela una historia sobre varias goteras para que le dejara dormir en su casa. Después tomó la decisión: debía marcharse. Saludó a Sonia, que tuvo un mal presentimiento, y dejó Rusia para siempre.

Tras varias etapas —fue consiguiendo trabajillos gracias a los amigos que había hecho en la red— llegó a Milán en 2009. Allí vivían dos albaneses que había conocido en un foro y le dejaron colocar su saco de dormir en el salón. Pero la mujer de uno de ellos, que era kosovar, se negaba a tener a un ruso en casa y, pocas semanas después, lo pusieron en la calle. Yegor sabía que era tan sencillo como ir a un cibercafé del barrio chino y conseguir un par de tarjetas con las que pagar hoteles y comidas, pero el miedo a que lo devolvieran a Rusia lo mantenía lejos de las pantallas. Por las mañanas se colocaba en la puerta del Ikea de Carugate y ayudaba a cargar los muebles en los coches a cambio de alguna moneda; por

las noches dormía en el refugio de Cáritas de Via Sammartini. Una mañana, los rumanos que tenían el monopolio de carga y descarga en Ikea se cansaron de que les quitara negocio y le dieron una paliza. Yegor, que para entonces llevaba siempre más alcohol que sangre en el cuerpo, simplemente se rindió. Se sentó delante de un supermercado y fue tirando con la comida y el dinero que le ponía la gente delante.

Y así llegamos a donde lo dejamos, durmiendo con Nicolò a espaldas de la Stazione Centrale. Observa con qué precisión coloca sus cartones: es metódico, como lo era Daniil cuando cortaba aquellas radiografías. Tiene los ojos azul hielo de Sonia y el mismo pelo lacio y rubio de su abuelo Pavel. Acaba de cumplir los cuarenta, pero aparenta al menos diez más. Chapurrea ya bastante italiano, a pesar de que su cerebro renquea, frenado por el vino en cartón. A menudo le viene la nostalgia. Los primeros años llamaba a su abuela y colgaba en cuanto escuchaba su voz —la culpa y la humillación lo sobrepasaban—. «Yegor, Yegor, ¿eres tú, *rodnóy*?», decía ella. Pero un día el teléfono dejó de funcionar y él no sabe por qué. Tampoco sabe si su padre está ya libre o si su tío Artiom se ha enterado de su desaparición. Cuando duermes en la calle, la humedad no es lo único que penetra en los huesos; la vergüenza también se instala en cada célula y, como un pájaro carpintero, taladra incansable que no vales nada y socava tu confianza hasta derribarla.

4

Ahora que en la *maison* todos duermen y la luz del alba puede acompañar nuestros pasos, es un buen momento para recorrerla. Ten cuidado con las tablas del suelo: muchas están levantadas y son verdaderas trampas. Dorca, la prima de Monganza, perdió un diente hace un par de años dando un traspié en una de ellas. Lo de usar cortinas para separar las habitaciones es algo habitual en estas viejas mansiones, porque suelen usarlas varias familias —que menguan o crecen en cuestión de meses y requieren una alternativa flexible para aprovechar los espacios—. En este momento aquí conviven once personas: Monganza, la matriarca, ocupa una zona de la casa con su yerno Mulumba y sus nietos Elodie y Alain. Su prima Dorca está en el otro lado con dos hijos: Nzinga y Lokubi. Nzinga, la mayor, era como una hermana para la hija de Monganza, Nkenge, y sufrió mucho su pérdida. Lokubi está casado con Josiane y tiene dos hijos: Honorine y Aimé, que son los pequeños de la *maison*. Al fondo vive Makasi, la hija de Kalengi —sí, la nombró en honor a su *bibi*—, con su marido Kasongo y sus tres hijos, pero hace dos semanas, cuando terminaron las lluvias, se han ido a Kambove para ayudar a la familia de Kasongo en la recolección de la yuca y no volverán hasta bien entrado el verano.

Si alguna vez has visitado una antigua villa portuguesa o italiana, sabes que hay algo muy hermoso en los espacios decadentes. Esta casa, con su imponente veranda y los techos llenos de molduras, habla también de los que ya no están. Los Lambert y los Dubois, por supuesto, que dejaron estos muebles señoriales y ostentosos, y las alfombras y vajillas que, aunque desconchadas, todavía se usan a diario. Faltan Nseya y Bokilo, que fue, durante décadas, la preferida de todos los niños que pasaron por la *maison*, y su ausencia se sigue notando. Se han ido también los maridos de Monganza y de Dorca, porque no verás muchos varones ancianos en Likasi: las minas, si no se te llevan antes —Dorca perdió en Kamatanda a un hijo de solo trece años—, te acaban matando antes de que puedas envejecer. Y, si giras a la derecha al final de ese pasillo, podrás notar todavía la presencia de Kalengi.

Kalengi nunca volvió a la mina. Tras pasar tres años en el ejército, su odio por Mobutu, que había contribuido al asesinato de su admirado Lumumba, lo llevó hasta el norte, donde se unió a los rebeldes Simba. Al mando de estos «leones» estaba Mulele, un antiguo ministro de Lumumba, y también Mama Onema, una hechicera sexagenaria que formaba a cada guerrillero. Kalengi llegó a la zona donde estaban acampados y pasó el proceso de iniciación. La anciana le hizo tres incisiones entre los ojos con una cuchilla de afeitar y después le frotó las heridas con un polvo negro mágico —huesos pulverizados de gorila mezclados con cáñamo y hormigas aplastadas— y le entregó un *grigri*, un amuleto que debía llevar siempre al cuello. Mama Onema era lista, carismática y una gran manipuladora. En poco tiempo tenía abducido a todo un ejército de

jóvenes, incluidos cientos de niños que no llegaban a los diez años. Kalengi también cayó en su red y, como sucede en todas las sectas, su inteligencia y sentido común no bastaron para impedir que acabara creyendo firmemente en todas las patrañas que les soltaba Onema. Dejó de lavarse y de cortarse las uñas porque, según ella, el agua eliminaba el poder interior, y juró no volverse nunca atrás ni tocar a nadie que no fuera un Simba. Y todo esto podría quedarse en una anécdota más sobre el poder de la fascinación, pero el caso es que a estos niños se les entregaban machetes y lanzas y se les echaba al campo de batalla, donde los soldados de Mobutu los esperaban con semiautomáticas. Ver llegar a los Simba era todo un espectáculo. Avanzaban a torso desnudo, cubiertos apenas con pieles y ramas y, en cuanto veían a un soldado, se abalanzaban sobre él gritando: «*Mulele Mai!*» y demás palabras mágicas que, estaban convencidos, transformaban las balas en agua. Los de Mobutu les tenían tanto miedo que, a menudo, en vez de disparar, huían despavoridos, convencidos de que les habían embrujado. Fue así como, entre amuletos, conjuros y rugidos, los Simba avanzaron por el este, convertidos en máquinas de matar, y conquistaron Stanleyville. Allí amedrentaron a toda la población y obligaron al cónsul estadounidense a pisotear la bandera de Estados Unidos y comerse un trozo.

Poco después, Kalengi abrió los ojos. Sucedió tras la muerte de Mwanda, un katangués que se había iniciado en los Simba el mismo día que él y del que nunca se separaba. A Mwanda lo cosieron a balazos y, cuando Mama Onema se encontró a Kalengi llorando por su amigo, le gruñó que se había muerto porque no seguía las

normas. «Deberías alegrarte de que ya no tenemos entre nosotros a un cobarde como él.» Aquello no era cierto: Mwanda era obediente y sumiso como el que más y el comentario le pareció injusto. Miró a la anciana y la encontró distinta; por fin era capaz de ver la realidad: frente a él tenía a una mujer cruel que los había llevado por un camino delirante. Fue como despertar de una larga pesadilla. «¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó. La noche siguiente, cuando todos dormían, abandonó el campamento y empezó a caminar hacia el sur. Llegó a su casa semanas después, vistiendo harapos encontrados aquí y allá y casi en los huesos. Toko, su padre, reconoció la marca que llevaba en la cara y optó por no preguntarle nada. Dejó que se quedara en la *maison* —con las críticas que aquello acarreó en el vecindario—, pero perdió la estima que le tenía porque, según decía a Nseya, «es evidente que nada tiene que ver con nosotros». Ella, en cambio, se culpaba por aquel hijo rebelde y perennemente descontento y se preguntaba si no habría podido hacer algo más para evitar que creciera lleno de rabia. Por las noches lo oía gritar —las pesadillas no le daban paz—, pero su marido no la dejaba ir a consolarlo. «Piensa en todas las familias que no pueden abrazar a sus hijos por su culpa», murmuraba. Monganza atravesaba el pasillo de puntillas y dormía abrazada a su hermano, al que, aunque no lo entendía, no podía evitar seguir queriendo. Ella le consiguió un puesto de celador en el hospital donde trabajaba y también le presentó a la que se convertiría en su esposa, Sunda, que era una de sus compañeras y que pronto se quedó embarazada. A la niña la llamaron como su abuela, siguiendo la tradición mongo, y durante un tiempo pareció devolver la serenidad a su padre. Pero tal vez fuera solo una fachada. Nadie sabe, en realidad, todo lo que

cargaba en su cabeza aquel pobre muchacho que, desde sus tiempos en la mina, había sido testigo de tantos horrores. Una tarde se encerró en el almacén del hospital. Lo encontraron, horas después, las enfermeras del turno de noche. Tenía varias cajas vacías a su alrededor, la mirada perdida para siempre y, por primera vez en muchos años, una leve sonrisa en el rostro.

Cuando te decía que en esa última habitación, al fondo a la derecha, todavía puede sentirse su presencia, es por todos los cuadros que ves allí. Sí, son esas telas enrolladas que están apoyadas contra la pared. Son obras de Kalengi, que en sus últimos meses descubrió la pintura. Compraba telas baratas en el mercado, las extendía en el suelo, y utilizaba sus manos o incluso el cuerpo entero para llenarlas con grandes manchas de color. Podía pasarse allí toda la noche; verlo crear era todo un espectáculo. Sunda se levantaba para amamantar a Makasi y se lo encontraba rodando por las telas, empapado de pintura y casi en trance. Elodie, que suele preguntarse qué sería de ellos de haber nacido en otro lugar, piensa mucho en su tío abuelo. No llegó a conocerlo, pero le encantan sus cuadros y, aunque no sabe nada de arte, intuye que su vida habría sido muy distinta si los hubiera pintado en otro lugar.

A propósito de Elodie, veamos si ya se ha despertado. Duerme un piso más arriba, con los hijos de Makasi, los que se han ido a recolectar. Ahí está, todavía en la cama; lleva media hora remoloneando. Ha pedido a Fred Astaire que le cante *Good Morning* y él le ha respondido que esa canción no es suya y que no se sabe la letra. Mientras se decide a levantarse, la *cité* ya está arrancando y su

volumen, que nunca baja del todo, empieza a aumentar. A las motocicletas, las sirenas de las minas y los perros —constantes también de noche— se suman los gallos y los zumbidos de los generadores. Los grillos y las chicharras dan paso a las moscas y se escucha a las mujeres encendiendo los *makala*, los pequeños fogones de carbón vegetal donde preparan brochetas de cabra para vender a los que salen a trabajar. A esta hora se cruzan dos multitudes: los que se marchan a la mina y los que vuelven del turno nocturno. Es fácil distinguirlos: el grupo de retorno avanza arrastrando las chanclas, los ojos enrojecidos y el cuerpo lleno de polvo. Apenas hablan y casi siempre hay alguno que consuela a otro, porque todos los días, sin falta, alguien no regresa a casa. Entre ellos verás también a muchísimos *creuseurs*, adolescentes en su mayoría, que excavan de noche para evitar represalias. Los que van a entrar, en cambio, llevan la ropa pulcra, limpísima. Sus mujeres, en un gesto de perseverancia que raya la testarudez, no permiten que salgan de otra manera. Saben de sobra que todo volverá sudado y cubierto de tierra, pero, aun así, siguen llenando tinajas y restregando cada noche, en un ciclo infinito. Su gesto habla del orgullo de un pueblo que ha entendido algo importante: si empiezas cediendo en los pequeños detalles, terminas entregando parte de tu dignidad. Para cuando sale el sol, oculto en parte bajo el eterno polvo rojo, el hormiguero que forman estas calles rebosará ya de actividad.

Por fin baja Elodie a desayunar. Monganza está sentada a la mesa, sorbiendo su *chai*.

—A buenas horas, jovencita.

—Ay, *bibi*, ¡mira que eres pesada! —responde la nieta porque sí: la adolescencia es una maldición universal—. Hoy es lunes, ¿qué más da?

Los lunes el café cierra y Elodie tiene que ayudar en casa.

—Las tareas no esperan —dice Mon, que no baja la guardia. Desde que la niña ha perdido a su madre se toma muy en serio su educación.

Elodie añade a su *chai* una cucharadita de leche en polvo y se prepara pan con Blue Band, la margarina omnipresente en el Congo.

—Cuando terminemos de limpiar tenemos que hacer *beignets* y bajar a venderlos al mercado —sugiere la abuela. Los buñuelos son cosa de Makasi, pero mientras no vuelva del campo se ocupan las demás, porque es un dinero extra que en la economía doméstica no puede faltar.

—No puedo ir. He quedado con Ani en la mina —responde Elodie, mordiendo el pan.

El rostro de Monganza se endurece de golpe.

—Ya te hemos dicho que no debes bajar ahí.

—No bajo, espero en la orilla con el bebé.

—Lo mismo da. Y Ani tampoco debería ir allí.

—¿Y qué va a hacer, *bibi*?

Mon, a esto, no responde, porque su nieta lleva razón. Ani es la mejor amiga de Elodie. Pasaron toda la infancia juntas lavando piedras en el río y fueron a la misma escuela. Tiene casi diecisiete años, como Elodie, y vive sola con su abuelo, que vende papayas en el mercado desde que perdió una mano en un derrumbe de Shituru. Con catorce, Ani se quedó embarazada. Sucedió una noche sin luna, las más peligrosas para las niñas que vuelven tarde de trabajar. Ni

ella ni los de su entorno se sorprendieron: aceptaban estos «incidentes» como parte de su cotidianidad; tampoco de que quisiera quedarse con el bebé, a pesar de que casi todas las niñas pagaban para zanjar el tema a alguna *wakunda*, las parteras que realizaban la tarea a cambio de un poco de calderilla. La madre de Ani había pasado por lo mismo y murió desangrada en una de esas camillas improvisadas; era natural que ella se negara a considerar esa opción. Jamás dijo a nadie quién era el padre. Señalar era peligroso y no cambiaba las cosas. Pero no hizo falta. Apenas vio al bebé, rubicundo y de color café con leche, Elodie reconoció a un *chef* francés que se les plantaba a menudo delante, mientras ellas lavaban y cargaban, y se quedaba allí en silencio, comiéndoselas con la vista.

Ani llamó al bebé Samba y, pocos días después del parto, volvió a la mina con él atado a la espalda. El francés, uno de los pocos que quedaban en Gécamines ahora que había pasado a ser mayoritariamente china, se los encontró en el río una mañana. Captó al vuelo la situación, pero siguió caminando como si nada. No volvieron a verlo. La zona era ya propiedad de los chinos y, concluido el periodo de asesoramiento, los blancos regresaban a sus casas. Samba, como tantos otros niños en Likasi, creció pasando de mano en mano. Todas ayudaban, sobre todo Elodie, que le tenía muchísimo cariño.

Samba fue uno de los motivos por los que le costó dejar la mina. Pero, tras varios choques en familia, Elodie comprendió que debía agarrarse a ese golpe de suerte y que, además, no le quedaba

elección: su padre y su abuela, esta vez, no tenían intención de ceder. Haberlo hecho con su hija era una piedra que Monganza llevaba en el corazón, un remordimiento constante que no le daba paz. Durante años intentó que fuera a la escuela, pero a Nkenge las palabras le bailaban en la página y solo le provocaban frustración. «Mírame, aquí sigo, fuerte y sana, gracias a mi trabajo en el hospital. ¿Acaso no quieres lo mismo para ti?», repetía a su hija. «¿No merecen tus hijos que salgas del peligro y busques algo mejor?» Pero a Nkenge, como a tantas otras, le pudo la presión social. Todas sus amigas abandonaban la escuela para ponerse a ayudar en el río. Las mujeres como Monganza, con su sueldo fijo y las uñas siempre limpias, levantaban recelos en Likasi y provocaban envidias que se traducían en susurros a su espalda. Nkenge no quería ser motivo de críticas. «¿Por qué voy a complicarme la vida?», se quejaba, con diez años, a su madre. «Nzinga bajará el mes que viene y yo quiero hacer lo mismo.» Aquello generaba discusiones constantes entre Monganza y su prima Dorca, que llevaba toda la vida en la mina de Kamatanda. «No todas somos como tú, Mon, con esos aires de señorita que te traes. Algunas aceptamos lo que el Señor nos da, sin pretender más.» No hay día que Monganza no se pregunte qué hubiera pasado de haber obligado a su hija a trabajar en otro lugar.

El plan de Mulumba para su hija Elodie es que deje el cibercafé el año que viene y se inscriba en el Instituto Superior de Técnicas Médicas de Likasi, donde se preparará para ser enfermera. Con suerte, si todo va bien, podrá emplearse en el mismo hospital donde limpiaba los pasillos su *bibi* Mon. Todo lo que gana en la radio y en

los conciertos que da por la ciudad lo guarda en un bote donde ha escrito «ENFERMERA», que se llena también gracias a lo que la hija trae a casa del café. Hasta hace poco, a Elodie ir al Instituto le hacía ilusión. Ahora tiene miedo de que eso la aleje todavía más de su querido Michel. No le gustaría que la viera como alguien superior o distinto, teme que se niegue a estar con una mujer que gane más dinero que él.

Por suerte, los dramas adolescentes no son lo suficientemente fuertes como para empujarla fuera del camino. A Elodie siempre le gustó estudiar y desde muy pequeña luchó contra su madre para poder ir a la escuela. Al final habían encontrado un compromiso: bajaba a la mina y regresaba temprano para aprender en la *maison*, en una escuela que su tía abuela Bokilo había improvisado en el salón para los niños mineros del barrio y que ahora gestiona Makasi, la hija de Kalengi. Cuando su madre falleció, Elodie tenía once años y empezó a quedarse en casa. «La niña es muy inteligente», dijo Makasi a Mulumba. «No debe abandonar.» Ahora aprovecha los tiempos muertos que tiene en el café para ver vídeos de Khan Academy y repasar su francés en TV5Monde.

Además, quiere dejar el trabajo cuanto antes porque Joseph le ha prometido que, cuando se vaya, dará su puesto a Ani. Para entonces Samba ya tendrá tres años y podrá entrar en la guardería de la misión. Mientras, cada lunes baja a la mina y se queda con él un poco más allá de los túneles artesanales, para que no respire tanto polvo y su madre, sin su peso en la espalda, pueda recoger piedras más rápido.

—Vale, pero en cuanto termines el desayuno tienes que barrer y ayudarme a lavar la ropa —concede Monganza, que sabe lo importante que es Samba para su nieta—. Y cuando pases por la estación, encarga dos bidones de gasolina. Dile a Pierre que esta noche irá Alain a por ellos.

Una hora después, Elodie se monta en su bicicleta rumbo a Kamatanda. Lleva el viejo Walkman en los oídos; no le gusta bajar el mp3 a la mina porque teme que se llene de polvo y deje de funcionar. Este Sony, en cambio, es increíblemente resistente y con él puede seguir escuchando las viejas cintas que le mezclaba su padre. Hoy escoge una que se llama *VIPENDWA VYA BABA*, «Favoritos de Papá». Tiene una mezcla de ndombolo, rumba clásica, R&B y reggae que la pone de buen humor. La voz de Koffi Olomidé, con su popular tema *Effrakata*, la acompaña mientras sortea las callejuelas de la *cité*. A mitad de camino, entre decenas de motos, bicicletas y viejos automóviles, Elodie divisa el taxi-bus. Le quedan todavía unos tres kilómetros y no le vendría mal subirse a él con la bici, pero desde ahí el trayecto son trescientos francos, demasiados para ella. Cuando lo tiene casi a su lado ve correr hacia el vehículo a Gagarin con su amiguete. Los niños pegan un salto y se cuelan, agarrándose bien a la parte trasera. Elodie les hace señas de que va a chivarse al conductor —no tiene ninguna intención de hacerlo, solo quiere asustarlos por escaparse sin pagar de la tienda el día anterior—, pero el autobús pega un acelerón y los niños se alejan con él, riéndose de ella y echándole la lengua. Elodie entra en modo competitivo y los adelanta. Un poco más allá se para junto a uno de los muchos baches que adornan la carretera y espera, calculando su

jugada. Cuando el taxi-bus pasa por allí, ella gira el manillar con la intención de que el derrape salpique a los críos, pero justo en ese momento la adelanta una motocicleta donde viajan apiñadas tres personas —dos adultos y un niño— y son ellos los que terminan con los pies mojados.

—¡Qué haces, chalada! —le grita el hombre que conduce.

Elodie les pide perdón. Gagarin se suma a las quejas.

—¡Chalada, que eres una chalada! —le grita riendo.

—¡Os pillaré! —promete ella, dejándolos marchar.

Cuando llega a Kamatanda baja con la bicicleta hasta la zona del río donde sabe que se coloca Ani. La encuentra en su lugar de siempre, acuclillada con varias compañeras. A su lado tiene ya dos cestas llenas hasta arriba de piedras recién lavadas. Samba deambula cerca, descalzo y muy sucio. Lleva una camiseta de Dora la Exploradora, parte de un lote que Ani consiguió en la misión, que le queda ya muy pequeña y expone toda su barriga, hinchada y llena de polvo. Elodie saluda al grupo y ellas responden sin demasiado afán. Tiene la desagradable sensación de que las ha interrumpido, pero en cuanto ve la sonrisa de Ani se le pasa.

—Gracias por venir —le dice.

—Tenía ganas de veros —responde Elodie.

Samba se acerca, chupando una piedra.

—¡No, Samba, no! —lo regaña Ani, sacándosela de la boca—. Llévatelo, anda —dice a Elodie—, hoy el agua apesta.

Elodie lo levanta y lo coloca sobre el manillar. Después sube la cuesta y se sienta con él en su lugar habitual, un rincón menos soleado —hay un letrero que da un poco de sombra—, desde donde puede verse toda Kamatanda.

A pesar de llevar toda su vida en la mina, la visión de ese enorme anfiteatro escalonado nunca deja de angustiarla. Veámoslo con ella. Las gradas, formadas tras décadas de palas y dinamita, están abarrotadas de personas, como si allí se ofreciera el mayor espectáculo del mundo. Hombres y niños en constante movimiento, cada uno concentrado en la actividad que le ha tocado hoy: picar las paredes a la espera de encontrar vetas azules o verdosas, cargar enormes sacos a la espalda, crear un nuevo peldaño en el pozo. La actividad, frenética y desordenada, levanta un polvo constante que se les pega al cuerpo y a la ropa y los convierte en un ejército de figuritas rojas, los juguetes de un gigante invisible que les exige una cuota diaria de cobalto a cambio de casi nada. Elodie alza la vista. Desde donde está, a veces puede distinguir las chimeneas de Shituru, donde trabajan su padre y su hermano. Pero hoy el aire llega tan espeso que apenas alcanza a ver el final de las gradas.

Tener acceso a internet en el café le ha permitido seguir estudiando, pero también le ha abierto los ojos a todo lo que hay allá afuera, lejos de estas minas. A diferencia de sus amigas, ella sabe que existe un mundo donde las chicas de su edad pasan el día sacándose fotos, compartiendo bailes en musica.ly o desafiándose con cubos de hielo, y ha entendido que todo eso empieza aquí, en estos bancales. Y aunque no lo haya hablado con las demás —para qué crear más descontento—, quizá esa toma de conciencia se le note y sea lo que las ha distanciado.

Una vez Makasi le enseñó la ilustración de una célula. Cada parte tenía un cartel con su nombre: «núcleo», «mitocondrias»,

«ribosomas»... Le pareció muy similar a otra que habían visto días antes, una que mostraba el sistema solar con los planetas. Pensó que, si esa célula era un universo, ¿dónde podían estar ellos? «¿Estos qué son, Makasi?», preguntó, señalando los puntitos que decoraban el citoplasma. «Esos no son nada, olvídate de esos.» Cuando su tía recogió la lámina, Elodie había escrito sus nombres, con letra diminuta, en cada uno de ellos.

Samba se inquieta y balbucea algo.

—¿Quieres *muziki*, Samba, *bolingo*?

Elodie busca en su saco el Walkman, dos pares de auriculares y un cable con doble *jack* que le trajo su padre de la radio. Coloca las almohadillas a Samba, que ya se conoce este pasatiempo, se pone las otras y le da al *play*. Suena *El piccolino* de *Sombrero de copa*, una de sus favoritas de Fred Astaire. Semanas atrás descubrió un truco que disminuye su angustia: se pone esta canción y se imagina que ahí abajo, entre los escalones del cráter de Kamatanda, se desarrolla un número similar al que ha visto en esta escena, donde un gran elenco de bailarines se mueve en círculos. De pronto, su imaginación hace girar a la derecha a los mineros de una de las gradas y a la izquierda a los de la grada inferior, todos bailando al compás de lo que suena en sus oídos. Las palas se convierten en abanicos, cintas y sombreros y, en el centro, con un largo vestido blanco de lentejuelas, está ella, volteando abrazada a Michel.

Así, entre números musicales y duetos románticos, Samba y Elodie pasan la mañana. Al mediodía los dos se reparten una banana y ella le enseña alguna palabra en francés y en lingala. Cuando Ani

termina el turno, sube hasta allí para recoger a su niño. Elodie tiene ganas de hablarle de Michel y demás anécdotas de su trabajo, pero Ani está agotada y parece a punto de quedarse dormida en pie. Caminan hasta la parada del taxi-bus y Ani enseña a Samba al conductor para que se apiade y la deje entrar gratis. Cuando lo hace, dos jóvenes, que se quedan fuera porque está ya lleno, lanzan gritos de protesta. Elodie defiende a su amiga y les suelta un par de palabrotas. El taxi parte y ella se monta en su bicicleta para volver a casa.

Entra en Kikula ya al anochecer. En la *maison*, sentada en el suelo de la veranda, está la *bibi*, fumando un cigarro.

—*Shikamoo*, *bibi.*

—*Bonsoir*, Elodie, ¿qué tal tu día?

—Bien, nada especial. ¿Qué haces?

—Estoy pelando judías. ¿Me ayudas?

Elodie se sienta a su lado y, durante un rato, trabajan en silencio.

—¿Cómo va con Michel?

—*Bibi!* ¿Cómo te has enterado?

—Monganza lo sabe todo —dice ella, mirándola.

—Ha sido Alain, ¿verdad? Me va a oír.

Durante unos minutos vuelve el silencio.

—¿Y? —insiste la abuela.

—Creo que no le gusto —reconoce Elodie, avergonzada.

—Nunca fue un chico listo.

La nieta sonríe.

En ese momento ven acercarse por la calle a dos blancos, una mujer y un hombre, con un congoleño. La mujer observa un papel que tiene en las manos y va comparándolo con las *maisons*. Cuando llegan delante de la suya, se paran. El congoleño señala el papel y habla con ellos en un idioma extraño.

Monganza se pone en pie y baja las escaleras de la veranda.

—Os estaba esperando —dice a los blancos, visiblemente emocionada.

El congoleño traduce. La mujer le alarga una mano, donde lleva una férula, y Monganza se la estrecha con cuidado.

—Soy Monganza, pero puedes llamarme Mon.

—Ludovica, Lulu —responde ella, llevándose la mano izquierda al corazón.

—Lulu —repite Monganza, sonriendo.

—¿Qué sucede, *bibi*? —pregunta Elodie, sorprendida—. ¿Quiénes son estas personas?

5

Adela entra en casa y coloca las llaves en un gancho que lleva allí desde que se mudó. Es de hierro forjado y tiene una pequeña placa que pone MAX. El hombre que le vendió el apartamento lo usaba para la correa de su braco y le dijo que se lo dejaba ahí porque le traería suerte. Le habló del perro con tanto cariño que ella, a pesar de que el objeto en sí no le gustaba, no tuvo el valor de desprenderse de él. En la cocina vacía el contenido del carro de la compra, intentando hacer el menor ruido posible. Su hija llegó anoche, más delgada y ojerosa que de costumbre, y no la quiere despertar. Ha bajado al mercado provisional de Barceló para traer todo lo que le gusta y, tras colocar unas margaritas en un jarrón, se pone a cocinar.

Media hora más tarde, Lulu se despierta y, como cada mañana, apenas abre los ojos busca a tientas el móvil y controla las notificaciones.

MARTIN:
Prometo no volver a escribirte de trabajo, pero...
¡Hemos ganado el concurso! ¡El brand es nuestro!

Lulu siente un apretón en el estómago. No acepta que no podrá trabajar en la campaña final. ¡Es injusto! ¿Quizá debería escribir a Henry de nuevo? Anteayer, cuando le dieron la baja, le mandó un correo diciéndole que, aunque no pudiera usar el ratón, quería seguir yendo a la agencia para supervisar. «Pido a la becaria que haga todos los trámites en el ordenador», escribió. A los pocos minutos llegó su respuesta:

> Ni de coña. Hay que evitar esa operación.
> No quiero verte por aquí en un mes.
> Píllate un vuelo y vete a cualquier playa.
> H.

Que no te engañen sus líneas. Henry, como de costumbre, pensaba solo en sus propios intereses. Conoce a Ludovica y sabe que tardaría dos segundos en arrancarle el ratón a su becaria, y no quiere que le suceda como con Martha, otra de sus directoras creativas, que tuvo que operarse y ahora lleva meses faltando constantemente para ir a rehabilitación. Prefiere perder a Lulu cuatro semanas que tenerla más tiempo a trompicones. El caso es que Lulu tuvo que aceptar que, por primera vez en casi diez años, tenía por delante varias semanas de descanso. Al día siguiente se subió en un vuelo hacia Madrid.

Entre *icebucketchallenge*, *selfies* de varios compañeros —Jenny, de contabilidad, está a tope con los filtros—, *sketches* en Vine y decenas de fotos cenitales de comida, Lulu regala tres cuartos de hora a su dispositivo sin ni siquiera darse cuenta. Los ojos, como siempre que mira la pantalla tumbada de lado, le empiezan a picar.

Apoya el móvil en la mesilla y, por fin, se decide a salir de la cama. En la cocina encuentra a su madre, que está terminando de montar su increíble tarta de galletas.

—Buenas —la saluda, con la cara todavía arrugada.

—¡Lulu, amor, te he hecho café! —responde Adela, limpiándose las manos en un trapo y acercándole la moka—. Y no te olvides las pastillas. Las he puesto ahí, al lado de las tazas. ¿Te duele la mano?

Lulu sonríe para sí. A su madre le basta media jornada para volver a entrar de lleno en el rol.

—No —le responde, girando la muñeca para comprobar—. Esta férula es mucho mejor que la que tenía antes.

—Me alegro.

—De hecho, creo que voy a insistir a Henry para volver en unos días.

Adela tiene un momento de bajón. Va a quejarse, pero luego se muerde la lengua. Sabe que no es quién para decir nada. Y no solo porque Lulu tiene más de treinta años, también porque la entiende de sobra. Ella es escritora y no podría soportar estar varias semanas sin llenar una página. Su hija creció viéndola renunciar a mil cosas para poder escribir. Adela pagó caro por ello: cuando Lulu afrontó la adolescencia decidió que odiaba a su madre porque priorizaba a menudo su carrera. Pero, hace dos Navidades, hablaron de aquellos años —ayudó que las dos llevaban demasiado oporto encima—. «Ahora te entiendo mucho mejor, mamá», balbuceó Lulu. Adela no concibe qué ve de especial su hija en hacer anuncios, pero sabe que ahora le toca a ella empatizar.

Mientras sorbe el café, Lulu da una vuelta por el salón. Le gusta mucho este apartamento. Cuando sus padres se divorciaron, su madre decidió dejar la casa que tenían en Londres para volver a Madrid, algo que ella, en un principio, no entendió. Cambiaba un hogar enorme que adoraba por un piso muy pequeño y dejaba a todos sus amigos allí. Pero ahora, visto con la mirada adulta, comprende que hizo bien. Su etapa en Londres había terminado —ella acababa de irse a Milán para estudiar y su hermano estaba haciendo la carrera en Brighton— y necesitaba un cambio.

—¿A qué hora llegan Nacho y Marta? ¿Traen a Carlitos? —grita a su madre.

Desde la cocina llega la voz de Adela:

—Sobre las dos y media, para comer. No, no creo que lo traigan, tendrá que estudiar. ¡Y no se te ocurra llamarlo Carlitos! Está en plena edad del pavo y ya le ha cambiado la voz.

—¿En serio? ¡Pero si era un mocoso hace nada! —Ríe Lulu.

Nacho y Marta viven a dos portales y forman parte de un grupo de amigos del barrio que arropó mucho a su madre cuando se mudó. Nacho, además, es el hijo del novio que Adela tenía en la universidad, pero eso es algo que a Lulu le da un poco de grima —por aquello de que preferimos imaginar que nuestros padres sean ajenos a ciertas cosas— y ha preferido no indagar mucho más. Le sacan a Lulu solo unos diez años y a ella le caen muy bien. Marta es una persona alegre, de esas que te ponen de buen humor. Forma una pareja perfecta con Nacho, que es un tipo de lo más relajado. Tienen un niño, Carlitos, que rondará los trece años.

Lulu va a la habitación y revisa el móvil. Ninguna notificación. Después saca un paquete de la maleta. ¿Debería enseñárselo a su madre ya? Sí, tal vez sea mejor hacerlo cuanto antes.

—Mamá —dice, volviendo a la cocina con un bulto envuelto en papel de burbujas—, he traído una cosa.

—¡Ooh! —salta ella, ilusionada—. ¿Es un regalo para mí?

—Bueno, no exactamente.

Suena el telefonillo. Adela levanta el auricular.

—¿Quién es?

—¡Nosotros! —Es la voz de Marta.

—¡Uy, ya están aquí! —Adela mira el reloj, extrañada.

Luego abre la puerta de entrada y sale al descansillo. Vive en un segundo sin ascensor.

—¡Hola! —grita, asomándose a las escaleras—. ¿Habíamos quedado a las dos o a las dos y media?

—¿Ves? —se oye a Marta, enfadada—. Era a y media.

—Vaya, lo siento. *Mea culpa!* —dice Nacho.

—¡No pasa nada! —Ríe Adela—. ¡Hola, Nietzsche! —grita al perro que trota por las escaleras, un grifón de Bruselas con cara de pocos amigos y un enorme bigote.

El perro entra en casa como si fuera la suya y va directo a la cocina, donde sabe que Adela le coloca siempre un cacharro con agua.

—¡Nietzsche, perdona, todavía no te lo he puesto, ahora voy!

Marta entra y abraza a Adela.

—Somos unos impresentables, no tenemos perdón.

—De verdad, no pasa nada —insiste ella—. Igual me he equivocado yo.

Marta ve a Lulu y se lanza a darle un fuerte abrazo.

—¡Pero bueno! ¡Lulu vuelve a casa y no es por Navidad! —le dice, bromeando.

Marta está muy guapa. Tiene unos ojos preciosos y a Lulu le encantan sus largos rizos.

Aparece Nacho. Lleva una camiseta de Daniel Johnston.

—Bonita camiseta —le dice Lulu, sonriendo—. La tengo igual.

—¿Qué pasa, Lulu? —La abraza él, cariñoso.

En todo ese tiempo, ella no ha soltado el paquete de las manos.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta Marta.

—¡Me ha traído un regalo! —responde Adela, mientras coloca el cacharro a Nietzsche, que se pone a beber armando bastante escándalo.

—Ya te dije que no es un regalo —Lulu se está poniendo nerviosa —. No es nada, lo dejo en la habitación.

—¡Oye, no, ahora tengo curiosidad! —insiste la madre—. Veamos.

Los tres se sientan en el sofá del salón, a la espera. Lulu no sabe cómo salir de aquello.

—Bueno, vale, es esto —dice, abriendo el papel de burbujas.

Sobre la mesa coloca un juguete antiguo, un perro de madera. Tiene ruedas y un cordel para tirar de él.

—¡Uy! —exclama Adela, girándose inmediatamente. Detrás de ella, en una estantería, hay otro idéntico—. ¡Pero si el nuestro está ahí! —dice, señalándolo.

Nacho y Marta también se giran, pero no entienden nada.

—¿Qué está pasando? —pregunta él.

—¿De dónde lo has sacado? —Adela no sale de su asombro.

—Estaba en la consulta del neurólogo.

—¿Neurólogo? ¿Quién ha ido al neurólogo? —Marta se ha asustado.

—Por lo de la muñeca —le aclara él, señalando la férula de Lulu.

—¡Chist! —Adela les manda callar; no quiere que salgan del tema —. Pero ¿cómo lo consiguió él?

—No me lo dijo.

—¿Y te lo regaló así, sin más?

—No, no exactamente.

—¡Lulu! ¡No me digas que lo robaste!

—¡Hala, Adela, no te pases! ¿Cómo lo va a robar? —exclama Marta, impresionada.

—No sería la primera vez.

—¡Mamá! —Lulu se ha ofendido.

—Ahí donde la veis, con dieciséis años, robó unos cedés en Tower Records.

—¡Ja! —dice Nacho—. Espero que fueran buenos.

—No tiene gracia —insiste Lulu, fastidiada.

Adela se levanta y agarra el juguete con mucho cuidado. Es exacto, aunque el de Lulu se ve un poco más usado.

—Vale, tengo mil preguntas —dice Nacho, nervioso—. ¿Me explicáis qué sucede? —La paciencia nunca ha sido su fuerte.

—Este juguete —Adela les muestra su perro— lo hizo mi abuelo Hans. Era alemán y, durante la Primera Guerra Mundial, lo encerraron en un palacio de Londres, el Alexandra Palace. Allí se dedicó a hacer carpintería y, cuando salió, se lo llevó con él. —Adela lo gira y se lo acerca para que vean que pone HANS debajo.

Lulu agarra el otro y lo gira:

—Este también está firmado por él, mirad.

En efecto, la firma es idéntica.

—¿Y quién es ese neurólogo? —pregunta Adela.

—No sé —dice Lulu—. Se llama Finn Doherty, trabaja en el Charlotte's Hospital.

Nacho saca su móvil del bolsillo y se pone a teclear.

—Doctor Finn Doherty —lee—. Es irlandés, de Galway.

—Irlandés —repite Adela, muy extrañada.

Mientras, Marta ha colocado los dos juguetes sobre la mesa y los está observando.

—No son iguales —declara.

Todos se acercan.

—El de Lulu tiene un clavo aquí en la base, ¿veis? —explica, señalando una tachuela diminuta.

—¡Menudo ojo, Marta! —exclama Lulu.

—Si yo te contara... —Se ríe Nacho. Después agarra el perro y curiosea la base—. Un momento —apunta—. Aquí hay un corte. ¡Trae un cuchillo o una navajita!

Lulu corre a la cocina y vuelve con un cuchillo. Nacho intenta forzar una ranura, pero no lo consigue.

—Ten cuidado, Nacho, lo vas a romper —le riñe Marta.

Entonces Lulu se acuerda de un viejo diario que tenía de niña, con un resorte similar.

—¡Espera, déjame probar una cosa! —dice, agarrándolo.

Se sienta con él en el sofá, lo coloca sobre sus rodillas y aprieta la tachuela mientras tira hacia fuera.

Clac.

La base del perro se abre en dos. Todos lanzan exclamaciones de asombro. Nietzsche se suma, ladrando. Dentro hay dos papeles doblados y amarillentos. Lulu los saca y cede el juguete a Marta para desplegarlos.

—Un momento, un momento. —Adela pone una mano sobre el papel—. Esto no es nuestro, Lulu, es de ese hombre; podría ser algo privado.

—Estás de coña, ¿no? —dice Nacho, que, aunque sigue sin entender del todo, está teniendo el mejor día de su vida.

—Si ese perro lo ha hecho tu abuelo —Marta se ha puesto seria—, yo lo abriría.

Lulu, mientras, ya lo está desplegando sobre la mesa que hay enfrente del sofá. Los cuatro juntan las cabezas, intentando entender lo que están mirando. Es un dibujo hecho a mano.

—Es un mapa —dice Nacho.

—Congo —lee Adela, en una esquina.

—¡Congo, qué casualidad! —Marta da un codazo a su marido.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Adela.

—Estoy preparando un artículo sobre un *disc-jockey* de allí. —Nacho dirige el suplemento de música de un periódico nacional.

—Jadotville. —Lulu apunta al nombre de lo que parece el diagrama de las calles de una ciudad.

—Esos sitios ya no se llaman así, ¿no? —Marta intenta recordar—. Eso quiere decir que este mapa tiene muchos años.

Lulu busca en su móvil.

—Jadotville. Hoy, Likasi. Cambió el nombre en 1966.

—Fíjate, ¡tiene por lo menos casi cincuenta años! —Marta está fascinada con el mapa.

—*Ville* —lee—. Debajo tiene un dibujo de varias casas. En una pone Maison Dubois. Más abajo hay lo que parece el mapa de la planta interior.

Nacho, que está buscando en el móvil, exclama:

—¡No me lo puedo creer! Likasi es justo la ciudad donde está este *disc-jockey*.

—¿Qué dices? —Nada le gusta más a Marta que una buena serendipia.

—¡Y mira que es grande el país! Ni siquiera es la capital, parece una ciudad pequeña.

—No sé si os dais cuenta de lo extraño que es todo esto —insiste Adela—. ¿Por qué un médico irlandés tiene un juguete hecho por mi abuelo? ¿Y qué pinta un mapa del Congo dentro?

—Alucinante —confirma Nacho.

—Lulu, tienes que ir a hablar con ese médico y preguntarle.

—¿Y qué le digo? «Hola, soy yo la que se llevó tu juguete.»

—¿Sabéis francés? —Marta está con el otro papel. Es una carta escrita a mano.

—Lulu sabe bastante —responde Adela—. ¡Qué letra tan pulcra y bonita, parece la de una niña!

Lulu copia en el teléfono un par de palabras que se le escapan para traducirlas.

—Ahí te falta una *g* —la corrige Marta, viendo la pantalla.

Al poco leen:

«Aquí esperan tantas almas, solo quieren que les prestes atención.»

—Pero ¡por Dios! —dice Nacho, levantándose del sofá y agitándose, entusiasmado—. ¿Esto qué es?

Durante unos minutos, los cuatro callan, abrumados. Por la cabeza de Adela pasan sus abuelos, escenas de un documental sobre el Congo que vio hace poco, la trama para una novela. Marta sigue pensando en el mensaje, intentando descifrar su verdadero significado. Lulu está esforzándose por recordar más detalles del médico, pero no se le ocurre nada. Nacho pasea nervioso por el salón, aturdido ante tantas casualidades.

—Tengo que añadir todo esto a mi artículo —dice.

—¿Y diciendo qué, exactamente? —Adela sabe bien cuándo a una narración le faltan cabos.

—Por lo que se ve, hay algo en una casa que esta persona quiere que veamos. —Marta sigue dando vueltas a los papeles.

—Lo firma Monganza. ¿Es un nombre de varón o de mujer? —pregunta Lulu.

—La letra parece femenina —sugiere Marta.

—Hay que comer algo, que ya es tarde. —Adela se levanta y va hacia la cocina—. Voy a calentar el arroz.

El grupo se sienta a la mesa y, mientras disfrutan del arroz con calabaza de Adela, siguen dando vueltas al tema. Adela les cuenta más de su familia, intentando encontrar un nexo con lo que acaban de descubrir.

—Mi tatarabuela era irlandesa —explica—, pero no se llamaba Doherty. Y era de la otra punta respecto a Galway, donde está ahora Irlanda del Norte.

—¿Y tu abuelo nunca estuvo en África? —pregunta Marta.

—No que yo sepa.

—En el Congo estuvieron los belgas, ¿verdad? —dice Lulu.

—¡Es verdad! ¡En el Palace también! —Adela se levanta y busca un libro en el salón titulado *Alexandra Palace*. Tiene fotos de los años en los que su abuelo estuvo allí preso y, en las páginas siguientes, puede verse que, a continuación, en 1914, allí se refugiaron miles de belgas.

—Ahí lo tienes. —Nacho da una palmada—. A lo mejor coincidió con alguno allí y se lo regaló.

—Pero el médico es irlandés, no belga —recuerda Lulu.

—Ya, pero es evidente que este juguete ha pasado por el Congo. —Marta se ha vuelto a levantar y se ha puesto de nuevo a estudiar el mapa.

—No lo sabemos, cualquiera podría haber colocado eso ahí. —Adela tiene razón.

Vuelve el silencio. Nacho está mirando su móvil.

—Likasi está cerca de la mina de Kolwezi —les lee—. La del cobalto.

—¿Qué cobalto? —pregunta Lulu.

—El que se usa para esos cacharros que tenéis pegados. —Marta detesta los móviles; usa un Nokia que no tiene ni WhatsApp.

Lulu agarra su móvil. Olvida usar el pulgar izquierdo y, cuando desliza el derecho por la pantalla, tiene un calambre. Su cara se contrae y se le escapa un ¡ay!

—¿Ves? Solo traen problemas —insiste Marta.

Adela intercambia una mirada con ella; no quiere incomodar a su hija.

—Las baterías usan el cobalto que se extrae ahí, en esa zona del Congo —explica Nacho.

—Ese es un buen hilo para tu artículo —sugiere Adela—. Un *disc-jockey* que se ha hecho famoso gracias a la tecnología que se inicia allí.

Nacho se entusiasma.

—¡Sí, fantástico! Eso lo convertiría en un reportaje mucho más amplio.

Marta, que sigue mirando las hojas, añade:

—Por lo que se ve, esta persona, Monganza, ha escondido algo dentro de esa Maison Dubois. Algo que para ella es importante.

—Voy a pedir al periódico que me lleve. Quiero ir a ver qué hay ahí —suelta de pronto Nacho.

—¿Estás de broma? —Marta es tajante—. ¡Esos sitios son peligrosos! Además, ¿no hay un corresponsal ya en esa zona? No necesitas ir tú.

—Pero la idea del artículo es suya. —Adela empatiza con Nacho.

—Voy contigo —dice, de pronto, Lulu.

—¡No, no, un momento! —Adela se levanta y se acerca al sofá donde está su hija—. A ti no se te ha perdido nada ahí. ¿No dijiste que querías volver a trabajar?

—Son sitios muy duros, Lulu —coincide Nacho.

—¿Qué quieres decir? Termina la frase, anda. «Duros para una mujer», ¿verdad? —Lulu levanta la voz.

—¡Calma! —Marta detesta las peleas—. Aquí nadie va a ningún lado.

—Yo lo voy a intentar, Martita. —El tono de Nacho no admite discusión—. Voy a pedirlo mañana mismo, lo siento.

Marta suspira. En parte lo entiende; su curiosidad y devoción por las buenas historias es lo que lo ha convertido en un buen

periodista, pero la idea la asusta.

Lulu, mientras, está mirando el móvil.

—Para el visado no hace falta patrocinador; basta un vuelo de vuelta y el nombre del hotel —lee.

—Ludovica, ¡no es no! —Adela se empieza a preocupar—. Nacho, díselo tú, anda.

—¡Mamá, que no tengo diez años!

—No puedo pedirle al periódico que te lleve, Lulu, no es un viaje de ocio. —Nacho se arrepiente de haber metido a la chica esa idea en la cabeza.

—No hace falta. Yo me pago el billete, tengo ahorros. —Lulu está ya en modo acción—. Voy a Londres, hablo con este médico y luego me saco el visado en la embajada. Puedo probar en la española o en la italiana. Por una vez me va a servir de algo tener un padre de Roma y una madre de Madrid.

—Lulu, te lo pido por favor. —La voz de Adela es todo preocupación.

—El perro lo he encontrado yo —insiste su hija, irritada—. Y ha sucedido justo en mis primeras vacaciones en años. ¿No lo entiendes? ¡Es el destino!

—Esto no es un juego, Lulu.

—Tienes que ponerte varias vacunas. —A Nacho las agujas le dan grima y se le ocurre que eso puede frenar a la chica.

—¿Y? Al final vas a tener tú más miedo que yo —responde ella, desafiante.

Adela va hacia la mesa para recoger. Nacho se acerca para ayudar.

—Lo siento —susurra a su amiga.

—No pasa nada, siempre fue muy tozuda. —Adela intenta sonreír, pero en el fondo está enfadada por la metedura de pata de Nacho.

—¿Se lo repito otra vez? Sin cita no puede entrar.

A la enfermera, una jamaicana con cara de no pasar ni media a nadie, la chica le ha caído mal. «Otra que cree que puede hacer lo que le dé la gana», piensa.

—Necesito hablar urgentemente con él. Tengo que entregarle una cosa.

«Y encima es insistente.»

—Déjemela a mí y yo se la doy.

—Es personal.

Ella levanta la ceja.

—Personal —repite.

—Sí —insiste Lulu, molesta—. Per-so-nal.

—Perdone, ¿le falta mucho? —La abuela que está en la cola detrás de Lulu se adelanta—. Tengo cita ahora y no sé a dónde tengo que ir.

La enfermera hace un gesto con las manos para que Lulu se aparte y recoge el volante de la señora.

De pronto, Lulu nota a un niño regordete y con gruesas gafas que le está haciendo señas. Va en silla de ruedas.

—¿Me llamas a mí? —le pregunta, acercándose.

—¿Quieres hablar con *Doc Herty*? —susurra él.

—¡Sí! ¿Lo conoces?

—Claro —dice él, con orgullo—. Yo conozco a todos aquí.

—¿No me digas? —Lulu finge asombro—. ¿Y cómo lo tengo que hacer?

—Solo porque eres tú, un paquete de M&M's.

Lulu tiene la impresión de que la está engañando, pero decide fiarse. El chavalín le parece la pera y no tiene nada que perder. Lo sigue por varios pasillos hasta que llegan delante de una máquina dispensadora. El niño controla el reloj que lleva en la muñeca.

—Faltan unos minutos —dice—. Mientras, ya sabes. —Se frota el índice y el pulgar para pedirle el dinero.

Lulu saca una libra de su bolso y la introduce en la máquina. Él le dice el código de los M&M's.

Poco después, aparece el doctor.

—Buenas, Doc, esta señorita le está esperando.

A Finn le suena la joven. Intenta recordar. Lleva una férula, así que debe de ser una paciente.

—¿Teníamos cita hoy?

—No, pero tengo que hablar con usted de algo importante. ¿Podríamos ir a su consulta un momento?

Finn, como ya hemos visto, no soporta que las personas se salten las normas.

—Ahora mismo estoy en mi descanso —dice, hostil.

—Tiene una cita conmigo —añade el niño, hurgando en la bolsa de los chocolates.

—Prometo robarle solo unos minutos. Lo que le voy a contar le va a interesar.

A Finn su comportamiento le parece muy extraño. Decide que será más eficaz sacársela de encima rápido que echar a perder la pausa discutiendo.

Cuando llegan a su despacho, Lulu saca el paquete de la bolsa.

—No debería usar así la muñeca.

Pero ella no le hace caso y ya está desenvolviéndolo sobre la mesa. Cuando Finn ve el juguete, se gira de inmediato, como había hecho Adela en Madrid. Pero, en su caso, descubre un hueco en la estantería.

—¡Eso es mío! ¿Qué hace usted con él?

—¿No lo había echado en falta? —pregunta ella, sorprendida.

Finn se sonroja. La verdad es que no, no se había dado cuenta. Lo tiene en una estantería que está detrás de su mesa y, con tanto trabajo, no le prestó atención. Agarra el perro con firmeza; la humillación ha aumentado su enfado.

—Pero ¡cómo se atreve! Esto es algo muy importante en mi familia. Es de mi padre.

—Ese juguete lo hizo mi bisabuelo. —Lulu se acerca para intentar girarlo, pero él lo aparta y no le deja tocarlo.

—¿Su bisabuelo era africano? —pregunta, enojado.

—¿Africano? No, era alemán.

—¡Entonces no es el mismo juguete! —A Finn los berrinches lo vuelven condescendiente—. Este se lo regaló una congoleña a mi padre durante una misión, hace ya muchos años. Es militar.

Lulu, que había previsto esto, saca el otro perro de una bolsa mientras memoriza la nueva información. Finn los mira un poco sorprendido, pero pronto minimiza la casualidad.

—Se ve que era un juguete popular allí, qué quiere que le diga. ¡Eso no le da derecho a robar nada!

—No lo he robado. Solo lo tomé prestado; como ve, se lo estoy devolviendo. Pero el perro también es muy importante en mi familia

y me pareció muy extraño que hubiera dos. Fue un gesto instintivo, lo siento.

Lulu intenta calmarlo dándole más explicaciones. Finn deja que ella le demuestre el mecanismo de apertura del juguete y pasa del enfado a la atracción. Después, saca fotocopias de los papeles de su bolso —los originales los ha dejado en casa, por precaución— y se los muestra.

—¡Monganza! Así se llamaba la gata que teníamos en casa —exclama él.

Los dos se intercambian datos. Ella le habla más de su bisabuelo; él le cuenta que su padre sigue vivo.

—Acabo de estar con él en Irlanda, celebrando su ochenta y tres cumpleaños.

—Deberíamos llamarlo —sugiere Lulu.

—No sé, no quiero alterarlo.

Finn todavía no conoce la obstinación de Lulu.

6

La pista, desde la ventanilla del asiento 19F, baila como si fuera un colchón de agua. Se mueve al compás del sol del mediodía, un castigador que distorsiona todo y ha convertido el avión en un infierno. Tras más de media hora parados allí, el motor por fin se pone en marcha. Los pasajeros celebran la llegada del aire acondicionado y giran los difusores hasta ponerlos al máximo.

Ahí tienes a Lulu, en chándal y despeinada, con cara de necesitar ocho horas de sueño. La muñeca hoy la está matando, por eso está haciendo ejercicios con los dedos. Cuando los extiende siente descargas que van desde el índice hasta el codo. El calor vuelve insoportable la férula. Y aun así, a pesar del dolor, su pulgar se desliza con gestos automáticos por la pantalla del móvil y abre Instagram.

(*niña con la cara llena de helado*)
@angelabl: Lola inaugurando el verano
(*tumbona de hotel con cocktail*)
@mikemike: Por fin! vacaciones deaquinomemuevo daiquiridiet
(*claqueta en la que puede leerse Cream Egg «Tonight is the Night»*)
@BeccaPot: en el rodaje de Cadbury
(*claqueta en la que puede leerse Cream Egg «Tonight is the Night»*)
@BeccaPot: en el rodaje de Cadbury

Refresh

@BeccaPot: en el rodaje de Cadbury
@BeccaPot: en el rodaje de Cadbury
@BeccaPot: en el rodaje de Cadbury

Chasquea frustrada. En la zona de embarque el wifi funcionaba al menos a trompicones, pero ahora ya no carga bien.

—Ni lo intentes, aquí no hay conexión. Y, de todas maneras, tienes que apagarlo.

La cosa empieza mal. Lo último que quiere es compartir cuatro horas de vuelo con un metomentodo. Lulu observa a su compañero de asiento, un hombretón encajado a presión en su butaca. De su visera gris de los Yankees asoman rizos pelirrojos; parecería que alguien le haya volcado encima una tartera de *fusilli* con tomate. Tendrá ya unos cincuenta años, pero entre pecas, hoyuelos y sonrisa simplona es una versión adulta de Chunk, el niño regordete de *Los Goonies*, así que por el momento vamos a llamarlo así.

> «Señoras y señores, les habla el comandante. Parece que por fin vamos a poder despegar, les pedimos perdón por las molestias. Por favor, abróchense los cinturones. Desde este momento todos los dispositivos electrónicos deberán permanecer apagados.»

Chunk le pega un codazo y levanta la ceja a modo de «te lo dije». Ella coge aire; sabía que debía llegar a este viaje armada de paciencia, pero no pensaba tener que usarla con un americano.

Antes de apagar el móvil, en un gesto rebelde, desliza el pulgar una vez más, sin éxito:

@BeccaPot: en el rodaje de Cadbury

Dobla la sudadera y la coloca contra la ventanilla. Necesita dormir. En el Londres-Adís Abeba estuvo rodeada de niños y no consiguió pegar ojo. Pero Chunk es como uno de esos mosquitos trompeteros que no dan tregua en las noches de verano y la ataca de nuevo.

—A mi hija también le encanta Instagram. Yo no acabo de encontrarle la gracia.

Debería ignorarlo, pero la parte que su terapeuta define como «niña herida» sale a la defensiva.

—Es útil para mi trabajo.

—Eres periodista, ¿verdad?

Entonces recuerda el guion que ha ensayado con Nacho. Se centra y afirma:

—Sí, soy corresponsal.

Han decidido que esa versión, no siendo para controles oficiales, es mucho más sencilla.

—Lo sabía —dice él, balanceando los hombros como un ganso—. Las únicas blancas que llegan a este ombligo del mundo son corresponsales o enfermeras. Y, sin ánimo de ofender, se te ve demasiado *moderna* para ser enfermera.

Chunk sigue colgándose medallas.

—¿Cuándo te mordió?

—¿Me mordió?

—Sí, el gusanillo ese que tenéis los reporteros.

—Ah. —Quería simplificar y resulta que la historia lo complica todo más. Luego apunta la mirada hacia la cara plácida de Chunk y decide que le han sido concedidas un número reducido de neuronas, insuficientes para deducir algo más allá de lo que ella quiera contarle.

—Cuando era niña, supongo.

—Desde luego eres valiente, el país es un polvorín. ¿Viajas sola?

—No, mi compañero está ahí, dos filas más adelante.

Otra descarga en el tendón. Se quita la muñequera y lo masajea arriba y abajo, como aprendió en un vídeo de YouTube. Chunk no pierde detalle; su curiosidad casi puede tocarse. Va a decir algo, pero en ese momento aparece la azafata, una mujer impresionante que le recuerda a Iman, la mujer de Bowie.

—Señorita, ¿quiere que le guarde la bolsa? —pregunta, señalando la mochila que lleva entre las piernas.

—No hace falta, gracias —dice ella, empujándola con el pie un poco más hacia dentro—. Aquí está bien.

—¿Seguro? —se mete él—. Son varias horas de vuelo.

—Seguro. —No quiere alejarse de la mochila ni un segundo, porque ahí lleva los dos juguetes. Le costó mucho convencer a Doherty; no quería dejárselo. Tuvo que intercambiarlo por un anillo de su abuela: «Esto es igual de importante para mí, volveré a por él.» Si pierde esa joya, su madre, que ya está muy molesta con toda esta idea, no se lo perdonará.

La azafata asiente y pliega la mesa del pasajero que está al lado de Chunk, un chino con el pelo afeitado que duerme embutido en uno de esos soportes de cuello hinchables.

Chunk aparca la pregunta sobre la muñequera, pero sigue zumbando.

—¿Y para qué periódico trabajas?

—Soy *freelance* —le responde, siguiendo el guion que le sugirió Nacho. Luego, visto que no se calla, se resigna a pasarle la pelota—. ¿Y usted? ¿Es periodista también?

—¿Yo? ¡Qué va! —Ríe satisfecho, feliz de que por fin haya salido a jugar—. Yo trabajo para una de las minas. No todas las manejan estos, ¿sabes? —añade, apuntando con el cuello al chino.

Otra medalla. El racismo que delata su tono la irrita. Nunca ha soportado al llorica de Chunk.

Mientras el avión despega, el hombre sigue parloteando sobre las minas. En pocos minutos los edificios de Adís Abeba desaparecen y el paisaje se convierte en una especie de parqué ensamblado con maderas distintas. Vetas anaranjadas, rojizas y caoba se alternan con pequeños lagos. Lulu observa lo que parecen pequeñas torres en movimiento. Desde lo alto ella no alcanza a distinguirlas, pero son jirafas.

—¿Es una lesión de trabajo? Esas cámaras que lleváis son muy pesadas, ¿verdad?

Chunk quiere ser Poirot, pero solo es un auténtico pesado.

—¿Esto? —Lulu se frota la mano—. Eso es, sí, una lesión de trabajo.

—A mis compañeros no les gusta cuando venís a husmear en el trabajo.

—¿Y usted? ¿Cree que debemos denunciar? —La cosa se pone interesante. Lulu lleva días leyendo sobre la situación en las minas, un tema que desconocía por completo, y lo que ha aprendido la ha dejado impresionada.

—Yo creo que sin nosotros esos negros no sabrían ni por dónde empezar. Sé que esto no es muy correcto, pero no somos iguales.

Ella lo mira con horror.

—Sí, sí, ahora me pones esa cara, pero ya verás. Unas cuantas horas allí y me darás la razón. Nos necesitan.

Lulu decide poner punto final a la conversación. En ese momento se apagan las luces de emergencia y varios pasajeros se levantan. Nacho se acerca.

—¿Cómo va, todo ok?

—Sí —responde ella.

—Mike —dice su vecino, alargándole la mano.

Lulu dibuja un círculo con los ojos para advertir a su amigo de que Chunk/Mike es un plasta.

—¿Qué tal, Mike? Soy Nacho —saluda él, con buen inglés.

—¡*Na-chou*! ¿*Es-pa-ñiol*? ¡Me encanta la *palella*!

—¡Y a mí los donuts! —suelta Nacho.

Mike lanza una carcajada, aunque no parece haber pillado la indirecta.

—¿Tú también eres española? —le pregunta a ella—. Perdona, ¿te llamas?

—Ludovica Ferri. —El apretón de Chunk es más débil de lo que se esperaba—. Española en parte, sí.

—Y en parte es italiana —apunta Nacho—. ¿Le van también unos espaguetis?

—¡*Palella* y *ssspaghettti*, mi idea de felicidad!

Nacho pone cierre a este festival de obviedades.

—Me voy al baño. Tienes la mochila, ¿verdad?

—Sí, sí —responde ella, señalando a sus pies.

Chunk observa la bolsa. Lulu puede sentir el engranaje de su cabeza echando humo.

—Si no le importa, necesito dormir un poco —le dice, recolocando la sudadera en la ventanilla.

—Claro, claro. —El movimiento de los hoyuelos delata decepción.

Lulu se coloca los auriculares del iPod.

No Surprises, Radiohead

Shuffle

Dream On, Depeche Mode

Shuffle

Unfinished Sympathy, Massive Attack

La música parte y Lulu disfruta el paisaje. Las colinas color óxido le recuerdan los grumos del ColaCao que su madre le preparaba en verano. «¿Por qué no podemos comprar Nesquik como todo el mundo?», se quejaba ella. «En esta casa somos equipo ColaCao.»

Pensar en su madre le provoca un mordisco de ansiedad en el estómago. A ella todo esto le parece una locura y no le gusta tenerla preocupada. Intenta no angustiarse y al poco, por fin, se queda dormida. Se despierta horas más tarde, con el brusco aterrizaje del avión. Tiene el cuello anquilosado y, mientras todos se levantan, impacientes por salir, ella realiza ejercicios con los hombros para soltarlo.

El aeropuerto de Lubumbashi es mucho más pequeño que el de Adís Abeba, pero igual de ruidoso y caótico. Nacho y Lulu buscan la salida, intentando descifrar las confusas señales y sorteando la multitud de viajeros que llenan la sala. Hay maletas y bultos por todas partes que, sumados a la ropa colorida de los congoleños, aumentan la sensación de anarquía que reina en el lugar. Ellos no han facturado nada: tienen el vuelo de retorno en solo cuatro días porque el periódico quiere sacar el reportaje cuanto antes. Lulu se para delante de una mujer que vende bebidas. Las etiquetas de las latas —diferentes de las europeas— le llaman la atención y quiere hacer fotos.

—¡Vamos, Lulu! —La empuja Nacho—. No te separes.

Siente una gran responsabilidad hacia la chica y no va a permitir que le pase nada.

Chunk aparece entre la multitud. Sus rizos pelirrojos destacan entre los demás porque, aunque hay muchos chinos, en el aeropuerto casi no hay blancos.

—¿Subís al *charter* de Kolwezi?

—No, nos quedamos aquí —le responde Lulu.

—Cualquier cosa que necesitéis en Kolwezi, llamadme —se despide, alargándole una tarjeta.

—Gracias, *mate* —saluda Nacho, aceptándola.

Después lo ven trotar hacia la zona de *transfers*, las bermudas caídas debajo del barrigón y las suelas de sus New Balance aplanadas tras cargar con él durante años. Su simpleza le da un aire inofensivo, pero nada más lejos de la realidad. Nacho está viendo alejarse un historión que explotará nueve años más tarde, cuando otros periodistas lo destapen y ganen un importante premio por ello. Chunk, que no es americano sino sudafricano, gestionaba desde hacía décadas una red de explotación sexual de menores que involucró a ocho cascos azules de su país y a más de cien niñas congoleñas. Cada día nos rozan mil universos distintos, y muchos de ellos van disfrazados.

Por fin encuentran la salida. Fuera, hay todavía más caos. Lulu se hace visera con la mano. La luz, caliente y roja, ataca con violencia. El aire llega con un olor extraño, que no se consigue identificar. Al poco están rodeados de personas que intentan ofrecerles pasajes, agua o lo que sea a cambio de algún franco. Un congoleño de gran sonrisa y camisa blanquísima se les acerca corriendo. Lleva un cartel que pone IGNACIO y el nombre del periódico.

—¡Ahí está! —dice Nacho a Lulu, haciendo señas al joven—. ¡Hola, aquí!

El chico, un *fixer* del que le han hablado fenomenal, le estrecha la mano.

—¡Hola, *jambo* amigo, soy Bernard! —saluda con gran entusiasmo, en perfecto español.

—Ella es Lulu —explica Nacho.

—Lulu —repite Bernard, que al parecer nunca deja de sonreír.

Lulu le alarga la mano. Tiene la sensación de que acaba de ganar un amigo para toda la vida.

El Toyota Corolla de Bernard corre por la ciudad esquivando el gentío que llena las calles. En menos de dos minutos perdonan la vida a tres gallinas, varias motos, un niño con una gabardina de hombre que le arrastra por los suelos y un montón de bicicletas. Lulu, a pesar de haber conducido en México y Nápoles, no estaba preparada para esto y se siente parte del videojuego de un niño puesto hasta arriba de horro. Se agarra al asiento como puede mientras bandean de un lado al otro y se cuestiona su vida entera. Bernard no para de hablar —la palabra «entusiasmo» se quedó corta ya en el aeropuerto—, lanza preguntas a ráfaga mientras les cuenta a la vez toda su historia.

Un hombre con camisa de policía está en el centro de algo que parece una rotonda. Lulu lo toma por un guardia de tráfico, pero luego ve que lleva una Biblia en la mano y que está gritando alabanzas a todo pulmón. Todos intentan sortearlo, hay quien se acerca con la moto para que él le bendiga el casco. Bernard se asoma a la ventanilla y le grita:

—*Bonjour, mon Père!* ¿Viene hoy el Señor?

—¡No, hoy no! ¡Pero vendrá mañana! —le responde el hombre, bendiciéndolo.

El tipo parece ser una institución aquí. Bernard se desternilla. Luego aprovecha el tráfico para poner un cedé. La música, aunque está alta, se pierde entre el bullicio de la calle.

—¡Papa Wemba! —exclama Nacho, reconociendo la canción.

—¡Sí! ¿Te gusta Papa Wemba?

—¡Claro, mítico!

Bernard está encantado y sube la música a tope. Los dos entonan *Yoleleee, Yoleleee*. Lulu no ha escuchado ese tema en su vida, pero se deja contagiar y se suma al estribillo. Por ella, parece pensar, que no quede.

Bernard les cuenta que tiene veintidós años y que habla tan bien español porque estudió la primaria en una escuela de Manos Unidas de Lubumbashi.

—A mí todo me interesaba. ¡Todo! Así que la maestra me cogió cariño. Se quedaba leyendo conmigo hasta tarde. Mi favorito era *Fray Perico y su borrico*.

—¡*Fray Perico*! ¡No me lo puedo creer! —A Lulu le encanta ese libro; su madre se lo leía siempre.

Bernard no se para:

—... y luego, durante tres veranos, nos llevó a mí y a mi hermana a su casa, en Peñíscola, para que viéramos el mar.

—¿En Peñíscola? —Nacho está fascinado.

—Sí. —La risa de Bernard es de lo más contagiosa—. ¡Aúpa Villarreal! ¡Aúpa Submarino amarillo!

—¡Aúpa! —corean Lulu y Nacho.

Un chiquillo atraviesa de golpe la carretera con su bicicleta. Bernard toca el claxon y le grita:

—*Papa zoba, imbécile!*

—¿Eso qué era? ¿Cuántos idiomas hablas? —Lulu está impresionada.

—Aquí todos hablamos por lo menos suajili y francés, y muchos también lingala. Pero hay quien habla tshiluba, mongo, bemba, kiluba...

—Vale, vale. —Lo para Nacho, entre risas.

—Yo hablo además español, inglés y un poquitito de valencià: «*Un cafè amb llet, per favor*.»

Entre anécdotas y recuerdos de los veranos de Bernard —en un tramo lleno de baches llega incluso a cantar el *Vamos de paseo*— salen de Lubumbashi y afrontan los ciento veinte kilómetros que la separan de Likasi. Muy pronto los edificios dejan paso a chabolas, el ladrillo a los techos de chapa. La realidad de las minas emerge: los camiones cargados de mineral invaden la carretera; encuentran escombreras, socavones y taludes, y el aire se llena de polvo. Bernard cierra las ventanillas. Aparecen los niños. Muchísimos y por todas partes. Los hay que venden carbón, otros que cargan bidones amarillos o sacos. Algunos simplemente caminan por el arcén, descalzos y sucios, con camisetas que les quedan enormes o demasiado apretadas. Una niña, en concreto, se pega a la mirada de Lulu. Está sentada sola, sobre un tocón, y tendrá tres o cuatro años. Lleva unos cuantos chichos en el pelo, rectos como antenas, y tiene los ojos enormes y llenos de lágrimas.

—Hay una niña ahí sola, llorando —avisa a Bernard.

—Ahora vendrá alguien a por ella, no hay problema —dice él, dejándola atrás.

—¿No deberíamos parar?

—No falta nada para llegar al hotel —responde sonriendo. Luego abre la guantera y saca un saquito de papel, que ofrece a Lulu—. ¿Unos cacahuetes?

Una hora después, entran en Likasi. Bernard aparca en la puerta del hotel y les ayuda a hacer el *check-in*. Después se sienta con ellos en el comedor, donde les sirven brochetas y arroz, y les explica lo que harán mañana.

—Bueno, ¿estáis preparados? Porque tengo una noticia para vosotros. Algo que, cuando lo descubrí, no podía creerlo.

Lulu y Nacho son todo oídos.

—Una casualidad alucinante, sorprendente de verdad.

—Tío, me estás matando. ¡Suéltalo ya! —se queja Nacho.

Bernard extiende el fax que le enviaron, copias de los papeles que escondía el juguete.

—El mapa es de una tal Maison Dubois. He hecho indagaciones y esa casa todavía existe, aunque los Dubois ya no residen allí. Escaparon con la independencia, como casi todos los belgas. Pero ¿a que no sabéis quién vive ahí ahora?

—¿Quién? —Lulu se está poniendo nerviosa.

—El mismísimo *Mfalme wa Muziki*, el Rey de la Música. El hombre que quieres entrevistar.

—¿El *disc-jockey*? —Se asombra Lulu.

—Estás de broma, ¿no? —Nacho no da crédito.

—Aquí viven más de seiscientas mil personas —afirma Bernard—. ¡Seiscientas mil! ¿No es una coincidencia estupenda?

—Todo esto es muy extraño. —A Lulu tantas casualidades le empiezan a meter un poco de miedo.

—¿Queda muy lejos de aquí?

—No, está en Kikula, la antigua *ville européenne*, ahora en esa zona ya todo es *cité*. Unos cinco minutos en coche.

—Vamos —dice Nacho, levantándose.

—¿Ahora? —A Bernard la reacción lo descoloca—. Es casi de noche y ya no hay luz en esas calles. Pensaba llevaros mañana a primera hora.

—Sí, estoy cansada, Nacho. —Lulu ha tenido demasiados estímulos por hoy.

—¿Es seguro? —insiste él.

Bernard piensa unos segundos.

—Si os llevo yo, no debería ser peligroso.

Diez minutos después, Nacho se ha salido con la suya. Bernard se ofrece a llevarlos «solo para ver la casa». Volverán mañana con más calma.

Al enfilar la calle de las antiguas *maisons*, la carretera se transforma en una avenida amplia. Los edificios se suceden de manera irregular. Hay viviendas escondidas detrás de muros o setos y construcciones improvisadas que ofrecen servicios y productos de lo más variado, desde Canal+ hasta recargas para el móvil, arroz y fotocopias. Lulu observa el fax y lo va comparando con las casas que encuentran. Es evidente que el mapa se ha quedado muy obsoleto.

—Estoy seguro de que es aquella —dice Bernard, señalando una casa que, hace años, debió de ser bastante señorial.

Cuando se acercan, les explica que una persona fiable le ha garantizado que ahí vivían los Dubois. La *maison* tiene una veranda de madera que alguien ha reforzado con un par de troncos. Sentadas allí, junto a un gran cuenco, hay dos mujeres: una anciana y una adolescente —tú ya sabes quiénes son—. Monganza se levanta y baja las escaleras. Ve el mapa que Lulu tiene en las manos y saluda en francés.

—Os estaba esperando —dice, emocionada.

Lulu, instintivamente, le acerca la mano con la férula. Ella tiene el cuidado de estrechársela despacio.

—Soy Monganza, pero puedes llamarme Mon.

—Ludovica, Lulu —responde, llevándose la mano izquierda al corazón.

—Lulu —repite Mon, sonriendo.

Lulu la observa. Lleva un *foulard* de *kitenge* anudado en la cabeza y un *pagne* colorido que le llega hasta los pies.

Elodie se levanta y le pregunta algo en suajili. Bernard se acerca e intercambia unas cuantas frases con ellas en el mismo idioma. Luego les presenta a Nacho.

Monganza dice algo a Lulu y Bernard les traduce:

—Elodie es su nieta. Ella no sabe por qué estáis aquí.

Intercambian algunas frases. Elodie escucha atenta; a Lulu le llama la atención su mirada. Tiene los ojos grandes y vivos, curiosos.

—Mama Monganza quiere saber si Monsieur Walter sigue vivo —pregunta Bernard a Lulu.

—*Oui, oui, il va bien* —responde Lulu.

La noticia parece alegrarla mucho. Mientras, un joven y otra mujer, más vieja y débil que Monganza, salen a la veranda para

preguntar qué está pasando. Sí, son Dorca y Alain.

Mon habla con Bernard en suajili.

—Dice que sois bienvenidos en su casa, pero quiere hablar primero con su familia. Pregunta si podemos volver mañana por la mañana.

—Por supuesto —responde Nacho, que está impactado por el carisma de Monganza.

Mon les estrecha las manos mientras se toca el antebrazo derecho —un gesto de respeto, les explica Bernard— y ellos lo imitan.

—*Asante* —saludan todos.

Los tres vuelven intercambiando impresiones. La excitación del encuentro ha disipado el cansancio de Lulu. Nacho camina escribiendo en su móvil algunos apuntes para el reportaje. Cuando llegan al hotel, Bernard entrega a Nacho el *router* MiFi que ha encargado el periódico y una SIM a Lulu para su iPhone. Luego se despide, recordándoles que volverá mañana muy pronto.

—*Mama* Monganza ha dicho que si quieres hablar con el *disc-jockey* tienes que ir al alba, luego se va a la mina.

—Todavía no asumo que sea su yerno. Es una coincidencia increíble —dice Lulu.

—A mí lo que me alucina es que, siendo conocido en todo el mundo, siga teniendo que trabajar en la mina —responde Nacho.

—¡Así es el Congo! —se despide Bernard, encogiendo los hombros.

Ya en la habitación, Lulu escribe a su madre con las novedades. Después intenta llamar a Finn. Sabe que todavía no ha hablado con

su padre —quiere esperar a tener un cuadro más completo antes de hacerlo— y ha prometido tenerlo informado. Pero Skype, a estas horas, funciona mal, y aunque consigue decirle que ha visto a Monganza, se citan de nuevo para el día siguiente.

Lulu intenta dormir. El sonido de las motos se mezcla con el de las cigarras. Desde el patio interior llega también el ronroneo de los generadores. Un tren silba a lo lejos y despierta a varios perros. «¿Qué me ha traído hasta aquí?», se pregunta. Antes de dar con una respuesta, se queda dormida.

Elodie, en cambio, no consigue dormir. Lo que ha sucedido esta noche es bien raro. ¿Quiénes son esos extranjeros y de qué los conoce su *bibi*? Por más que ha insistido, ella ha sido tajante: quería hablar primero con su padre, que estaba en la radio. Al alba, decide no perder más tiempo en la cama y baja a la cocina. Le parece oír voces, llegan desde la sala que han convertido en escuela. Elodie se acerca y, sentados a la mesa, iluminados con una lámpara de queroseno, encuentra a todos los adultos de la casa.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas?

—¡Chist, baja la voz! Honorine y Aimé duermen —le dice su tía abuela Dorca.

—Elodie, tesoro, ¿no puedes dormir? —le pregunta su padre.

—No, *baba*.

Nzinga, la hija de Dorca, va a abrir las contraventanas. El amanecer se cuela, todavía de puntillas, en la habitación. Es entonces cuando Elodie se da cuenta: los cuadros de Kalengi, que

normalmente tienen enrollados contra la pared, están ahora en otra esquina. Y en su lugar, Elodie descubre una puerta que está abierta.

—¿Hay una puerta ahí? —dice, sorprendida—. ¡No tenía ni idea!

Monganza se levanta y agarra la lámpara.

—Ven, *bolinga*, quiero enseñarte una cosa.

Elodie atraviesa la puerta con Monganza. Tras un pasillo breve aparece un espacio circular.

—¿Y esto? ¿Desde cuándo está aquí? —Elodie está maravillada.

—La encontró mi *bibi* Makasi cuando llegaron a esta *maison*, hace más de cien años. Quien construyó esta casa tal vez tenía en mente un almacén o una pequeña sala de baile.

Entremos con ellas: ha llegado el momento.

El espacio está vacío, a excepción de una mesa con libros situada en el centro. Pero alza la vista porque aquí lo que impacta son las paredes: están totalmente llenas de palabras. Monganza aumenta la llama para que se aprecien mejor. Mientras Elodie las rodea, el polvo en suspensión acompaña sus pasos. El círculo está dividido en tres zonas distintas, cada una con un letrero pintado a mano: CAOUTCHOUC, CUIVRE y COBALT. La parte del caucho parece la más antigua. Elodie pasa la mano por el muro.

Lo que cubre las paredes son nombres, muchísimos nombres y números escritos con una caligrafía ordenada y muy menuda.

—Esta fue su idea, para ella era muy importante —explica Monganza. Su voz reverbera en la sala.

Elodie ve que los nombres están clasificados. Algunos bajo la palabra «CHICOTE»: Mosantu, Kabudi... Otros bajo la palabra «PIE»

y otros bajo «MANO». Aquí, entre decenas de nombres, lee «BOKILO, 4» y empieza a entender.

—Makasi aprendió a leer y a escribir sola, nadie le enseñó —dice su abuela.

—Sí, lo sé, me lo contó mi madre.

—Ella creía que la escritura tenía el poder de viajar. Pensaba que todo lo que se escribía llegaba lejos, como las historias que leía su *madame*, que hablaban de lugares muy remotos.

—¿Le parecían algo mágico? —Elodie sigue pasando sus dedos por los nombres.

—Algo así, sí. Y se convenció de que, si escribía los nombres de las personas que a su alrededor sufrían o morían, sus vidas no se olvidarían y llegarían hasta alguien que pudiera salvar a los demás.

Elodie sigue bordeando la pared circular y llega a la parte del cobre.

—Su hija Nseya, mi *mama*, continuó el archivo. Ella, que fue un poco a la escuela, llenó también los diarios.

Monganza le muestra uno de los libros que hay sobre la mesa. El más antiguo está escrito por Makasi. En la primera página Elodie lee, en mongo:

> *Sé poco, sé casi nada. Pero sé una cosa. No soy cabra ni gallina. En el gran libro de los* mindele *dice que soy igual que su Dios. Y eso debe valer algo. Poseo nada, pero soy rica en paciencia. Toda mi gente lo es. Y podemos esperar lo que haga falta.*

En otro grueso cuaderno, Nseya ha añadido, al lado de cada nombre, algún detalle o información sobre esa víctima.

—¿Y conocieron a todas estas personas?

—A veces indirectamente. Este niño, por ejemplo, era amigo de Kalengi.

—«Kabasele» —lee Elodie—. «Todos lo conocían en el río. Soñaba con ser *chef*. Bilharzia, 11.»

—Entre las mujeres se corrió la voz y todas venían a compartir sus testimonios —sigue Monganza—. Quieren estar aquí, en esta sala dedicada a la memoria, para que sus almas estén más acompañadas.

Elodie se acerca a la parte del cobalto. Aquí, además de nombres, también hay pegadas fotografías, recortes de periódicos, páginas escritas por otras personas... Un diario está dedicado a las violaciones sexuales y, entre demasiados nombres, encuentra también el de Ani. Todo es muy abrumador. Tiene la sensación de estar rodeada por el sufrimiento de miles de personas y la invade una gran angustia. Su abuela le acaricia el pelo. Sabe lo que ese lugar puede provocar.

—¿Quién está haciendo esta última parte?

—Tu *mama* le dedicó muchos años, con la ayuda de Bokilo. Ahora siguen Nzinga y Josiane.

—¿Y yo? ¿Por qué no me lo habéis contado nunca?

Monganza observa a su nieta, todavía una niña.

—Estábamos esperando a que llegara el momento, *bolinga*.

—¿Y los extraños que vinieron ayer saben que esto existe?

—Hace años entregué un mapa de este lugar a un *mundele*. Quería que el sueño de mi *bibi* se hiciera realidad, denunciar que

existimos. Tenía miedo de que perdiéramos la *maison* o de que —sopesa las palabras con cuidado— desapareciéramos sin que esto se conservara.

—¿Y qué crees que van a poder hacer? —Elodie es pura rabia y frustración—. A nadie allá afuera le interesa el Congo.

—No digas eso. —Monganza siempre se ha negado a dejarse llevar por la desesperanza.

Mientras Elodie hojea los diarios, Josiane se asoma para avisar de que los invitados han llegado. Monganza y su nieta salen a recibirlos, con el resto de la familia. Nacho saluda entusiasta a Mulumba, que todavía no puede creer que su trabajo se conozca en países tan lejanos. Dorca ha preparado té y *mandazi*, pasteles de coco y cardamomo, y se sientan a desayunar en la cocina. ¿No es extraordinario verlos, por fin, todos juntos? Nacho saca una pequeña grabadora y pregunta si la puede usar. Elodie observa a Lulu: transmite una buena energía. Intenta ser respetuosa y está un poco cohibida, pero parece una mujer fuerte. Tras disfrutar los *mandazi* y hacer prometer a Dorca que le dará la receta —algo que sorprende a todos, porque siempre ha sido recelosa de compartir sus platos—, los acompañan al salón y les enseñan, llenos de orgullo, la escuela que han montado allí. Lulu se acerca a un cuadro de Kalengi que cuelga de una pared y muestra su admiración por la obra. Lokubi le extiende más telas y ella se agacha para mirarlas mejor. Llegan los niños y Bernard, al que Elodie cree haber visto alguna vez en el café, hace un montón de fiestas a Aimé, que ríe de gusto. Después, Monganza anuncia que ha llegado el momento y los acompaña dentro de la sala.

7

Años después, Lulu todavía recordará el olor que había en aquella habitación. Una mezcla de humedad, recogimiento y papel que solo volvió a encontrar, similar, cuando visitó la biblioteca-templo Sarasvati, en India. Había algo de sagrado en la pulcritud de aquellas letras, en el cuidado que se había puesto en cada página de los diarios, en el secreto compartido durante generaciones por mujeres de toda la ciudad. Antes de visitar el Congo, Lulu había encontrado las fotos de Alice Seeley Harris, conocía las atrocidades que documentaba. Pero, como siempre sucede cuando leemos sobre algo que nos queda lejano, su congoja se evaporó muy pronto, suplantada por la siguiente ráfaga de información y enterrada bajo prioridades más cercanas.

Ahora, sin embargo, este mundo llamaba a su puerta y se le presentaba delante, con nombres y apellidos. Sentada entre aquella extraordinaria familia —que, a pesar de su destino, afrontaba la vida con energía y generosidad—, todo dejó de ser abstracto y Lulu tomó conciencia de lo limitada que era su perspectiva. Un leve codazo del destino había bastado para sacarla de su realidad y sumergirla en otra, y se dio cuenta de la lasitud con la que está trazada nuestra línea vital: creemos que apunta en una dirección y, de pronto, la

mínima coincidencia hace que cambie su recorrido. Muchos de los conceptos sobre los que apoyaba sus convicciones, valores que habría jurado eran firmes como pilares, se revelaron, en realidad, frágiles como una torre de naipes y se desplomaron sin remedio en aquella habitación.

Nunca deberíamos subestimar las posibilidades que esconde un instante, porque la brevedad no excluye la trascendencia. Tras vivir ciertos momentos, una parte de nosotros muere para siempre. Pero, si prestamos atención, después de la defunción llega un nuevo alumbramiento. La transformación de Lulu no sucedió solo por lo que vio en aquel santuario. Hubo otro momento crucial para ella: cuando Monganza preguntó por qué llevaba una férula. Bernard le explicó que tenía que ver con las horas que dedicaba al ordenador en su trabajo. Mon permaneció callada durante unos minutos. Lulu, demostrando una condescendencia que no estaba cimentada en la maldad, sino en el relato que había adquirido, pensó que la mujer no había comprendido algo tan ajeno a ella. Pero se equivocaba. Monganza sabía muy bien para qué necesitaban los *mindele* el cobalto de sus minas. Cuando volvió a hablar, lo hizo mirándola fijamente:

—Si no tienes cuidado, lo que sale de esta tierra también se llevará tu mano.

Monganza les abrió los ojos a algo sobre lo que Nacho escribiría en su reportaje semanas más tarde: «En un mundo globalizado, ya no es necesario vivir en Congo para ser víctima del cobalto.» Lulu comprendió que aquella familia no le estaba pidiendo un favor; le estaba haciendo un regalo.

A pesar de que Lulu y Nacho querían pasar más tiempo analizando el material que había en la sala, para la familia aquel es un día más y el trabajo en la mina no espera. Nacho, al que Lulu acaba de ver llorar por primera vez, comunica a Bernard que quiere ir a Kamatanda. Las fotos de las minas artesanales lo han alarmado y quiere denunciarlas.

—Necesito bajar ahí, grabar testimonios y sacar fotografías.

—Voy contigo —anuncia Lulu.

Nacho no está de acuerdo.

—Es peligroso, Lulu —dice, firme.

Bernard tampoco cree que aquello sea una buena idea. Asombra verlo sin su habitual entusiasmo, la mirada perdida, los hombros más bajos. Aun viviendo allí, ver tantos testimonios juntos y tan lejanos en el tiempo lo ha impactado. El orgullo que siente por su tierra lo motiva a escudar a sus visitantes de ciertos horrores. Quiere presentar lo bueno que su país tiene, que es también tanto.

Tras deliberar unos minutos, se decide que Lulu podrá ir si se queda con Elodie en una zona segura y promete no bajar al *pit*. Mulumba parte en moto con su hijo Alain, rumbo a Gécamines, y acuerda con Nacho que, tras su turno, lo llevará a la radio. Bernard carga en la baca del Corolla la bicicleta de Elodie y después la chica se monta con Lulu, Nacho, Lokubi, Nzinga y Josiane, todos apretados y felices de ir en coche a trabajar.

La *cité*, con la luz de la mañana, parece todavía más anárquica. Las construcciones, de todos los colores, formas y tamaños, se suceden a lo largo de las calles como bloques colocados al azar por

un enorme bebé. Muchas están adornadas con carteles escritos a mano: Pharmacie, Western Union, Salon de Coiffure La Beauté, Quincaillerie Marco... Lulu, que tiene pasión por la tipografía, asoma el brazo por la ventanilla y saca fotos a todo. Al doblar una esquina encuentran una chabola que ofrece servicios de envío de dinero. Alguien ha escrito en su muro: «No tienes que ser grande para empezar. Tienes que empezar para ser grande.» A Nacho aquello le hace gracia y Bernard, por fin, recupera parte de su buen humor. «República Democrática del Congo: patria de maestros», bromea. A Lulu le alegra ver muchos niños en uniforme escolar, caminan en grupos llevando cuadernos y libros, las niñas bien repeinadas. El aire sigue cargado. Nada es nítido o intenso, todo se sucede de manera difusa, como si alguien hubiera sustituido el sol por un enorme tubo fluorescente.

Aparcan cerca de las vías del tren que rodean Kamatanda. Desde allí todavía no pueden divisar el gigantesco cráter, pero, viendo la cantidad de gente, de todas las edades, que se apresura a bajar, Lulu y Nacho se intercambian una mirada. Los dos intuyen que no están preparados para lo que van a presenciar.

—Cuando quieras, Bernard te lleva al hotel —le avisa Nacho.

—Tranquilo.

Está lloviznando —la estación de las lluvias todavía no ha finiquitado—, pero nadie parece notar el bochorno ni los numerosos mosquitos que bailan en el aire. Cuando llegan al precipicio y ven lo que hay ahí abajo, Nacho no puede evitar que se le escape una palabrota. Lulu, en cambio, siente que le falta el aire y hace un esfuerzo enorme por no llorar. Tú ya has estado aquí con Elodie,

pero no apartes la mirada; hoy hay menos niebla y el horror se muestra con más claridad:

El anfiteatro está atestado de personas, en su mayoría niños y mujeres. El río que se abre en uno de los extremos se cuela en el barro de los escalones y crea numerosos charcos —algunos pequeños como una bañera, otros mucho más grandes—. El agua que los llena es de color rojizo oscuro, como la tierra, con una espuma blanquecina en la superficie. El efecto que crean es el de cientos de vasos de Nesquik recién calentados. Alrededor de los charcos hay siempre niñas agachadas. Están tan dobladas que, desde lo alto, casi solo pueden verse sus cabezas, trenzadas o rapadas, algunas cubiertas de pañuelos. En un principio parecería como si ese enjambre de gente se moviera al tuntún, pero Lulu y Nacho pronto entienden el sistema. En lo alto hay hombres que deslizan piedras y arenilla por toboganes de madera. Los niños más pequeños —los hay que no alcanzarán los cinco años— corren a recogerlas y las meten en tinas de plástico. Cuando están llenas, se las pasan a compañeros un poco mayores, de nueve o diez años, que las equilibran sobre la cabeza y las trasladan hasta alguno de los charcos. Allí las mujeres, algunas con bebés a la espalda, las lavan y las colocan en sacos muy altos. Finalmente, otros hombres cargan los sacos en bicicletas —estructuras de hierro y madera con ruedas, más bien— para llevarlos al punto de venta. Nada de lo que habían leído sobre las minas los preparó para lo que allí están viendo. Las fotos, para empezar, no huelen. Kamatanda desprende un olor intenso, una mezcla de humedad, barro, mineral y sudor. Y luego está el ruido: cientos de personas que gritan y corren con urgencia,

como si formaran parte de un concurso televisivo y se les estuviera agotando el tiempo.

Mientras Nacho y Bernard bajan al *pit* con Lokubi, Lulu se queda arriba con Elodie. Su mirada se centra en dos niñas muy pequeñas. Llevan trenzas cortas y *pagnes* bellísimos, aunque empapados, y van descalzas. Están intentando desplazar una palangana repleta de piedras. La más bajita aprieta los dientes con cada paso; su cara es toda determinación. La otra, de pronto, tropieza en el barro. La tina tambalea, pero consiguen reequilibrarla y, por fin, la apoyan junto a una mujer que, acuclillada en el charco, empieza a lavarlas. Las niñas corren hacia los toboganes para repetir el proceso. Vuelven enseguida con una nueva palangana, pero, esta vez, es la más pequeña la que da un paso en falso en el agua. Las piedras se les caen. De la nada aparece un hombre que golpea a la niña en la cabeza. Ella lo mira asustada: dos ojos enormes llenos de miedo que Lulu no olvidará jamás.

—¿Cuánto ganan al día estos niños? —pregunta a Elodie.

—Unos ciento veinte francos, en un día bueno —responde—. Hoy, con la lluvia, será un poco menos.

Lulu hace un rápido cálculo mental para cambiarlos a esterlinas. Son ocho peniques.

Intenta recordar algo que haya hecho en su teléfono que justifique semejante barbaridad, pero en su cabeza solo aparecen *selfies*, vídeos de gatos, fotos de comida y grupos inútiles de WhatsApp. Un sentimiento de culpa, pesado y angustioso, le oprime la boca del estómago.

Elodie parece leer sus emociones y le sonríe. Lulu se avergüenza.

«¿Qué idea tendrá de esta estúpida privilegiada?», piensa. De nuevo, como había hecho con Monganza, infravalora la capacidad de Elodie, que es toda empatía y prueba a distraerla contándole su pasión por las películas musicales que ve en el café.

—Si quieres podemos ver una juntas más tarde —le propone, con un entusiasmo conmovedor.

Lulu le sonríe. Es una niña extraordinaria.

—¿Quieres saber mi truco? —sigue contando Elodie.

Saca dos pares de auriculares de su bolsa y le explica su costumbre de transformar lo que allí ve en un número musical. Lulu se coloca las esponjas naranjas, sucísimas, y escucha con ella *Cheek to Cheek*, el tema de *Sombrero de copa*.

—Es una de mis favoritas —le explica.

Cuando Fred Astaire entona su «*Heaven, I'm in Heaven*», a Lulu la distorsión entre lo que están mirando y la letra de la canción le resulta demasiado escandalosa y decide pasar los auriculares a Bernard, que acaba de llegar.

—Toma, escucha esta canción —le dice—. Elodie tiene razón, ¡es preciosa! —añade, sonriendo.

La chica la mira encantada.

Los dos se quedan unos minutos en silencio, disfrutando la música. Elodie mueve los brazos como si fuera un director de orquesta y parece sugerir a Bernard diferentes movimientos inspirados en lo que ven allá abajo. Lulu se anima a probar y busca el iPod en su mochila. Por una vez puede imaginar una película sin límites de presupuesto y decide soñar en grande. Busca entre sus *playlists* hasta dar con algo que vista bien su fantasía.

Nightswimming
R.E.M.

Apenas parten los primeros acordes, Lulu imagina un piano de cola emergiendo de uno de los charcos. Michael Stipe empieza a cantar y dos niños, que arrastran una red llena de arena, la balancean al compás. Las mujeres que lavan en el río se dividen en parejas y bailan abrazadas. Poco a poco la voz de Stipe va calmando a los más pequeños y, cuando termina la canción, el piano está rodeado de niños que duermen serenos.

—¿Ha funcionado? —le pregunta Elodie.

—Me encanta tu idea —responde Lulu, acariciándole el brazo.

Pero el efecto dura apenas unos segundos. Cada vez que posa la mirada en algún punto, ve algo que la impresiona todavía más: niños bebiendo el agua oscura, madres que, al agitar redes, pierden a los bebés que llevan a la espalda. Caen en los charcos y ellas los pescan y se los vuelven a atar encima, empapados.

Poco después, aparece Nacho, sucio y muy mojado, y al ver a Lulu tan descolocada se asusta.

—¿Va todo bien? Estás pálida.

Lulu le explica con los ojos que prefiere no hablar delante de los demás. Bernard comenta que para la chica ya es tarde, dentro de media hora tiene que abrir el cibercafé. Lulu decide irse con ellos, necesita volver al hotel a descansar. Nacho quiere quedarse, ha conseguido que Lokubi le deje bajar con él a uno de los túneles.

En el trayecto de vuelta Lulu se sienta delante; Elodie va detrás. Dejan Kamatanda y Bernard intenta sintonizar una emisora que

tenga la música que escucha Elodie, pero solo hay noticias, rap y rumba congoleña. Viajan en silencio. Elodie sigue impactada por lo que ha descubierto en la *maison* y, aunque el orgullo le ha hecho esforzarse en empatizar con esa chica —lo último que quiere es que la compadezca—, lo cierto es que dentro de ella siente que se ha instalado un cierto resentimiento, que hasta hoy le era ajeno, y que espera poder sacudirse de encima antes de que transmute en rabia. Lulu, por su parte, sigue siendo incapaz de interiorizar todo lo que ha visto y se pregunta una y otra vez qué debería hacer con esa información. Bernard, en esta ocasión, calla. Las minas son parte de su cotidianidad, pero, como Elodie, él también está sobrecogido por lo que ha encontrado esta mañana.

Ya en la *cité*, se acercan a una rotonda que nadie respeta y Bernard la afronta con cuidado. En el centro hay una escultura, la silueta de una persona levantando los brazos al cielo. Lulu repara en ella y, al hacerlo, nota algo que está justo detrás y que le hace daño como un bofetón. Es una valla publicitaria, la versión francesa de una campaña de pintalabios que diseñó ella misma el año pasado. Ver a la modelo, sonriendo sensual entre las chabolas y la basura apoyada en los postes, le provoca una arcada.

—¿Te mareas? —le pregunta Bernard, viendo que se lleva una mano al estómago.

—No, no te preocupes, voy bien.

Lulu se recompone intentando centrarse en su respiración. Por suerte, minutos después, llegan al hotel. Ya en la habitación, prueba a darse una ducha. El agua sale fría y casi sin presión, así que se limpia rápido y después se mete en la cama para entrar en calor.

Agarra el móvil, marca el número de su madre y, apenas oye su voz, empieza a llorar.

Por la tarde, Bernard deja a Lulu en el cibercafé y acompaña a Nacho a la radio, donde entrevistará a Mulumba. Lulu aprovecha para llamar a Finn Doherty. Cuando llevan cinco minutos hablando, se da cuenta de que le faltan palabras para describir lo que ha visto y de que no está consiguiendo hacer un buen trabajo. A él le surgen mil preguntas y, encima, no hay buena conexión. Deciden que es mejor aplazar la conversación para cuando vuelva a Londres.

—Necesito enseñarte fotografías —explica Lulu—. Y voy a intentar grabar algún vídeo.

Elodie le muestra la colección de VHS. Cuando le dice que *Daddy Long Legs* es su preferida, Lulu busca en internet el libro en el que se basa la película.

—Lo leí con mi madre cuando era pequeña —le cuenta—. En español se titula *Papaíto piernas largas* —dice, vocalizando.

—*Paphauito piernas laagas* —intenta repetir Elodie, entre carcajadas. El nombre le parece ridículo.

La ponen en el reproductor y Lulu se ofrece a ir traduciendo el diálogo al francés en un documento de Word. Avanzan despacio, interrumpiendo la tarea con cada visita que llega al café.

Aparece Alain, con otro chico. Necesitan cambiar algunas monedas. «Elodie se parece mucho a su hermano», piensa Lulu. Nota que la chica se ha puesto muy nerviosa —ha tenido que

empezar la cuenta de la calderilla ya dos veces— y pronto lo relaciona con el amigo de Alain, un chaval alto con los pómulos muy pronunciados que parece salido de los porfolios de modelos que le llegan a la agencia. Cuando se van, intenta averiguar si le gusta, pero confunde las palabras y Elodie cree que está preguntando si son novios.

—¡Noo, no! —responde ella, agitando las manos.

Lulu se ríe. Es evidente que la idea no le desagrada.

Poco antes de la hora del cierre, vuelven Nacho y Bernard. Tras apagar los ordenadores, Lulu ayuda a Elodie barriendo el local. Luego se sientan fuera, en unas sillas de plástico, para esperar a Joseph. De pronto, Elodie se levanta y echa a correr hacia un niño, gritándole. Los otros la observan, extrañados. El crío va en chanclas y camiseta de manga corta, pero, a pesar de que el bochorno no ha disminuido, lleva una capucha acolchada bailándole en la cabeza —sí, tú ya lo conoces, es Gagarin—. Elodie se agacha delante de él, que empieza a hacer pucheros, y cambia el tono. Hablan durante un par de minutos y luego lo coge de la mano y se lo lleva dentro del local.

—¿Qué sucede? —pregunta Nacho.

Bernard los escucha y luego traduce el suajili.

—Por lo visto, el amigo de este niño está enfermo. Parece que ha pillado bilharzia en Kamatanda.

—¿Eso qué es? —dice Lulu.

—Esquistosomiasis, parásitos en el intestino —responde Nacho.

—¿Lo han llevado al hospital?

Bernard habla con Elodie. Ella le va explicando la situación mientras da a Gagarin un refresco y una especie de magdalena, que devora en pocos segundos.

—El niño y su amigo no tienen casa fija, suelen quedarse con un primo de este —traduce Bernard, señalándolo—. Pero hoy los han echado porque no quiere enfermos en casa. Están acampados con otros compañeros, aquí cerca.

Nacho propone ir a por él.

—Creo que tengo Praziquantel en mi botiquín, podemos llevarlo al hotel —dice.

—No les van a dejar entrar —confiesa Bernard—. Estos son *shégués*, niños de la calle, no son bienvenidos.

—¡Pues lo llevamos al hospital! —exclama Lulu.

Gagarin la mira, cansado pero lleno de fascinación. Las piernas le bailan en la banqueta y se le cae una chancla, que Elodie le recoloca. Tiene los pies sucísimos.

Cuando llega Joseph, Bernard hace las presentaciones y después todos salen a esperar fuera para no crear problemas. Elodie da a su jefe el resumen de la jornada y, al terminar, se monta en el Corolla con los demás. Conducen siguiendo sus indicaciones y en un par de minutos alcanzan lo que parece un campamento improvisado. Gran parte está cubierta por lonas de plástico y, desde el coche, no pueden verlo bien. Ya ha anochecido y la zona está solo iluminada por fogatas. Nacho quiere bajar, pero Bernard adopta, por primera vez, un tono severo.

—No, es peligroso —dice, tajante, aparcando.

Elodie y él salen con Gagarin. Bernard saca una manta del maletero y al poco desaparecen entre las lonas.

Sé que te gustaría ir con ellos, pero fíate, hay cosas que es mejor no revelar. Quedémonos en el auto. Nacho toquetea nervioso la guantera. Lulu mira al frente, en silencio. Obsérvala: es el mismo rostro de siempre, pero en tan solo dos días su mirada ha cambiado. Sigue habiendo curiosidad en ella —está luchando por no salir del coche—, pero se ha instalado también cierto respeto, la aceptación de que hay cosas que nos conviene obviar.

Cuando la angustia empieza a notarse en el habitáculo, los ven llegar. Bernard lleva al niño en brazos, envuelto en la manta. Lo colocan con cuidado en el asiento trasero y Gagarin se sienta encima de Elodie. Delante se aprietan Nacho y Lulu. Paran en el hotel para recoger el botiquín y luego conducen hasta la *maison*. En cuanto entran, las mujeres se activan, preparando sábanas y jofainas con agua. Alain corre a llamar a un doctor, conocido de Monganza del hospital, que confirma el diagnóstico nada más llegar. En un par de días, con el tratamiento, debería mejorar. Elodie intenta que se lave también Gagarin y el pequeño accede en parte, pero no hay forma de que se quite la capucha. Poco después cae rendido en la habitación donde duermen Aimé y Honorine.

Es la hora de cenar. Monganza insiste al doctor para que se quede y añaden otra silla. Dorca, una vez más, se luce con sus platos: su estofado es exquisito y todos la felicitan. Lulu se sorprende al saber que, en realidad, es varios años menor que Monganza. Pero

mientras una ha pasado la vida limpiando en el hospital —algo que aquí se considera un trabajo fácil y ligero—, la otra carga en su cuerpo décadas en la mina.

Tras los postres, el doctor se despide prometiendo volver mañana. Lulu saca el juguete de madera de una bolsa y pregunta por él a Monganza. Ella, alternando francés y suajili, con la ayuda de Bernard, le cuenta la historia de Victor, el hermano de Monsieur Lambert, que en su día escuchó a su madre. Lulu le explica que ese belga debió de coincidir en Alexandra Palace con su bisabuelo. Le muestra su firma en la base y saca el otro perro idéntico, asombrando a todos. Mon le habla de su trabajo en la prisión y de cómo conoció a Walter y le enseña su lata de galletas Lyons Tea. Elodie escucha bien atenta; desconocía que su *bibi* hubiera trabajado allí.

Al anochecer, Nacho, que ya es uña y carne con Mulumba, sale con él y Bernard a una *boîte* para escucharlo pinchar discos. Allí grabará los testimonios de varios *sapeurs*, un grupo muy popular en el país que se distingue por ir siempre elegantísimo. Uno de ellos, en traje impecable, bastón y sombrero de copa, parece salido de los musicales que tanto le gustan a Elodie. Nacho lo invita a una cerveza y él le habla de la importancia de la imagen como forma de resistencia contra los prejuicios de la pobreza.

—¡Finge hasta que sea realidad! —le dice, levantando su Primus y brindando.

Más tarde, en la puerta de la discoteca aparece un cochazo. Tres tipos, que podrían formar parte de un videoclip de raperos, salen de

él. Van llenos de oro hasta los dientes y llevan toda la ropa cubierta de logos europeos. Bernard le explica que en la ciudad hay muchas personas así.

—Hay quien se pone a excavar en el suelo de su casa y, de pronto, encuentra montones de cobalto. Lo malo es que no saben qué hacer con tanto dinero y, a menudo, lo acaban derrochando.

Mientras Nacho sigue entrevistando a los locales, Lulu se ha quedado en la *maison* para poder pasar más tiempo en la sala. Monganza le sujeta una linterna y ella lee algunos de los diarios. En su cabeza empieza a formarse un plan. Es algo todavía muy vago, pero intuye que va por buen camino.

Bernard vuelve para llevarla al hotel. Lulu se despide. Regresará mañana para sacar fotos a todo. Antes de marcharse, Mon le agarra las manos y le habla con dulzura.

—No sientas que nos debes nada. Tú no eres responsable, nos basta tu amistad.

Lulu agradece su generosidad, pero se mete en el coche pensando que no tiene razón. El destino se ha esforzado mucho para conseguir que ella terminara aquí y hará todo lo posible para no defraudarlo.

Ya en su habitación, intenta reordenar las impresiones del que ha sido, con mucho, el día más intenso de su vida. Sabe que algunas imágenes se quedarán pegadas a ella para siempre, pero necesita descansar y procura aparcarlas, al menos hasta que no esté de vuelta en su casa. Echará de menos a esta familia y está convencida de que volverá a visitarlos. Pensar en ellos hace que recuerde a su

padre, con el que hace tiempo que no habla. Decide escribirle un WhatsApp para preguntarle si quiere cenar con ella la semana que viene. Él contesta enseguida, sorprendido —cuando él la invita, ella siempre dice que tiene que trabajar— pero cariñoso, y se citan en su italiano favorito. Después piensa en Nicolò. Ver el cariño entre Elodie y Alain le ha recordado lo descuidada que tiene ella la relación con su hermano, del que apenas sabe nada. Busca su número y lo llama.

—¿Dónde estás a estas horas? —lo saluda, al escuchar la calle.

—Acabo de salir de trabajar —dice él—. ¿Sigues en África?

—Sí, aquí estoy, vuelvo en tres días.

—¡Menuda historia! Me ha contado algo mamá.

Lulu describe su día a Nicolò. Hay muchas cosas que a él no le quedan claras, pero la deja hablar, intuyendo que necesita desahogarse.

—¿Y qué piensas hacer con todo esto? —pregunta, por fin.

—Se me ha ocurrido una idea, pero todavía tengo que perfeccionarla.

—Dispara.

—Quiero hacer un vídeo y una página web, tal vez algo de *crowdfunding*.

Él la escucha en silencio.

—Pero bueno, lo que te decía, tengo que darle una vuelta. Ya sabes que con tanto contenido es difícil tener repercusión.

—¿No te han dicho que dejes el ordenador durante un tiempo?

—Sí, lo sé, pero asumo que al final me tendré que operar.

La señal se empieza a entrecortar.

—¿Me llamas desde Londres y me cuentas mejor?

—Vale. Oye, pero ¿y tú qué tal?

—¿Yo? Bien, como siempre. Sin novedad.

—Buenas noches, Nicotico —se despide ella, sabiendo el fastidio que le da.

—*Vaffanculo.*

—*Anch'io ti voglio bene*.

Después manda un WhatsApp a Martin, su redactor.

Podrías pasarte por mi casa el fin de semana?
Claro, todo bien?
Necesito que me ayudes con un proyecto
Por supuesto, lo que necesites
Buenas noches!

De madrugada, el sonido de una notificación despierta a Lulu. Es un correo de Nicolò:

Creo que puedo mejorar tu idea. Llámame cuando estés de vuelta.

8

Poco se habla de la cantidad de energía mental que se ha de gastar para planificar el sustento de una adicción. En cuanto Nicolò entendió que la clave, en la suya, estaba en Antonella, se la trabajó durante semanas. Primero tuvo que ponerle cara. Hasta entonces, la tesorera del despacho había sido solo uno de esos nombres que aparecían en un pósit encima de las tarjetas de cumpleaños grupales. Él las firmaba parafraseando otra dedicatoria y se las devolvía a su secretaria sin tener ni idea de a quién iban dirigidas. Al descubrir que se trataba de una mujer mayor —por entonces Antonella superaba los sesenta—, pasó a la baza más obvia: le aguantó la puerta del ascensor, sonrió más de la cuenta, se apresuró a pagar cuando se la encontró en la máquina del café. Era algo que solía funcionarle bien: había heredado el *sex appeal* de su padre y allí, en Milán, bastaba exagerar un poco su lado español para tener a muchas en el bote. Pero Antonella, que simpatizaba con el movimiento de Azione Cattolica y solo había besado a un hombre una vez —un francés, miembro de los Kikos, que se le sentó al lado en el autobús durante un peregrinaje a Medjugorje—, se demostró inmune a sus encantos. Entonces Nicolò pasó a la carta «soy un *bravissimo ragazzo*». Le hablaba de lo mucho que echaba de menos a su madre, le enseñaba vídeos de cachorros de labradores, le decía

que se había arreglado él mismo el bajo de los pantalones. Nada. Cuando se vio desesperado, se rindió y aceptó el plan que más pereza le daba, pero que sabía ganador: le regaló una estampita de San Ivo, patrón de los abogados. Antonella le preguntó si era devoto y él le respondió que incluso más que su tía abuela Fernanda, que había trabajado toda la vida en el Vaticano. Ella le regaló un libro de Frassati, un icono para los de su movimiento, y desde entonces lo adoptó como un hermano.

Lo dicho, las adicciones absorben carros de energía. Todo este jaleo se debía a que Antonella era la encargada de gestionar las tarjetas *black* de los socios del despacho. El máximo permitido en la de Nicolò, que era *senior* pero no socio, ya no era suficiente para él y en su cuenta, en la que iba alternando tarjetas de crédito conforme alcanzaba el límite, casi no le quedaba nada.

Empezó a jugar durante la universidad: póker, dados y una ruleta que habían montado tres filipinos en uno de los dormitorios. Pero allí las cifras eran bastante manejables y, aunque a veces se angustiaba, bastaba pedir algún extra a sus padres con cualquier excusa para ir tirando. La cosa cambió cuando pasó a las apuestas *online*. Estaban abiertas 24/7, siempre disponibles para darle un subidón de adrenalina. Pronto debía dinero a muchos de sus amigos y, en una ocasión, un compañero de su facultad, al que había sacado cien libras para apostar en William Hill, lo fue a buscar al pub con dos tipos y le dio una buena paliza. Cuando terminó los estudios, escogió mudarse a Milán no porque le gustara, sino para escapar de aquellas deudas y empezar de nuevo. Se centró en el trabajo y aquella etapa

pareció algo del pasado. En 2011, sus padres le dijeron que tenía que aprovechar la crisis para comprarse un pequeño estudio. Le ayudaron con la entrada y dejó el piso en alquiler donde vivía para mudarse a uno en el barrio de Brera. Un año más tarde, una tormenta lo echó todo a perder.

Se había subido a un avión de Alitalia para ir a Roma, donde tenía una comida de trabajo. La tormenta llegó de repente y con gran violencia, y la torre de control de Malpensa interrumpió los despegues justo antes de que partiera su vuelo. Estuvieron parados en la pista más de una hora y, durante todo ese tiempo, vio cómo su compañero de asiento disfrutaba de una buena racha de póker *cash* en su móvil. Apenas aterrizó en Roma, se descargó PokerStars en su iPhone y, media hora más tarde, cuando se bajó del taxi delante del restaurante Il Pagliaccio, en su cuenta había ya tres mil euros menos.

Y fue así como llegó el momento en el que pasó a necesitar a la devota Antonella. Encontrar un cómplice que le permitiera jugar con la tarjeta *black* del trabajo fue sencillo. Debajo de su casa había una pizzería y el dueño, que solía sentarse en la terraza para saludar a todo el barrio, conocía de vista a Nicolò. No le hizo falta nada más. Facturarle comidas por 250 euros a cambio de 220 en efectivo era un buen negocio, ¿para qué pedir explicaciones? Nicolò llevaba el dinero a un estanco y allí se lo convertían en saldo de PokerStars. A fin de mes justificaba todas las comidas como reuniones con clientes y allí no había pasado nada.

Lo malo de las facilidades es que generan menos ansiedad. Y un ludópata sin estrés es como una boda sin parientes borrachos: le falta justo lo que le da vidilla. Bastaban pocos segundos y un par de clics para estar jugando; podía hacerlo en el ascensor, en el metro, hasta en el baño. Era tan sencillo y ubicuo que tuvo que subir varias veces el nivel para que aquello no se le hiciera aburrido. En pocas semanas el banco le estaba reclamando miles de euros y Nicolò, que estaba ya a cero, llamó a Antonella para que le aumentara el límite de la tarjeta.

—Es todo culpa de este cliente toscano. ¡Bebe como un cosaco! En cada comida se baja al menos tres botellas de Barolo.

—El alcohol, *caro* Nicolò, es la perdición de la gente —se quejó Antonella—. «El vino es un burlador y la cerveza un pendenciero; quien se deja llevar por ellos no es sabio.»

—Proverbios 20:1, ¿verdad? —se adelantó Nicolò, que era rápido como un adolescente tecleando en el móvil y lo acababa de encontrar en Google.

—*Bravissimo!* —respondió ella, conmovida por la devoción de aquel joven—. Ahora mismo llamo al banco y te aumentamos el límite.

La pobre mujer se tragó todo tipo de excusas durante meses. Cuando los socios del despacho la sentaron con Nicolò para entender qué estaba pasando, la cifra de lo que había robado se asomaba a los cinco ceros.

El despido fue inmediato. Firmó todo lo que le pidieron —nada de bonus ni de vacaciones pendientes— porque uno de los jefes había estudiado con su padre y a Nicolò le aterrorizaba que le contara lo

sucedido. Prometieron no hacerlo ni denunciarlo si devolvía todo antes de final de mes. Malvendió la casa, pero pudo pagar las deudas y, con lo que le sobró, se mudó a una pensión de mala muerte en la periferia. Calculó que, bien estirado, el dinero era suficiente para aguantar seis meses. Para entonces, confiaba, estaría ya en otro despacho. Quince días más tarde, se había pulido la mitad en PokerStars. Una tarde de verano, el insoportable calor milanés le provocó una bajada de tensión y se sentó en una terraza del canal Naviglio para tomar un Campari. En el tiempo que tardó el camarero en traérselo, Nicolò había volatilizado ochocientos euros en una partida. Lo asaltó un lúcido arrebato y tiró el móvil al canal.

Ese día empezó a apagarse. Sin el móvil para distraerse, le sobraba tiempo para pensar en sus derrotas y el agobio ganó terreno. Se presentaba a las entrevistas de trabajo con un espíritu tan minado que los de recursos humanos dudaban de que tuviera la resistencia necesaria para aguantar el estrés de un despacho de abogados. Un mes más tarde, recibió la estocada final. Paseaba por el Parco Sempione cuando vio a Antonella sentada en un banco. Estaba dando maíz a las palomas y había envejecido al menos cinco años. Nicolò juntó toda la valentía que pudo y se acercó a pedirle perdón. A ella también la habían despedido y estaba dispuesto a aceptar todos los improperios que quisiera soltarle. Pero la mujer era toda angustia y no tenía energía para pelear. A su edad le resultaba imposible conseguir trabajo y todavía le quedaba un año de hipoteca. «Perderé la casa y entonces, ¿qué será de mí?», lloró. Al día siguiente, Nicolò sacó todo lo que le quedaba en el banco, lo metió en un sobre y se lo entregó al párroco de Antonella para que se lo diera. Esa fue su primera noche en la calle.

Lleva ya más de un año así. Cada mañana se despierta y se dice: «Hoy, hoy es el día que llamo a mis padres.» Pero encontrar empuje, cuando pasas frío, vergüenza y hambre, es algo de enorme dificultad. Llega la noche y, un día más, se ve compartiendo cartones con Yegor, al que conoció cargando paquetes en el Ikea de Carugate. Cada semana se pone uno de los trajes que hay a disposición en el centro de Cáritas y, en vez de usarlo para ir a una entrevista de trabajo —ni siquiera recuerda quién era el Nicolò abogado—, se lo pone para hacer Skype con su madre y mantener un engaño que, conforme pasa el tiempo, lo está ahogando.

Hoy coloca los cartones pensando en la llamada de su hermana Lulu. Cuando te acuestas en la calle, el sueño siempre es ligero y tienes todo el tiempo del mundo para dar mil vueltas a las cosas. De madrugada, observando a Yegor —que duerme gracias al vino—, tiene una idea. Cuando escuche su plan, el ruso se preguntará cómo puede saber tanto de su vida Nicolò. Olvida que no hay confesionario más efectivo que el alcohol. Te sientas en la oscuridad con él y las palabras fluyen sin control. Católicos o borrachos, todos buscan lo mismo: una sencilla penitencia que les dé la absolución.

En cuanto Lulu volvió a casa, Nicolò le contó su plan. A ella le pareció que su hermano desvariaba.

—Pero ¿quién es ese amigo? ¿Y de qué lo conoces?

—Eso no es importante.

Asumió que lo había encontrado durante algún juicio o, tal vez, en una de las visitas a la cárcel de San Vittore que, imaginaba, tendría

que hacer por su trabajo. En realidad, Nicolò jamás había pisado la cárcel —su especialidad era el Derecho Mercantil—, pero, como ya hemos visto, Lulu no sabía casi nada de él.

—Me parece una locura.

—Fíate. Si funciona, ayudará.

—¿Puedo pensármelo un par de días?

—Claro. Mientras, mándame un poco de material.

En realidad, Lulu no necesitaba convencerse —su carrera le había enseñado lo importante que era aprovechar cualquier oportunidad para «hacer ruido»—, pero prefería hablarlo primero con Nacho, porque lo último que quería era causarle problemas en el periódico. Sin embargo, cuando le contó el plan, su amigo, lejos de preocuparse, dijo que le parecía, textualmente, «una pasada».

—Dudo mucho que eso se pueda hacer. Pero si él te lo asegura, adelante.

Durante dos semanas, los dos trabajaron en el apartamento de Lulu con Anna y Martin, que, en un principio, pidió que su nombre no apareciera. Días más tarde, abrazó por completo la causa y cambió de opinión.

—Además, Henry no es tonto, reconocerá mi estilo.

Anna, en cambio, se subió al carro con un espíritu más cínico. Ella había escogido esa agencia porque quería aprender de Lulu. Dónde y cómo le daba igual. Estaba convencida de que, si aquello funcionaba, los trabajos de *junior* le surgirían a patadas.

El suelo del salón de Lulu se llenó de fotografías, recortes y esquemas. Empujaron los muebles contra la pared para tener más

espacio y extendieron también dos cuadros de Kalengi, regalo de Monganza, que querían utilizar. Nacho trajo su grabadora y añadieron mucho material de vídeo, conseguido el último día que pasaron en Likasi. Cada tarde llamaban a Elodie al cibercafé y, cuando la conexión era buena, le contaban sus progresos. Finn también estaba al tanto y, para sorpresa de todos, disfrutaba de lo lindo con todo lo que allí se había montado.

El fin de semana Lulu viajó con él hasta Galway para visitar a Walter. Le había grabado un vídeo de Monganza saludándolo y el doctor insistió en que fueran a enseñárselo personalmente. Allí se encontró con un anciano anclado a una obsesión y entendió por qué Finn había sido reacio a tocar el tema con él. Walter repetía machaconamente detalles sobre el asedio en Jadotville, insistiendo una y otra vez en que no les había quedado otra alternativa que rendirse.

—Lleva así décadas —confesó Finn—. Aquí hay muchos que no entendieron lo mal que lo pasó su batallón.

Nada quedaba de aquel chiquillo dispuesto a darlo todo con Pat Quinlan. Ser tachado de cobarde por su comunidad le había causado una herida que sangraba con cada mención del asunto. Erin sabía cómo manejarlo: encontraba algo que lo irritara todavía más (Finn había heredado de su padre la obsesión por el orden y las reglas) y conseguía que saliera del bucle para centrarse en otra cosa. Pero el año anterior una leucemia se la había llevado y, desde entonces, Walter estaba atrapado en el capítulo que había marcado su vida.

Lulu volvió a Londres con algo de resquemor. Estaba convencida de que el vídeo y la historia del mapa le habrían hecho mucha ilusión, pero Walter la escuchó apenas unos minutos y después volvió, obsesivo, a su runrún sobre la batalla.

Mientras, Nicolò se volcó en su plan. Aquella noche, tras la conversación con su hermana sobre la web que quería lanzar, recordó algo que a menudo le quitaba el sueño a Yegor: Arjuna, uno de los primeros *hackers* con los que había colaborado —según él, un indio pueril y nada brillante—, había sabido retirarse a tiempo de los negocios turbios y ahora trabajaba para WhatsApp en California.

—¡Seguro que tiene un sueldazo! —repetía con amargura—. ¡Y era el más bobo de todos nosotros! ¡«Ingeniero de *core systems*», anda ya!

—¿Crees que lo podrías chantajear? —le preguntó una noche.

—Yo no quiero trabajar en WhatsApp. Estoy bien como estoy —respondió él. El resentimiento incrementaba su orgullo.

—No me refería a eso. Acompáñame, quiero que veas una cosa.

Se lo llevó a un cibercafé y allí le enseñó las fotos y los vídeos que su hermana le había mandado por correo. Después, le contó su plan.

—Ni de broma —dijo él. Se negaba en redondo a establecer cualquier contacto con personas de su pasado.

Nicolò sabía que no iba a ser fácil. Pero tú ya conoces su historia: nadie es más creativo que él ideando planes para salirse con la suya. Se le ocurrió imprimir las fotos y algunos datos sobre el cobre congoleño —conocía la historia de su abuelo; se la había contado una noche viendo cómo se subían a un poste unos rumanos— y,

cada noche, como quien no quiere la cosa, los dejaba bien a la vista al lado de su saco de dormir. Una semana después, la sirena de una ambulancia lo despertó de madrugada y se encontró a Yegor con los papeles en las manos y los ojos llenos de lágrimas.

—Dime solo día y hora —musitó.

Escogieron el 17 de mayo. Por lo que significaba —es el Día de la Liberación en Congo— y porque caía en sábado. Nacho insistió en que fuera sobre las cinco de la tarde, hora española. Llevaba casi un mes fuera de casa y quería hacer un guiño a Marta: para ellos ese horario tenía un significado especial.

Yegor pidió a Nicolò que fueran a esperar el momento al centro, cerca del Duomo.

—Allí hay mucha gente y enseguida veremos si ha funcionado. Y diles a tus amigos que hagan lo mismo.

Llegó el sábado. Poco antes de las cinco, Nicolò y él se sentaron en la acera de Piazza San Babila. A una niña, que iba en un carrito con su madre, se le escapó el globo de Peppa Pig que llevaba atado a un palo. Nicolò se levantó corriendo y consiguió atraparlo, pero cuando se lo entregó a la mamá, ella lo miró de arriba abajo y prefirió que la hija se pusiera a llorar antes que aceptar algo de un indigente. Él no se lo tomó a mal, el tiempo lo había vuelto inmune a ese tipo de miradas. Se sentó de nuevo junto a su amigo y colocó a Peppa Pig entre los dos.

A las cinco en punto, Yegor le dio un codazo y le señaló las videopantallas publicitarias que tenían enfrente. Estaban anunciando

un perfume, una bebida isotónica y la nueva línea de pulseras Pandora. De pronto, se apagaron. Segundos después, uno de los cuadros de Kalengi apareció en todas ellas, simultáneamente.

—¡Pero, tío! —exclamó Nicolò, levantándose asombrado.

El globo salió volando y atravesó en diagonal toda la plaza, donde, durante cuatro minutos, se proyectó el vídeo que Lulu y los demás habían preparado. Tenía escenas de Kamatanda con sus niños y las viejas fotografías de Alice a los mutilados. Había imágenes de la sala circular con las líneas de Makasi: «Sé poco, sé casi nada. Pero sé una cosa. No soy cabra ni gallina.» De fondo, el tema *Cheek to Cheek* de Fred Astaire, generando un contraste perturbador. Terminaba con un enlace a la web y una foto del pequeño Samba que miraba hacia arriba y parecía observar cómo el globo se perdía entre los tejados de Milán.

Yegor se resistía a aceptar que todos los méritos de la operación se los llevara el idiota de Arjuna y quiso añadir «un extra» al plan. Iba a limitarse a San Babila, pero, acostumbrado a introducirse en sistemas militares de defensa, los de las empresas propietarias de las vallas le resultaron relativamente sencillos de *hackear* y acabó viniéndose arriba. El vídeo pudo verse también en Times Square, en la plaza del Callao de Madrid, donde estaban Marta y Adela, en la calle Fremont de Las Vegas, en la Plaza del Obelisco de Buenos Aires, en el cruce de Shibuya, en Tokio, y en Piccadilly Circus, donde Lulu y los demás aplaudieron emocionados.

Nicolò estaba realmente impresionado. Yegor se reía y quitaba hierro al asunto.

—Nadie mira esas pantallas, ya lo sabes.

El ruso tenía razón. La idea estaba bien para atraer a los medios de comunicación, pero ellos, que vivían en la calle, sabían que la mayoría caminaba con la nariz pegada al móvil.

—Lo importante es lo que viene ahora —reconoció Yegor.

Contuvieron la respiración. El reloj marcó las 5:12.

En ese momento, en Ámsterdam, Noah, un chaval de quince años, contenía lágrimas de rabia tras leer los mensajes de Mary, su primera novia. Lo dejaba por Conor, que todavía tenía granos y olía siempre fatal. «Se va a enterar», pensó.

Buscó la foto que le había enviado de sus tetas y, cuando estaba a punto de subirla al grupo de WhatsApp del equipo de baloncesto, recibió un mensaje de un número desconocido.

CUIDADO, TIENES SANGRE EN LAS MANOS

«¿Qué es esto?», se preguntó extrañado, dándole al *play* para ver el vídeo.

En Condesa, Ciudad de México, Jennifer intentaba convencer a su cuñada de que no era necesario cocinar más platos. «Somos solo doce. La chamaca cumple seis años. ¿Qué harás para su fiesta de quince?» Mientras tecleaba, llegó la notificación.

Kevin, el director de una fundación de payasos de hospital, acababa de salir del aeropuerto de Johannesburgo y estaba intentando localizar la calle del hotel donde tenía el congreso, para calcular cuánto le costaría el taxi. El mensaje saltó a la vez que el del *roaming* y pensó que las campañas de las telefónicas cada vez eran más agresivas.

A Christina, una madre en pleno síndrome del nido vacío, le llegó cuando estaba enviando una foto de la Sports Cake de la pastelería La Glace a su cuñada. «Tenías razón, ha sido lo mejor de Copenhague. ¡Vivan los viajes improvisados!», escribió, antes de abrir el vídeo.

En Bangkok, Saksit escribía a un número que había encontrado pegado a un semáforo. Estaba casi seguro de que el gato que aparecía en el cartel era el que había visto merodeando detrás del restaurante donde lavaba platos, en Yaowarat Road. Cuando leyó CUIDADO, TIENES SANGRE EN LAS MANOS pensó que era cosa de su vecino, que mandaba siempre chistes un poco raros.

Los Pedroso, que acababan de instalarse en Río de Janeiro, salieron hasta el contenedor del cartón para tirar las cajas. Maria Clara sostenía el móvil de su marido, João, mientras él las colocaba, cuando vio el mensaje. «*Meu Deus!* ¿Quién te escribe esto?», le preguntó.

En Singapur, Zhen salió a la azotea del CÉ LA VI y se encendió un cigarro. Le relajaba fumar viendo toda la ciudad iluminada y le

fastidió la interrupción del sonido del WhatsApp. Se sentó en una tumbona y le dio al *play*.

A Keri, de Austin, el mensaje le pilló haciendo pis. Se asustó y, con los nervios, el móvil se le cayó al váter.

En Nairobi, el mensaje llegó cuando Zahra acababa de empezar su partida de Subway Surfers. Pensó que igual no era para ella y lo llevó a la cocina para que lo viera su madre.

Tras un cálculo aproximado, puedo decirte que se necesitarían unas 1.250 toneladas de papel de ochenta gramos para contarte qué estaba haciendo cada uno de los seiscientos millones de usuarios de WhatsApp que, esa tarde, recibieron el mensaje. Lulu llamó a Nico y le pidió que se lo agradeciera a su amigo.

—Quienquiera que sea y dondequiera que esté —le dijo, riendo.

Yegor, que estaba a su lado y podía escucharla, se sonrojó. Un cosquilleo de satisfacción le recorrió todo el cuerpo. Pensó en su padre, que tal vez no siguiera vivo, y luego pensó en su abuelo. No lo había conocido pero, en ese momento, habría jurado que sintió su abrazo.

Me gustaría decirte que ver ese vídeo, que mostraba un siglo de atrocidades y cientos de niños trabajando en el agua sucia, marcó un antes y un después en todos los que abrieron el mensaje de WhatsApp. El suceso, obviamente, dio mucho de qué hablar —en Twitter fue *trending topic* más de veinticuatro horas, algo

excepcional—, pero seguro que sabes cómo funciona este mundo y, a estas alturas, has entendido que lo último que pretendo es engañar.

Poco antes de las ocho de esa tarde terminó el partido entre el FC Barcelona y el Atlético de Madrid. El resultado fue de empate a uno y el Atlético se proclamó campeón de Liga. No ganaba desde 1996, así que la prioridad, en España, pasó a ser el fútbol. Las calles de Madrid se llenaron de aficionados que abarrotaron la fuente de Neptuno. Sucedió lo mismo en Inglaterra —allí el Arsenal ganó la FA Cup, tras nueve años sin conseguirla— y en Berlín, donde los espectadores del Olympiastadion vieron al Bayern ganar la DFB-Pokal. «Diego Costa», «El Cholo», «Ramsey» y «Arjen Robben» eliminaron al Congo de la conversación.

En India se celebraron elecciones y el partido de Modi obtuvo una victoria aplastante. Miles de simpatizantes llenaron las calles de Nueva Delhi, Varanasi y Mumbai. Era un momento de optimismo y de gran cambio y nadie quiso que algo tan oscuro les estropeara la celebración. Algo parecido sucedió en Tokio; ese fin de semana era el festival Kanda Matsuri y todos se centraron en disfrutar con las carrozas y los samuráis que desfilaban por las calles.

Hubo quien puso excusas baladíes —por ejemplo, los diez millones de estadounidenses que ese día fueron al estreno de *Godzilla* y no quisieron saber nada que no tuviera que ver con ese monstruo— y también quien, objetivamente, no pudo prestar atención. En Serbia y en Bosnia llevaban toda la semana sufriendo los estragos de fuertes

inundaciones. El sábado los equipos de rescate seguían operativos y el interés, en toda la zona, estaba con las víctimas.

Pero la mayoría, simplemente, siguió a lo suyo. El exceso de información, ya en ese 2014, había convertido sus mentes en buscadores con cientos de pestañas abiertas a la vez: «Esto puede que sea importante, y esto otro, y esto también.» Lo malo de colocar a todo la etiqueta de URGENTE es que llega un momento en el que nada lo es. La intoxicación digital, entonces, había ya diseminado ansia, y el ansia jamás escogerá ver un vídeo de Kamatanda cuando puede suavizarse viendo un meme de Grumpy Cat.

El problema, en el fondo, está en las expectativas. La globalización ha instalado en nosotros la falsa creencia de que solo tienen mérito los cambios a gran escala. Las cosas que mueven millones, las que, como diría Lulu, «hacen ruido». Pero eso no es más que una falacia.

Para la transformación de una sola vida el destino ha de aplicarse con empeño, generando cientos de encuentros, coincidencias y tramas. Es algo extraordinario y nunca deberíamos subestimarlo. En 1910, durante una larga travesía por su país, Makasi aprendió a escribir. Más de un siglo después, su logro desencadenó una cascada de consecuencias que cambió la vida de los suyos.

El dinero que se recaudó con las donaciones de los que sí prestaron atención a la web fue suficiente para crear un Museo de la Memoria en Maison Dubois y sacar de la mina a Lokubi y Josiane,

que pasaron a trabajar allí. Costeó también la escuela de Elodie y la de los niños de la casa, incluido el amigo de Gagarin, que se quedó a vivir en la *maison*. Ani sustituyó a Elodie en el cibercafé y, en su tiempo libre, empezó a estudiar.

Además, gracias a la página —que utilizaba la música de Mulumba —, el padre de Elodie aumentó su fama y consiguió un contrato estable en la radio. Al poco, sacó su primer disco.

Bernard se unió a los *sapeurs* que había conocido aquella noche en la *boîte* con Nacho. En el movimiento encontró una manera de proclamar el orgullo por su país y de reivindicar su transformación. No solo. La primera vez que se presentó en el cibercafé con sombrero de copa, traje de chaqueta y bastón, Elodie pensó que aquello era, como siempre, fruto de su imaginación. Se casaron cuatro años después. Para entonces Dorca había fallecido, pero Monganza sí pudo disfrutar con la ceremonia. Ella se fue, serena y satisfecha, tres meses más tarde.

Son grandes cambios, pero no puedo negarte que, a pesar del enorme alcance que tuvo aquel vídeo, alrededor de esa familia las cosas continuaron igual. En el Museo de la Memoria hoy puede verse la capucha de Gagarin. Él insistió en volver a la mina —salir de lo conocido lo asustaba— y se lo llevó un derrumbe cuando acababa de cumplir once años. Los niños como él siguieron cavando cada día y, en 2019, la pesadilla de aquellos automóviles que necesitaban caucho para desplazarse volvió con los coches eléctricos, porque se mueven gracias al cobalto. La cuota diaria aumentó y, con ella, la fila

de congoleños que bajan a rascar la tierra a cambio de unos centavos. A miles de kilómetros de allí también se formaron colas: las personas acamparon delante de las tiendas para comprar el nuevo modelo de móvil, algo que hacían, de media, cada dos años.

¿Recuerdas cuando el comandante Pat Quinlan abrió los ojos de Walter sobre la absurdidad de pensar que lo lejano no nos atañe? Se nos da bien olvidar que somos minúsculos, una brizna de átomos meciéndose en el vasto universo. Y, sin embargo, como intuyó Elodie aquel día en la escuela, cada una de nuestras células contiene el cosmos entero. Lo infinito habita en lo diminuto y ese es el verdadero milagro.

Las victorias no siempre llegan haciendo fanfarria. A veces se presentan con un breve tono de llamada, seguido de un susurro:

—Hola, mamá, soy Nico. ¿Podemos hablar?

Nota de la autora

A lo largo de estas páginas he querido mostrarte, como mejor he podido, la larga y tremenda cadena de injusticias que se ensartan en el Congo desde hace más de cien años. Te he llevado por varias historias que son fruto de mi imaginación, pero otras son, desgraciadamente, ciertas. Estos son los datos:

—Entre 1885 y 1908, en el Estado Libre del Congo y bajo el dominio del rey Leopoldo II de Bélgica, se cometieron abusos atroces que provocaron la muerte de entre diez y trece millones de personas. Fallecieron a causa de los trabajos forzados, la hambruna, enfermedades ligadas al caucho o, simplemente, porque fueron asesinadas.

—La política de justificación de cada bala de la Force Publique provocó la mutilación sistemática de la población, sobre todo de manos. Leopoldo II las criticó, declarando: «Cortar las manos es una estupidez. Yo cortaría otras cosas, pero no las manos, que son lo único que necesitamos.»

—La monarquía belga sigue sin presentar una disculpa oficial. En 2022, durante una visita a Kinshasa, el rey Felipe de Bélgica expresó

su «profundo pesar por las heridas causadas», pero evitó pedir perdón o hablar de reparaciones.

—Durante el llamado «asedio de Jadotville», el batallón 35 de la Compañía A irlandesa consiguió sobrevivir seis días al ataque de un ejército mucho más numeroso y mejor equipado. Tras pasar más de un mes en prisión, volvieron a Irlanda, donde, lejos de ver reconocida su valentía, su rendición fue motivo de burlas y críticas durante décadas. En 2005, O'Dea, ministro de Defensa del país, accedió a revisar la participación del batallón y los condecoró con una medalla. El homenaje no llegó a tiempo para el comandante Pat Quinlan, que falleció en 1997 siendo considerado un cobarde.

—En 1963, Tshombe, el secesionista katangués responsable, entre otras cosas, del asesinato de Lumumba y del asedio de Jadotville, huyó del Congo. Se refugió primero en Zambia y más adelante en la madrileña calle del Doctor Fleming, protegido por el régimen de Franco. Murió en Argel en 1969.

—El movimiento guerrillero de los Simba surgió en 1964 con la misión de restaurar el legado de Lumumba y crear un nuevo orden socialista. Mezclaba ideas marxistas con creencias tradicionales y entre sus filas había varios miles de niños de entre doce y dieciséis años. En 1965, Che Guevara se unió a ellos en el este del Congo para apoyarlos, pero abandonó pronto al ver que el grupo se guiaba por creencias mágico-religiosas y carecía de logística y organización. La revuelta colapsó en poco tiempo, aunque algunos grupos residuales sobrevivieron durante varios años.

—Tras derrocar a Kasa-Vubu en 1965 con un golpe de Estado, Joseph Mobutu se mantuvo en el poder casi treinta y dos años, hasta 1997. Falleció poco después, en Rabat, donde se había exiliado.

—A finales de 1914, el Alexandra Palace de Londres acogió a 1.500 refugiados belgas, incluidos muchos niños. Meses después, llegaron al Palace ciudadanos de procedencia alemana que, tras las redadas ejecutadas por todo el país, fueron encerrados allí como *enemy aliens*. El lugar dejó de ser un asilo y se convirtió en un campo de internamiento.

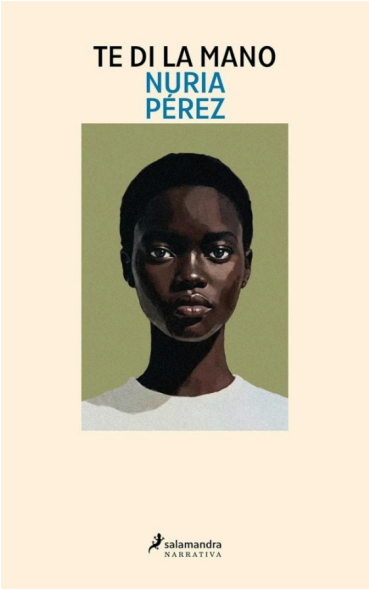
—El 9 de enero de 2007, Steve Jobs presentó el primer iPhone. Menos de diez años después, en julio de 2016, Apple anunció que acababa de vender el ejemplar número mil millones. En perspectiva, para alcanzar la misma cifra de automóviles se necesitaron 131 años y 27 en el caso de los ordenadores. Puestos en fila, esos iPhone podrían rodear la Tierra casi tres veces.

—Cada año se venden mil doscientos millones de *smartphones*. El 76 % del cobalto necesario para sus baterías se extrae en el sur de la República Democrática del Congo. El 20 % se extrae a mano, sin guantes ni mascarillas.

—Cada día mueren 1.200 personas en la República Democrática del Congo por hambre, violencia o enfermedades curables. Se calcula que hay más de cuarenta mil niños trabajando en los cráteres y subterráneos de las minas del país.

Vuelve Nuria Pérez, la autora que ha hecho de la curiosidad un arte, con una novela sobre el poder de la escritura y los riesgos de la revolución digital.

Una historia que empieza en el Congo y acaba por encontrarte.



Tras el éxito de *No tocarás*, vuelve Nuria Pérez, la autora que ha hecho de la curiosidad un arte, con una novela sobre el poder de la escritura y los riesgos de la revolución digital.

Todo comienza en el Congo, en 1908, a orillas del río Maringa. Allí vive Makasi, una mujer invisible a los ojos de muchos, pero capaz de abrazar un sueño sencillo y enorme a la vez: conseguir que su voz

llegue lejos, como la de los protagonistas de los libros que la acompañan.

Su espíritu fuerte perdurará en las siguientes generaciones y llegará hasta nuestros días, tras un viaje marcado por todo lo que su tierra ha puesto en nuestras manos: desde el caucho que impulsó los primeros automóviles, al cobre que electrificó el mundo, y el cobalto que sostiene la tecnología actual.

El sueño de Makasi saldrá así de los bosques del Kasai y alcanzará las casas comunales soviéticas, la periferia de Milán, la costa irlandesa y los rascacielos de Londres. Gracias a ella descubriremos que, aunque esta historia puede parecer lejana, en realidad está muy unida a la nuestra.

La crítica ha dicho de *No tocarás*:

«Una novela que trabaja con la maestría de un relojero, pero sin la frialdad de la técnica. Genera la sensación de leer vidas y no sólo líneas.»
Ray Loriga

«Rebosante de imaginación.»
Inés Martín Rodrigo

«Nuria Pérez rastrea historias periféricas para desbrozar la psicología y el comportamiento humano.»
El Confidencial

«La nueva revelación de la novela contemporánea española.»
La Razón

«Un mosaico de detalles que reivindica la capacidad de asombro y la individualidad.»
La Voz de Galicia

«Nuria tiene la habilidad de entretejer palabras e historias, de atesorar emociones, de inspirar y remover. Lo hizo a través de su voz y ahora vuelve a conseguirlo con su primera novela.»
20 Minutos

Nuria Pérez nació en Galicia e inició su vida laboral entre Milán y Londres, donde trabajó como directora creativa en agencias de publicidad. Actualmente crea y dirige proyectos sonoros como *Gabinete de Curiosidades* (Premio Ondas 2022), uno de los pódcast narrativos en español con más audiencia y mejor valorados en los últimos años. Es autora de varios libros de no ficción y de la novela *No tocarás* (Salamandra, 2024), recibida con gran entusiasmo por la crítica y el público y cuyos derechos de traducción se han vendido en Francia e Italia.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Nuria Pérez
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la cubierta: © Guillermo Arias

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10340-05-3

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Te di la mano

Primera parte. Caucho

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

Segunda parte. Cobre

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Tercera parte. Cobalto

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Nota de la autora

Sobre este libro

Sobre Nuria Pérez

Créditos